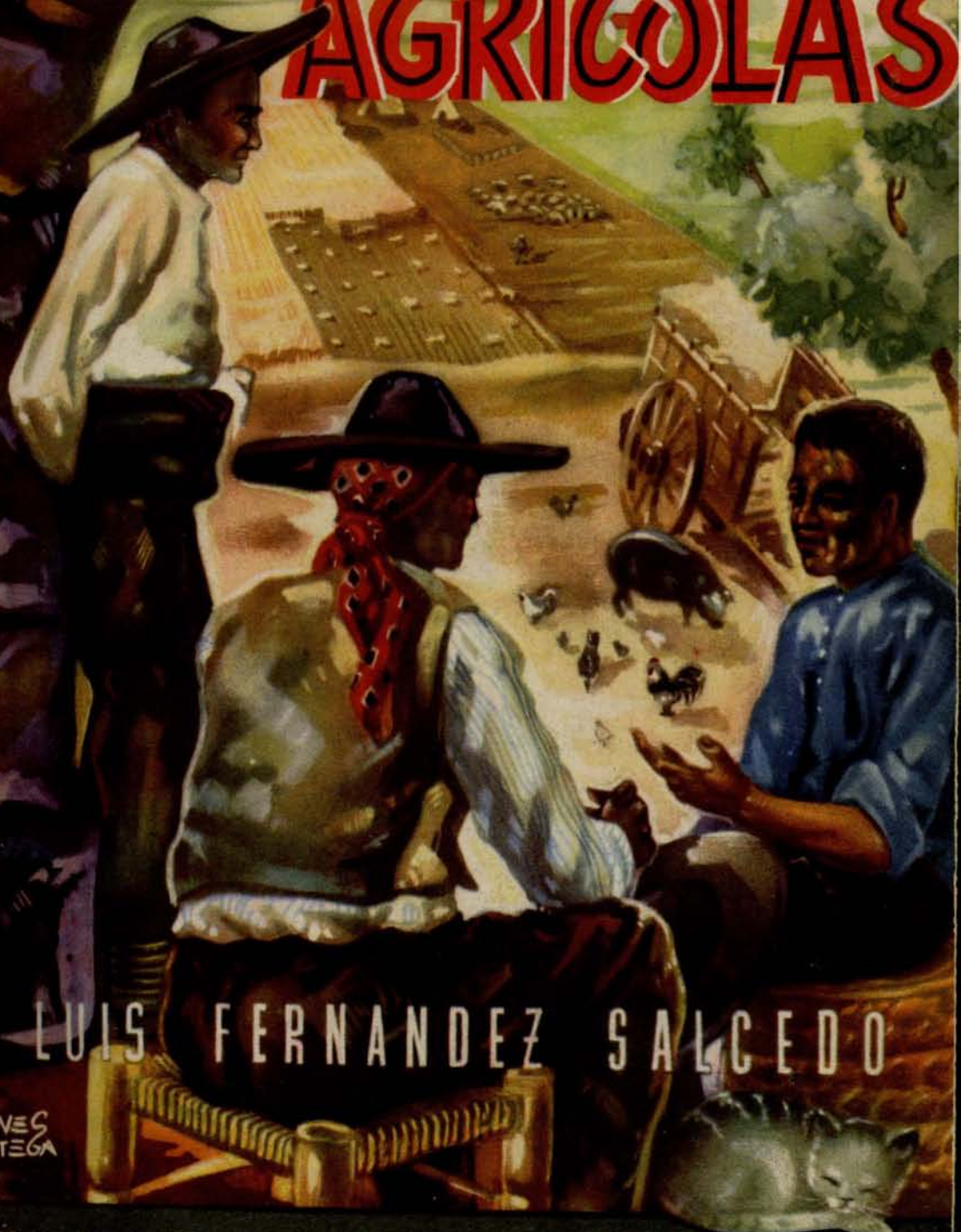






CHARLAS AGRICOLAS



LUIS FERNANDEZ SALCEDO

CHAVES
ORTEGA

MINISTERIO DE AGRICULTURA
SECCION DE PUBLICACIONES



MINISTERIO DE AGRICULTURA

CHARLAS AGRICOLAS

POR

LUIS FERNANDEZ SALCEDO



SECCION DE PUBLICACIONES, PRENSA Y PROPAGANDA





CHARLAS AGRICOLAS



MINISTERIO DE AGRICULTURA

18185/1

CHARLAS AGRICOLAS

(SELECCION DE ARTICULOS PUBLICADOS
EN LA REVISTA «AGRICULTURA»)

POR

LUIS FERNANDEZ SALCEDO

(300)



R. 18185

SECCION DE PUBLICACIONES, PRENSA Y PROPAGANDA





¡HAGAME USTED EL FAVOR DE OIRME DOS PALABRAS!

En un diccionario pintoresco, que todavía rueda por las librerías de ocasión, se inserta la siguiente definición de prólogo: "Es un primer obstáculo que nos presenta la lectura de un libro, salvado por los lectores con increíble agilidad. No se deduzca de esta circunstancia que se trata de cosa superflua, pues ningún autor osa presentarse al público sin ir de la mano de un prologuista".

Cuando saboreaba estas frases, impregnadas de sinceridad, me vino a la memoria aquella adivinanza del peón, que aprendí hace luengos años: "Para bailar, me pongo la capa. Para bailar, me la vuelvo a quitar. Yo no puedo bailar con capa. Yo, sin capa, no puedo bailar."

Indudablemente el prólogo es una de esas cosas innecesarias... que tienen que existir necesariamente. Ejemplos tenemos a millares. He aquí los primeros que se vienen a la pluma: El buche de vino con que se enjuaga el catador; la capa superior del forraje ensilado; los primeros chorritos del ordeño; el corte del queso, empezado el día anterior; la

corbata; los botones de las bocamangas; el paraguas; el centro de mesa; el papel con que el comerciante nos envuelve los paquetes perfectamente hechos; la presentación del conferenciante, con la clásica interrupción de “¿Y a usted quién le presenta?”, etc.

Primitivamente, el prólogo tuvo un valor testimonial, pues venía a decir al lector, poco más o menos: “No temas; este libro es inocuo. Yo, después de leerle, no solamente estoy vivo, sino que tengo humor para dedicarle unas cuartillas.” Del prologante obteníamos entonces la misma garantía que el señor feudal viendo probar los manjares al cocinero... ¡por si los tóxicos!

Sucedió después que los mejores prólogos eran aquellos que se preparaban sin conocer el original y hasta sin conocer al autor, y al prólogo notarial (que daba fe) sucedió el prólogo-anzuelo, pues la circunstancia de desconocer lo que venía detrás, permitía hacer con los ditirambos una auténtica suelta de palomas, y es evidente que algún inocente picaba con todo ello. Fué entonces cuando los lectores decidieron dejar la lectura del prólogo para el final, con objeto de contrastar los adjetivos propios con los ajenos, y más adelante se prescindió ya totalmente de examinarle, dando por descontado el juicio superlativamente halagüeño del presentador.

Cuando este humilde servidor de ustedes recibió el honorosísimo encargo de seleccionar los artículos publicados en Agricultura, para integrar con ellos un libro a editar por el Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura, fué su mayor motivo de cavilación el asunto del prólogo. Seguro estaba de tener bastantes amigos y compañeros que no hubieran dejado de hacerme este favor, apenas solicitado. Pensé, desde luego, en aquellos que más me habían animado a escribir en esta forma, demasiado desenrollada y hasta irreverente (con la Ciencia, entiéndase)... ¿A quién dirigirme?... ¿A Fulano?... ¿A Mengavito?... ¿A éste?...



¿A aquél?... Respecto a varios, tuve ya la palabra en la boca, el auricular en la mano y la pluma en el tintero... ¡pero, a última hora, me faltó valor! Si ellos habían leído mis pobres artículos con amable benevolencia, era un contrasentido castigarles, por lo mismo, a escribir las consabidas cuatro cuartillas llenas de elogios hiperbólicos e insinceros.

Era tan convincente este razonamiento, que opté por una solución original, consistente en dejar tres páginas en blanco encabezadas con estas palabras: PROLOGO (a cargo del propio lector). Una nueva subida del precio del papel me obligó a preparar otra solución más original todavía, y busqué un artículo representativo del carácter de la obra para empezar con él la ofensiva contra el que leyere, sin preparación artillera de ninguna clase.

Sin embargo, después de corregir las pruebas, me siento tan horrorizado, que no tengo otro remedio que sincerarme con el lector, pidiéndole perdón por mi osadía y animándole a formar los juicios más desfavorables de este libreo, en la seguridad de que por ese camino voy yo delante. Finaliza, pues, con esto el prólogo del prólogo... Y empieza el verdadero prólogo del propio cosechero, que no se titula prólogo para despistar, por aquello del salto.

* * *

Sería un poco pueril dejar de reconocer que estos artículos se acogieron, en las fechas de su aparición, con cierta simpatía, por parte de los suscriptores de Agricultura, ya que, leyéndolos, descansaba la imaginación de otras tareas de mayor enjundia, representados por trabajos meritísimos, plenos de documentación y enseñanza, salidos de las bien cortadas plumas del resto de los colaboradores. Mis artículos, desenfadados, irrespetuosos, con pretensiones humorísticas, eran como la verdurita, que se intercala en las comidas copiosas entre dos platos fuertes; como el banco semi-



escondido, que nos pone el Ayuntamiento en los paseos; como el entreacto, para preparar la continuación del drama; como la florecita silvestre, que rompe el verde uniforme de los trigales. Y si entonces, una a una, podían irse tolerando estas salidas de tono, solamente por su valor de contraste, ahora, puestas una tras otra, os aseguro que forman un todo absolutamente inaguantable, como hubiera sido fácil predecir apoyándose en los ejemplos anteriores. Verduras a todo pasto constituyen el lamentable menú de los vegetarianos, para los cuales toda compasión me parece poca. Un banco en un parque nos proporciona un descanso momentáneo y grato, sin olvidar que lo fundamental es el camino; pero decidme... ¿no sería horrible llenar todo el paseo de coches del Retiro de bancos, dejando un pasillito en el centro, como en los cines? Indudablemente, un entreacto es un gran invento para fumar un pitillo, para beber una caña o para hablar con Chuchita; pero si en un teatro "echasen" solamente entreactos, yo me atrevería a augurar al empresario un vacío desconsolador. Por último, ¿hay nada más triste que un ramito de flores silvestres? Os invito a reunir en vuestra mano la roja amapola, la verde lechetrezná, la amarilla hierba cana, la morada fumaria, los azules chupamieles, la blanca bolsa de pastor, etc. Formarán un conjunto alicaído, desmayado, de horrible languidez. Mentira os parecerá que sean aquellas flores las que eran pompa y alegría de la pradera. Y, desde luego, comprenderéis que no resisten la comparación con las rosas, jacintos, claveles y gladiolos que, por el contrario, hacen mejor efecto en un búcaro que en el propio jardín.

Lamento que estas consideraciones sean un poco "aposteriorísticas"; quizá no hubiesen tenido lugar de no mediar esta costumbre, ya en mí inveterada, de corregir pruebas, pues con tal tarea se ha desvanecido por completo el buen recuerdo que yo conservaba del éxito obtenido con la publicación de cada uno de estos engendros.

Por cierto que dudando estuve sobre la conveniencia de suprimir las alusiones referentes a la actualidad del momento de aparición de cada uno, pero, enamorado de todo lo que contribuya a ambientar, he preferido dejarlas, rogando al lector — si le hubiere — que antes de dedicar su atención a cualquiera de estos artículos, compruebe en el Índice la fecha de publicación, para que ninguna frase le resulte extraña, dentro de la extrañeza que causará el libro entero, considerado en bloque, por su reconocida maldad, sobre la que no me cansaré de insistir.

¡Demasiado tarde!, leían en voz alta los espectadores ingenuos del cine mudo, cuando los buenos acudían a levantar los railes del tren en que acababan de pasar los malos.

¡Demasiado tarde!, digo yo también ahora con aire bonachón, cuando acaba de pasar ante mí el tren de malas mercancías de esta obra, ya del todo compuesta, pero que se va a quedar sin novio. No veo la manera de dar marcha atrás, pues esa terrible ley de Contabilidad, que ata todos los cabos superlativamente, no permitirá justificar el gasto de preparación de un libro que no llegará a publicarse, por el tardío cambio de parecer de su autor.

Cerremos, pues, los ojos, cuando tú, lector, abras las hojas. Y, por lo menos, pídamoste perdón por tanta osadía, pero advertido quedas de que te esperan veintiuna verduritas para tu paladar carnívoro; veintiún banquitos para descansar sin estar cansado; veintiún entreactos sin función alguna; veintiuna florecitas silvestres, sositas y sin olor...

* * *

Este prólogo tiene un epílogo breve, pero sentido. Quiero dejar constancia de mi imperecedero agradecimiento a don Juan Leyva, Jefe del Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura, por haberse acordado de mi modesta persona para asociarla a la tarea de divulgación cumpli-

da, que es ya ingente y magníficamente orientada. Y no solamente al Jefe, sino a todo el personal del Servicio (al que casi pertenezco), por haber puesto el más cariñoso interés en torno a la publicación de esta obrita, soportando muchas y variadas molestias a mi cargo, pagadas en la moneda buena de realzar la presentación, por aquello de que el pabellón puede salvar a veces la mercancía...





EL METODO GIBERTINI, A PRUEBA DE SOTANOIDES

La civilización podrá impedirme que yo crea en brujas, pero no me demostrará la inexistencia de los gafes.

E. ALLONSUX.

¿Han estado ustedes alguna vez en Villaquieta? Se trata de un lugarón, como tantos otros, que parece ser un magnífico bostezo de esta Castilla, adormecida en sus recuerdos gloriosos. Pensando indudablemente en Villaquieta, o en otro lugar semejante, trazó Valle-Inclán la descripción maravillosa:

Un pueblo con soportales
y balcones de madera,
casas de adobe, corrales,
cigüeñas y rastrojera.

En Villaquieta enseñan al forastero ocho monumentos: los restos de la muralla; el ábside de una ermita románica de las postrimerías; el rollo; unas pintura murales feísimas; la torre, medio mudéjar; las dos hijas de D. Zebedeo (dos preciosidades), y el auténtico "manzanillo", que es el depositario de los escasos fondos municipales.

Si estos atractivos no son suficientes para animaros a recorrer los 206 kilómetros que separan a esta población de la capital, nada adelantaré con decir que sus tierras son de un rojo sangre, coagulada en terrones, y sus casas, viejísimas, pregonando la inexistencia del albañil, como si no se hubiese hecho obra en ellas desde el siglo de oro, también postrimerías, cuando se acababan el siglo... y el oro. Muchos pajares ostentan pétreos escudos de esclarecidos linajes, pero ninguna de las viviendas principales puede alardear de un mediano "comfort".

Yo he tenido que ir varias veces en estos últimos años a Villaquieta para tratar de cobrar el arriendo de unas tierrecillas que me dejó mi difunto tío Antolín. Una ganga. Porque mientras yo pago los impuestos y gabelas religiosamente, mis colonos satisfacen el canon con un laicismo desconsolador. Mi tío llamaba a esos pegujales "suertes"... ¡Qué embustero fué siempre el pobre!

La primera vez que puse allí mi planta, al bajar del auto de línea, me dirigí a un hombre de alguna edad y bien portado, preguntándole hacia dónde caía la casa del secretario del Ayuntamiento, para el cual llevaba una cartita de presentación. Por rara casualidad, él iba también a visitarle, y en los 170 metros que nos separaban de la tal mansión nos hicimos muy amigos.

Cuando despachó brevemente su asunto, entre el secretario y yo se desarrollaba el interesante diálogo siguiente:

—¿Cómo se atreve a alternar con D. Abundio?

—Hombre, yo soy forastero... se brindó a acompañarme...

—Pues sepa usted que es el gafe más gafe de todos los gafes: un manzanillo.

—¡Banastas!

—No se ría usted, caballero, porque la desgracia le ronda y será usted su presa. ¿Ha venido usted a cobrar...? Pues ya verá, por de pronto, cómo no le pagan.

—¡Pamplinas para los canarios!

—Sí; pero para los que no somos del archipiélago, verdades atroces. ¡Ah! Tenga la bondad de decirme todo lo malo que le ocurra, porque yo estoy recopilando esos sucesos en un libro que nos hará famosos a los dos.

(Se dirigió el buen hombre a una estantería concienzua-



“...abrazó a un pintor novel y le secó para siempre...”

damente rezuelta, pero en seguida encontró el grueso cuaderno de hule que buscaba, y abriéndole al azar, me leyó:)

—“Día 26 de marzo de 1932. Se copia la escueta nota entregada por el chófer del auto de línea, que dice así: “Desperfectos originados por el viaje de D. Abundio en el día de la fecha: Reventones, uno. Pinchazos, tres. Muertos, una gallina y seis de sus pollitos. Herido grave, el burro de Apolonio. Observaciones: Manolo “Buscavidas”, que iba a sacar la cédula, llegó cuando ya habían cerrado. Era el último día...” ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Sí que son coincidencias...

—“Día 12 de abril de 1931. Cuando nadie podía esperar, D. Abundio ha votado la candidatura monárquica, lo

cual ha producido en las derechas gran consternación...”
“Día 15 de septiembbre de 1930. Al ir a subir a la torre don Abundio con unos forasteros, para enseñarles el panorama, se desprendió el minutero del reloj, no matando a una señorita de milagro...”

(Y el secretario, entre convencido y burlón, me siguió contando casos extraordinarios. Un día entró el aludido en una casa cuando estaban esterando y en ocasión de tener en vilo el aparador, que se vino al suelo, haciéndose polvo la vajilla. En otra ocasión abrazó a un pastor novel que acabada de obtener la medalla de hoja de lata y le “secó” para siempre. Una tarde tormentosa regresaba al pueblo a galope y en el camino cayeron tres chispas, carbonizando una de ellas al mejor de los 35 árboles del término. Iba a ser padrino de la boda de una criada suya, pero no llegó a celebrarse porque la novia se fugó con el viajante de la máquina Singer, y el novio enfermó de tercianas...)

—Y diga usted, ¿todos los del pueblo creen en la mala sombra de ese sujeto?

—Todos, no; siempre hay alguno que da la nota discordante. Me refiero al maestro, que es natural de la Villa y tiene aquí propiedades y bastante labor. Este se subleva cuando nos oye hablar de la conversación, y nos llama retrógrados, ignorantes, oscurantistas...

—Harán muy buenas migas él y el interfecto.

—¡Como que me parece a mí que el tal Roberto Gómez—que esa es su gracia—es algo *sotanoide*!

—¿Qué quiere usted decir?

—Los gafes, señor mío, se clasifican en cuatro grados crecientes: gafe, contragafe, sotanoide y manzanillo... ¡Parece mentira que venga usted de Madrid y sea ignorante de ciertas cosas! Ahora que el maestro me parece que se va a encontrar con la horma de su zapato, porque va a cultivar el trigo por un método nuevo que ha inventado un tal Gibertini, del cual le da las explicaciones D. Abundio—to-



que usted madera, por si acaso—y tenemos todos la esperanza de que la prueba sea un desastre, en cuyo caso ya veremos quién es el oscurantista.

—¿Y si acertase? Me gustaría conocer a D. Roberto.

—Pues si va usted esta noche al café del Progreso, allí se le presentará, si es que se empeña, que, como ya le digo, también tiene su miaja de “jettatura”...

—Con perdón de usted, yo debo decirle que no creo tampoco en esas cosas.

—¡Al tiempo! ¡Al tiempo!

.....

Nunca he tomado un café peor que el de aquella noche en el castizo centro de reunión que me indicara “el Secre”, como allí le dicen. Lejos de quitarme el sueño, me produjo un morbososopor, como si se tratase de un narcótico y al menos un venenoide.

Tuve ocasión de conocer a D. Roberto. Es un tipo esquinado, amigo de llevar la contraria. Para mostrarse amable, tiene que refrenar a su gruñona hiperclorhidria. Casi todo el tiempo que sus convecinos dedican a *devorarse* unos a otros o a jugar al tute, lo ha empleado en leer y en escuchar a D. Abundio (que también sabe muchas cosas), puesto que es casi el único villaquietense que no le tiene miedo.

—En cuatro palabras—me dijo—voy a exponerle el fundamento del método Gibertini. Está demostrado que el trigo vegeta por encima de 4°. *Si tiene alimentos a su disposición*, crece, aunque no sea a la vista, sino interiormente, desarrollando la cabellera radical, lo cual es de gran importancia para que cuando el tallo diga en la primavera “venga de ahí”, le conteste la raíz: “todo está listo”.

—Donde no hay cimiento no se puede construir en forma, ¿verdad?

—Así es. Por eso no importa que el invierno sea crudo y seco, pues sirve de freno al crecimiento exterior; mientras, la raíz trabaja y toma posiciones. Ahora bien: se sabe



positivamente que la nitrificación cesa al bajar la temperatura a 10 grados; luego de nada le servirá al vegetal su buen deseo de prosperar entre los 4 y los 10 grados, si no acudimos en su socorro suministrándole el nitrógeno nítrico que los obreros microscópicos del suelo no pueden elaborar a esas temperaturas bajas.

El método, pues, en esencia consiste en hacer aplicacio-



“...carbonizando una de ellas el mejor de los treinta y cinco árboles del término...”

nes invernales de nitrato desde diciembre a marzo, a la dosis de 50 kilogramos aproximadamente.

—¿Cuántas se deben hacer?

—El autor señala siete u ocho. Esto es para Italia. Afortunadamente, varios agrónomos han ensayado ya en España el procedimiento introduciendo variaciones. Aquí se suelen hacer cuatro o seis adiciones, variando la cantidad total de 180 a 300 kilogramos. Como se trata de un cultivo perfeccionado, se aspira a obtener grandes cosechas, de 80 a 120 fanegas por hectárea, y para ello es preciso que por metro cuadrado haya 500 espigas por término medio, o un número que se le acerque. Esto se logra con siembras muy

espesas (de 140 a 190 kilogramos por hectárea) y tempranas (octubre a primeros de noviembre), y naturalmente, no todos los trigos valen para el caso. Han de ser precoces, de poca paja y caña fuerte para que no se encamen. Hay uno precioso para el objeto—que yo he sembrado—, que rápidamente se extiende por toda España.

—¡El famoso híbrido L-4!

—Sí, señor; el mismo.

—Supongo que para llegar a tan espléndidas cosechas habrá que aumentar los demás abonos en proporción al nitrato, puesto que son muchos los kilogramos que va a levantar del suelo la cosecha.

—Yo he puesto 500 kilogramos de superfosfato, 125 de sulfato amónico y 125 de potasa, como abonado fundamental.

—El sembrado me han dicho que está magnífico... a pesar de D. Abundio.

—¿Conoce ya la historia de este pobre hombre? ¡Debí figurármelo!

—Pues sí, señor; conozco algunas de esas... *coincidencias* de D. Abundio con sucesos desgraciados; pero no las achaco, naturalmente, al influjo de su persona. Y a propósito, permítame una pregunta: ¿Qué sensación experimenta él cuando sobreviene una de esas... *tragedias*? Calculo que no ignorará...

—Está al cabo de la calle, desde luego. Aparenta indiferencia absoluta, pero en el fondo yo creo que se ríe muchísimo...

.....

Fuí a ver el trigo del maestro, y desde el primer momento pronostiqué que—de no sobrevenir alguna circunstancia fortuita—daría una gran cosecha. Estaba muy bien nacido, conservando por igual todas las líneas—dispuestas a 19 centímetros—, la misma gran densidad de plantas. Por lo visto es detalle importante el de no escatimar semilla; ha-

bíanse empleado 130 kilogramos por hectárea. También el abonado fundamental hubo de realizarse sin duelo, como antes dijimos.

—Esto escandaliza a muchos—me decía el progresivo agricultor—, que por lo visto querrían que la tierra diese un cosechón sin sacrificio por parte del amo, por arte de bir-libirloque. Además, si hemos de cargar la mano en el nitrato, no conseguiremos nada si la fórmula de fertilización no es armónica, porque hay una ley del mínimo, en virtud de la cual si una cuba tiene unas duelas más altas que las otras, no se puede echar agua más que hasta el nivel de la más pequeña.

—Del mismo modo que si tiene usted una cadena con eslabones de diferentes gruesos, se romperá por el más delgado, no valiendo de nada la fortaleza de los otros.

—Tampoco está eso mal traído.

—Y al ver el magnífico aspecto del sembrado, ¿qué dicen sus convecinos?

—Que al freír será el reír. Que hasta el fin nadie es dichoso. Que los gitanos no quieren buenos principios. Que de enero a enero el dinero es del banquero. Que aun no asamos y ya pringamos. Que hay más días que longaniza... No sé si tendré paciencia para escuchar tan alentadores comentarios durante seis o siete meses.

.....

Decían: “no nacerá siquiera, porque el mucho abono abrasará el brote”. Y nació con gran pujanza. Luego afirmaron, al ver echar nitrato en diciembre: “engordar para morir; tanto se va a adelantar la planta, que las heladas darán fin de ella”. Pero salió de invierno lozana, refollante, con su intenso color verde. Entonces pensaron: “¡Bah! Total, mucho forraje, mucha paja y poco grano.” La espiga los dejó por embusteros: muchas espigas, muchísimas y muy dobles. “Pues se atizonará, porque el exceso de abono envenenará el jugo de la planta.” Sin embargo, el tizón no

tuvo a bien aparecer. “Esto es, cavilaron, que va a haber un pedrisco gordo.” Y algunos no les hubiera importado sufrir algo en las fincas linderas, con tal de que la fuerza de la nube fuese sobre el L-4. No hubo granizo y sí chubascos que tumbaron en pequeña parte la mies... igual que sucedió en muchas fincas.

Pero, diréis, ¿es que todo salió a pedir de boca?

Casi casi. Los pájaros, abundantísimos en la heredad—tengamos en cuenta que D. Roberto es un entusiasta del arbolado—vaciaron muchas espigas, aunque no tantas como creía el secretario. Por otra parte, la siega coincidió con el día de más calor de todo el verano, que en aquella comarca fué el 17 de julio, con lo cual dicho se está que el L-4, ya bien maduro, se desgranó muchísimo. La siega debió anticiparse más bien, pero es que las últimas fases de la madurez se sucedieron tan rápidamente, que el sábado aun daba tregua y el martes hubo que segar de prisa y corriendo en el centro del día. Era un verdadero dolor ver trabajar a la atadora envuelta en la lluvia de oro de los granos saltarines, que parecía nube de metralla más bien.

De todos modos, fué, como suele decirse, mayor el escándalo que el daño; y la cosecha, pudiendo ser mejor, se quedó en excelente: 85 fanegas por hectárea, cifra muy *aparente* para regadío.

Con objeto de reunir datos por si algún día encontraba a algún amigo periodista dispuesto a tratar del caso, le escribí al dueño hace poco tiempo, y la contestación, que no se hizo esperar, decía:

“Muy señor mío y estimado amigo. Me complace en acusarle recibo de su atenta carta sin fecha, recibida anteayer, en la cual solicita de mí algunos pormenores referentes al laboreo y resultado económico de aquella tierra, que usted visitó varias veces, dedicada al ensayo del método Gilbertini sobre trigo híbrido L-4, con el fin de hilvanar un artículo de divulgación. Yo no sé si la credulidad de mis

paisanos para cuanto se dice en letras de molde alcanzará también al caso presente, pues, por lo que a mí toca, ya no quiero ni hablar con ellos sobre el particular, en vista del poco aprecio que hacen de mis noticias. Y al respectivo de don Abundio, no dan su brazo a torcer; y en vista de que les consta positivamente que pude cerrar el grano en la panera sin grandes contratiempos, ahora dicen que está envenenado y que el pan fabricado con su harina producirá terribles cólicos.

Yo, por de pronto, tuve el acierto de deshacerme de él en pleno verano, al precio de tasa, renunciando al sobreprecio que pudiera corresponderme por la buena calidad de la harina, y bien que me alegro, pues ya sabe usted el apuro que existe en toda Castilla por estar el comercio triguero enteramente mortecino y sin saber cómo se va a salir del trance.

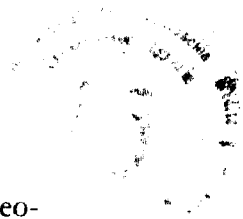
Y sin más preámbulos, doy a usted nota de las labores —que fueron pocas— y de la fecha de principiar cada una de ellas:

El 29 de agosto de 1933. Pase de grada de discos para alzar el rastrojo de la cosecha anterior, que por cierto fué también trigo (Aris número 1).

El 31 de octubre se daba una labor de vertedera giratoria, preparatoria de la siembra. El 7 de noviembre se esparcían los abonos minerales previamente mezclados, cubriéndolos con un pase de grada. Al día siguiente tuvo lugar la siembra con una "Empire" de nueve botas regulada en el número 3; a continuación se comprimió el suelo con un rulo acanalado. El 20 de febrero se pasó, por única vez, la grada de púas. Se regó el 15 de mayo y el 17 de julio se procedió a hacer la siega.

Las adiciones de nitrato tuvieron lugar los días 27 de diciembre, 16 de enero, 6 de febrero, 26 de febrero, 15 de marzo y 4 de abril.

Como dato curioso, puedo decirle que tuve la curiosidad



de medir en diez diferentes sitios—los mejores y los peores— del trigo, un metro cuadrado y se procedió a segar las cañas contenidas en él para contar las espigas una a una, obteniendo las siguientes cifras: 604, 747, 676, 632, 647, 617, 784, 644, 545, 333. Promedio, 623 espigas por metro cuadrado. ¡Una buena cifra!

En cuanto al resultado económico, mejor que ofrecerle toda la cuenta, prefiero hacer las indicaciones siguientes, referentes a una hectárea:

	Pesetas
<i>A) Exceso de gastos debido al método:</i>	
200 kilogramos de superfosfato, a 16,21 los 100 kilogramos	32,42
25 kilogramos de sulfato amónico, a 29,72 los 100 kilogramos	7,43
75 kilogramos de cloruro potásico, a 33,07	24,80
1 jornal más esparciendo estos abonos	5,00
45 kilogramos de semilla, a 0,60	27,00
200 kilogramos de nitrato, a 29,13	58,26
4 horas de esparcir éste, en vezes, a 0,62	2,50
1 hora más de hacer carril, a 1,38	1,38
6 horas más de acarreo, a 3,43	20,58
4 horas más de trilla, a 20,89	83,56
	<hr/>
	262,93
<i>B) Disminución de gastos debido al método:</i>	
Ahorro de tres binas, a 15 pesetas	45,00
Ahorro de escarda, cuatro jornales de mujer	12,00
	<hr/>
	57,00
<i>C) Aumento de ingresos debido al método:</i>	
1.537 kilogramos de grano, a 0,48	737,76
2.613 kilogramos de paja, a 0,02	52,26
	<hr/>
	790,02
RESUMEN	
	Pesetas
(C) Más ingresos	790,02
(B) Menos gastos	57,00
	<hr/>
	847,02
(A) Más gastos	262,93
	<hr/>
BENEFICIO DEBIDO AL MÉTODO GIBERTINI...	584,09

Acabo de regresar de Villaquieta. Los labradores rehuyen la conversación del trigo del maestro. Estrechados a preguntas, declaran con insuperable reticencia que, aparentemente, la cosa estuvo bien, pero que el resultado no será tan favorable como dice Robertini, nombre que dan ahora al dómine. Les he instado a que, a su vez, practiquen el método, pero dicen que como está D. Abundio por medio... Y aunque esta vez no se hayan visto grandes hechos, será porque los gafes no se gafan unos a otros.

No quieren adoptar el sistema, pues así les va muy ricamente, pero lo cierto es que están entrampados hasta los ojos y que, con esta que va corriendo, son tres las rentas que me adeudan de aquellas finquitas que hiperbólicamente llamaba "suertes" mi difunto tío Antolín, de tan grata memoria.



GAZPACHO EN LA ERA

—Riá “Valerosa”... ¡Valeroosa!

—¡Vaya con Dios el amigo Lorenzo! Ya pués descansar, galán, que hoy has apretao mú rebién.

—¡Buen día de canícula!

—¿Cómo queris que no haga calor, si es lo propio?

El sol se llama Lorenzo,
sí, sí..., ay, ay, ay,
y la luna Catalina a... a...

—¿Hay buen humor, muchachos? Harto vale. Buenas tardes a todos. Milagro que no está aquí tu padre, Marquitos.

—Allí le tié usted detrás del tresnal.

—¿A qué llamas tú tresnal?

—A lo que tó el mundo se lo dice: al montón de gavillas.

—¡Siempre tié gana de hablar el señor Feliciano!

—¿Me das un traguejo, Marcos? ¡Abraao vengo!

—Con el alma y la vida... ¡Ha hecho un día de prueba.

—Pa estarse cucao, como menda... ¿Qué tal pinta esto?

—Malamente... Como de costumbre... es decir... peor que otras veces entavía... No sé qué va a ser de nosotros los labradores.

—Pues tú parece que tienes un buen pez de trigo.

—Pero con muchas raspas... No está bien granao; pesa poco. Ha sío un año mú tremendo de sequía... Sequía en otoño, pá que la nacencia no fuera en debidas condiciones: sequía en invierno, pá que la tierra no se haiga recalao en forma; sequía en primavera, pá que el grano se cuaje despacioso y le abraze la calor cuando está cuasi en leche...

—Yo creo que os habéis precipitao en segar.

—Podría ser, con la escama del pedrisco de marras. Dos añás seguías mú remalas. Y en ésta, la mayor parte de la gente campesina ha ido viviendo ¡a cuenta de la cosecha que estaba por coger...! Se la han comío en verde, como suele decirse. Total: ¡lo de siempre! Que los únicos que medran son los dos o tres tenderos y la media docena de prestamistas.

—Alguna vez les fallarán los cálculos.

—¡Quiá! Fían y prestan sobre seguro, a tiro hecho. Al que tiene una vaca, o una casa, o unos rincones. Y con lo voraces que son pal interés, tó lo que estamos ahora afanando, al remate pá ellos.

—¡Qué tiranos son!

—A un pariente de usted (que no quiero nombrar) le dan dos reales por cada cinco duros.

—No es mucho.

—Ni poco. ¡Veinticuatro reales de caídos al año!

—Yo pensaba que el rédito del 2 por 100 era anual.

—Sí, sí... Juanito.

—¿Y podrá dormir tranquilo ese bribón?

—Si fuá él solo... Otro endeviduo me prestó simiente en una ocasión, y de cada fanega me hacía dejar en el azto tres celemines pá las creces.



—¿No dicen que hay un Crédito Agrícola?

—Eso dicen...

—¡Oiga, tío Marcos! ¿Arrecojemos la parva o lo dejamos pá luego?

—Mejor es que sus pongáis a limpiar un ratejo mientras preparan el gazpacho; hay que aprovechar el remusguillo que se ha levantao a la postura del sol... Tomaremos el tiempo según viene.

—Así creo que aventaba sus mieses el padre de Maricas-



Aprovechando el *remusguillo* que se ha levantado, para *volver la parva*.

taña, que fué labrador. Pocos sois los que vais quedando sin emplear la aventadora...

—Bien que me pesa, porque no esconozco sus ventajas. Aseguran que aun no está bien estudiá esta mecánica; pero lo cierto es que su mérito entra por los ojos y permite hacer una burlata al tiempo, haciéndonos independientes de la mósfera. Crea usted, señor Feliciano, que estamos entre dos fuegos: el suelo, probe, y el clima, duro. Tó lo que sea luchar con ventaja contra ellos es más que bueno; es superiorón.

—Y siendo así, ¿cómo no te animas a mercar una máquina?



—¡ Señor Feliciano! ¿ No era con usted, con quien hablaba yo antes de apuros? ¿ Puedo permitirme ese desahogo?

—El que no se arriesga... Las casas vendedoras dan facilidades para comprar, y no puede decirse que sean caras ya que en seguida se sanean. He leído que por fanega de grano el coste es dos veces y media más barato que a mano por el sistema antiguísimo de los bieldos. No pierdas de vista el tiempo que se gana, que también tiene precio... ¡ y bueno! Las mulas descansan, se anticipa la simienza, se alza el rastrojo en seguida.

—Eso es pintar como querer.

—A propósito de la siembra. La limpieza a mano permite escoger los granos de más peso—los mejores—, los que caen más a plomo, para emplearlos con ventaja como semillas, por aquello de que: “En Torrijos, como son los padres, son los hijos”. Supongo que tú...

—No podemos perder tiempo en esas menudencias.

—Con que perder el tiempo, ¿ eh? ¿ Y si te dijera que algunos labradores guardan las mejores espigas para después cortarlas en tres pedazos y reservar los granos del centro para semilla?

—Usted podrá decírmelo, pero en mí está el no creerlo... Esta época es muy ocupada para nosotros. No podemos pararnos en esas quisicosas. Habrán de inventar algún medio de acabar antes la trillazón.

—¡ Ah! Pues aun hay sistemas más lentos que tus trillos de pedernal. Hay trilla con látigo (dos palos atados a una correa), y con caballerías, dándolas picadero en la parva, dispuestas las espigas hacia dentro.

—Pues le saldrá la barba al que los emplee...

—La barba... y el bigote. Un método mejor es emplear trillos de sierras o de discos para abreviar y trillos de pedernal para suavizar la paja, haciéndola apetecible para el ganado. No hay que olvidar que la paja, que en el Extranjero es casi despreciada, aquí es bastante apreciada.

—También están las trilladoras... ¡pá los ricos!

—Y pá los pobres si se asocian.

—¿Y en qué orden se trilla?

—En el que disponga la Junta.

—¡Menudo infierno! ¡Ha venido mú fantástico esta tarde el señor Feliciano! El calor le ablanda la sesera.

—Te advierto que se construyen hoy trilladoras mucho más pequeñas y más baratas, muy propias para tres o cuatro medianos labradores. Así que, con el tiempo, ya veremos lo que ocurre. Estas máquinas no consiguen rebajar mucho el coste, pero hacen rápidamente la recolección.

—Mi chico, cuando estuvo en el servicio, vió en Andalucía maquinarias de esas que son una especie de Juan Palomo.

—Las cosechadoras. Son unos artefaztos grandones que sólo valen para fincas muy extensísimas bajo una linde, con los inconvenientes del mucho grano que se desprende, por exigir mieses muy granadas, y de que dejan la paja desparramada sobre el terreno. En cambio, el coste por fanega al parecer es pequeño.

—¡Vaya con el señor Feliciano! ¡No le creía tan sabedor de estos negocios!

—Hombre... Uno ha vivido mucho... ha leído papeles... ha escuchado sin echar en saco roto... Ahora me voy con la música a otra parte.

—Primero probará usted el gazpacho, aunque no sea más que por el buen rato que me ha hecho pasar con su charla, desagenao por unos minutos de mis negros pensamientos, de mis amarguras, de mis tristes cavilaciones. El negocio va de mal en peor. La agricultura está mal, muy mal; tó lo que se diga es poco. Tós los años, y éste con más fuerza, formo la idea de retraerme de la labor, de venderlo tó, de no sembrar ya más, de cruzarme de brazos y... que sea lo que Dios quiera.

—Alto el carro. No hay que afligirse tanto. Un poqui-

to de paciencia, que poco a poco todo se irá arreglando. La Agricultura está a la orden del día, y los labradores, de moda. El Gobierno va a acometer la Reforma Agraria.

—Algo he leído en el papel; pero fijamente no sé de qué se trata.

—De dar un paso de gigante en la marcha del negocio agrícola y de extender una esquila de defunción en donde, después del nombre de la difunta "*Doña Gran Propiedad del Latifundio Inculto*" y de sus títulos y honores, se lea el "*R. I. P.*", que quiere decir *Roturación y Parcelación*.

—Menester es que no se abuse mucho del rétulo, pá que la carne no desaparezca definitivamente del puchero español, y que se cohíba un poco el aumento en el cultivo del trigo—en el que primero se piensa—, pues una vez que se coja todo lo que consumemos, el sobrante sería pá la lumbré y pá arruinarnos con la competencia.

—Puede ponerse una tasa mínima.

—Ese es nuestro *inri*. Que se diga a los harineros: "no se puede comprar por bajo de ese precio para que no pierda el labrador", y que, en efecto, tengamos que vender por menos.

—Aquí está el gazpacho.

—Una engañifa; ni alimenta, ni ná.

—Pero refresca y consuela.

—Yo quisía que los ministros, antes de dar leyes agrícolas, pasaran siquiera un par de horas con nosotros, comer de nuestro gazpacho o merendar queso y pan moreno y cara al sol y pecho al aire ponerse a escribir los artículos... con lápiz, por si hay cualesquier cosa que enmendar. Hasta aura se disponía pá'l campo desde las oficinas de Madri, que caen mú lejos del hocino...

(La noche, gran iconoclasta, ha embadurnado el cuadro típico de las eras. El pokrillo asfixiante, el tãmo, se ha sedimentado. Los vencejos se sosiegan en sus nidos. Todo el ambiente se encalma, se purifica. No es hora de vivir, sino de



soñar. Marcos, el honrado, se queda traspuesto junto a su cabaña. Sueña con unos trigales tan altos, que la mies le salva cuando cabalga en su mula tordilla. Luego ve la fábrica de harinas, más pequeña hoy que nunca, y al encontrar a Feliciano dentro de un cumplido mandil, pluma en la oreja, le dice: "Ahora sí que ha llegado mi agosto. Tantos carros de trigo en ringlera traigo a moler, que he perdido la cuenta de los que vienen..."

Los grillos taladran la oscuridad. Cada taladro es una estrella. Un mochuelo, celoso cumplidor de sus deberes de agorero, decidido a despertar al labrador, se limita por el pronto a lanzar su amenaza monocorde y cansina: "¡Que voy...! ¡Que voy...! ¡Que voy...!")





LO QUE DEMUESTRA UN CAMPO DE DEMOSTRACION

Este campo de demostración... ¡demuestra tantas cosas!

A mi paso por Venta de Baños he tenido la satisfacción de echar un párrafo con el colono, hombre de inteligencia despejada y trabajador infatigable. Con varios miles de obreros como Mariano Lajo, la Reforma Agraria será indudablemente hacedera. Porque el Estado puede fácilmente tomar las tierras de donde las haya y entregárselas a quien tenga por conveniente. Puede—esto ya no es tan sencillo—hacer una abundante siembra a voleo de millones de pesetas, importe de los improvisados capitales de explotación en número crecido. Pero todas las leyes y todos los decretos, serán incapaces de despertar la vocación de empresario a quien no la sienta, ni de suplir las especialísimas condiciones personales que posibiliten (¡ya se me escapó!) esa vocación. Esta es la verdadera raíz del problema.

En cambio, la Mancomunidad del Duero—beneficioso organismo profundamente encajado ya en la vida agrícola de la Cuenca—, bajo cuya tutela está cobijado este campo de demostración, uno de los varios establecidos, no se pro-

puso más que divulgar, por medio de él, los nuevos sistemas de cultivo; pero sin proponérselo, ha demostrado hasta dónde puede llegar el esfuerzo personal constante del que trabaja para sí, unido a la tierra en cuerpo y alma.

Feliz atisbo de Reforma en plena meseta. Colonización auténtica y magníficamente lograda. Reconquista de Castilla por el esfuerzo de sus hijos...

* * *

—Y aunque así fuera. Yo pierdo con usted una hora de mejor gana que lo digo. Pá mí tiene interés salir en los papeles, porque ¿quién le dice a usted que no puede llegar el periódico a manos del propio ministro de Agricultura y caerle yo en gracia y mandarme una mñaja de donativo?

—Sí; pudiera suceder... Pues, como empezaba a decirle, quisiera que me contestase usted a unas cuantas preguntas, para urdir un artículo, y entre ellas, qué alternativa de cultivos se sigue aquí.

—¡Ya llegaremos, hombre! Hay que dar tiempo al tiempo. Primeramente le voy a explicar a usted el origen, que es en donde está el lintríngulis de tó y para que abran los ojos más de cuatro.

—Bien está. Empecemos por el origen.

—Este campo de demostración, que tanto le satisface, era hace cuatro años poco menos que nada. Eran los eriales del tío Pipi. Algún cachejo sembrao de trigo. Lo que se dice nada.

—No estaría entonces construída la acequia.

—¡Qué hacer! Pero las gentes se hacían las distraídas, como suele decirse. Años atrás pude yo haber compraó la mitá de la finca en 60 duros. Casi regalá.

—¿Y por qué dejó escapar la ocasión?

—Por el detalle de no tener en aquel momento ni 60 duros ni 60 riales, ni quien me los prestaría. Trascurrió algún

tiempo. Cada vez me ansiaba más de ver cómo las aguas pasaban de largo sin aprovechación ninguna. Di en cavilar sobre el negocio. Pedí precio. Este picón, que al parecer es una hectaria, me le dejaban ya en 900 pesetas. Seguí haciendo mis números. Había que tomar una resolución pa dar de comer a mis gentes: nueve hijos que eran nueve clavos... Encontré los dineros. De fiadores puse a mis dos brazos y a mi hombría de bien, y tomé a réditos las 900, por dos años y con el 25 por 100 de interés.

—¿Quiere usted dar conmigo un “viva al Crédito Agrícola”?

—No me gustan los gritos suzversivos... Había que hacerse con la otra mitá, pero ya los propietarios estaban más espabilao y, sólo después de muchos regateos, nos convini-mos en 3.000 pesetas, a devolver en tres años. Y eso que no había escritura de propiedad, pero en la fía de que naide me estorbaría el disfrute. Con que nos dimos la mano y tra-to hecho.

—¿Solicitó usted entonces el auxilio de la Mancomuni-dad?

—¡Si falta lo mejor! En aquellos días daba D. José García Atance un cursillo de nivelación, y yo le seguía muy gustoso, la verdad sea dicha. Por alguna palabra que cogí al vuelo, comprendí que buscaba terrenos pa un campo del-mostratorio; pero nada nos decía, y yo, como puede usted maliciarse, no soltaba prenda. Una noche, al regresar de mis trajines, me dijeron que el Ingeniero había estao a bus-carme, y el corazón me dió un vuelco. Que no me moviera de allí, que a las ocho vendría otra vez. En esto empezó a llover con tales aparatos, que cayó lo que se dice el univer-sal. Yo desconfiaba de la visita, por motivo de la noche de perros que se puso. A pesar de lo cual, llegó a poquito D. Jo-sé chancleando, y a los cinco minutos estábamos entendiós. Hasta aquí iba bien la cosa; pero una mañana, cuando ya tenía en el bolso el talón de los artefactos de la nivelación, reci-

bo una esquila de los propietarios forasteros diciendo que de lo dicho no había nada.

—Montaría usted en cólera.

—No sé lo que pasó por mí. Al cruzar las vías, vi el vagón de las maquinarias y se redobló mi coraje. Llegué al pueblo de... Me alcuerto que estaban de eras. Preguntando, preguntando, topé con una cabaña en donde tomaban un bocao los vendedores arrepentíos, y por to saludo les espeté: “¿Son ustedes hombres?” “Por tales nos tenemos”, me contestaron. “Pos menos decir y más hacer, que el movimiento se demuestra andando. La palabra de un hombre vale más que toas las escrituras que puedan fabricar tos los escribanos del mundo. Y si a la postre me dejan feo con la Confederación, yo no salgo de aquí sin dejar tendío por lo menos a uno.” Le advierto a usted—pa que se chancee, si gusta—que estaba yo sin una mala navajilla en la chaqueta desafiando a cuatro hombres como cuatro castillos. Ellos, tan siquiera tenían a mano los aperos; yo sólo llevaba mi cara, que es bastante dura. “Hombre, no hay que tomar las cosas por la tremenda...; véngase a razones, buen amigo...” Total: tira de aquí, floja de allá, salimos tan arreglaos como pué usted figurarse. Los hombres se pusieron muy bien; yo de mi parte ofrecí darles, en vez de las tres, 4.000 pesetas, en tres años, sin más interés ni nada más, con la condición de firmar sin leer la obligación que me presentasen: ;podían amarrarme cuanto quisieran! Que hasta que no pagase el último céntimo no correría de mi cuenta la finca: que sí no cumplía, me echasen a presidio; que se quedasen, en tal suposición, con tó lo que encontrasen en casa, hijos inclusive, y así por el orden. Total: que yo respiré cuando nos dimos la mano de amigos.

—Y van dos apretones.

—Sí, señor; pero ya no hizo falta ninguno más. Se portaron divinamente.

—Total: que le han salido a usted las dos hectáreas por

5.250 pesetas, siendo así que pudieron comprarse antes por 700.

—Cambian los tiempos mucho. Y ahí tiene usted: yo trabajando como un burro, sin sosegar un momento, hala que hala, y eso que mis hijos no son tan esclavos de la faena como yo querría, hemos transformao la posesión en au-



Esta finca es un oasis de felicidad, un remanso de pasiones, un alto ejemplo para todos...

soluto. Primero eran, como le dije, los eriales del tío Pipi, luego los nivelemos, me puso la Mancomunidad la finca en riego, haciendo todas las obras necesarias, lo que llaman ellos mejoras permanentes.

—No se olvide del cerramiento, que es muy bonito.

—Y to lo que he ido sacando de productos, después de comernos el coscorro, lo impleé en sanear las deudas pri-

meramente, y después, a enterrarlo en la finca. He hecho una cuadra pa tres caballerías, su pajera, un pozo, una pila, un corral sin acabar y pienso hacer una casucha. Cada año hilvano yo mi proyeztó y mi presupuesto y... casi siempre me equivoco. Se va a tronchar de risa cuando sepa que el año en que le tocó el turno al corral, no pude concluirle porque me se acabó el monís cuando ya tenía tres hastiales, y hubo que dejarle así de momento.

—No me río, Mariano. Todo lo que me cuenta son cosas muy serias y para meditarlas despacio.

—A usted se le hacía mucho coste 5.000 pesetas por dos hectarias. Bueno, pues hoy, tal como está el campo, no lo cedo por 8.000 duros.

—No los vale, a primera vista.

—Pa mí, de tos modos. ¡Si en estos tres años he trabajado yo más que en toa mi vida! Por haber salío to de mi esfuerzo, siento yo cuando miro el campo la misma ilusión que sentirán los pintores de cuadros, porque eso he hecho yo: coger una tela blanca, u séase el erial, y pintar el cuadro de unos cultivos esmeraos, que no es que yo lo diga, porque a la vista está.

—¿Y quién le dió los pinceles y las pinturas?

—Por sabido se calla: la Mancomunidad, que si no fuera por ella...

—Le veo a usted satisfecho. Si los lances se jugaran dos veces...

—¡Ah! No lo dude. Yo repetía tos los pasos. El agua del riego es agua milagrosa. Ya no se ven eriales aquí al contorno. ¡Menuda prisa se dieron los muy envidiosos a trasformarlo tó en regadío! Tardíos, pero seguros. Yo siempre fuí un convencido... No sé si contarle el caso que me sucedió...; pero no, no quiero apartarle de su objeto.

—Cuenta, cuenta.

—Allá va. La primera vez que vinieron los trenes de nivelación, yo solicité que me apañaran una tierra de la

cual era rentero y me quedó superiormente. Pues, ¿quiere usted creer que el dueño, en lugar de estimarlo, se puso hecho un basilisco y me preguntó de mal talante que cómo me había yo atrevido a disponerlo, siendo un simple arrendatario? Le contesté que por eso precisamente, por ser un arrendatario, aunque no tan simple como él creía, quería sacar algo de provecho de la tierra, pero que, por si él no era gustoso de la nivelación, ya tenía yo hablabo a los jefes y pasando las máquinas al revés, volverían sin inconveniente a dejar la planicie en forma de ladera... ¡y tos contentos!

—Buena jugada.

—Mordió el anzuelo, pero al terminar el contrato no reclamó nada y siguió cultivando en regadío... ¡Menudo raspa está hecho!

—Me alegro de que me haya usted contado esa anécdota. Saldrá también en el artículo, porque es muy expresiva. Diré algo también del magnífico aspecto de los distintos cultivos. Hablaremos de las espléndidas perspectivas que se ofrecen para muchos lugares castellanos emplazados en las nuevas zonas regables. En resumen, procuraré transmitir a mis lectores esta impresión que yo saco de ser esta finquita un oasis de felicidad, un remanso de pasiones, un alto ejemplo para todos...

—Diga usted, sobre todo, que estoy muy agradecido a la Confederación o como quieran llamarla. Ellos me pusieron el campo en condiciones, como le referí antes. Me regalaron las semillas y abonos de los dos primeros años. En los restantes, me adelantan unas y otros, a descontar luego del valor de las cosechas. Me prestan las máquinas que necesito, a pesar de lo cual ya tengo algunas mías propias, a más de las que traje. A cambio de todo esto, tengo que someterme a cultivar lo que me digan y en la forma que dispongan. Algunas veces discutimos (en buenas formas, se entiende), pero acabamos poniéndonos de acuerdo y nunca existe nin-

guna trabacuenta. Ellos no quieren que cultive tanta remolacha, pero comprenden que ahora está ahí mi defensa, y ceden. Otras veces soy yo el que se aguanta. De los productos dispone un servidor.

—Tendrá que vendérselos a la Mancomunidad.

—Si los nesecitan y nos entendemos, sí. Pero en otro caso, a quien me parece se los enajeno. Y a propósito de cuentas: allí me las echan al céntimo. Así que si quiere usted pedir las en las ofidinas, podrá saber cuánto me corresponde de beneficio industrial *aparte de los jornales*, que los cuentan como gasto, según es de cajón. Mejor que hablar nosotros será oír lo que canten los números...

* * *

Los agricultores de la cuenca ya van aprendiendo el camino que conduce a su despacho. Su despacho, como si fuera una celda, tiene traza esquemática. Es un aposento con vida, con alma, que habla un lenguaje no por todos entendido. En un clasificador se leen distintos apartados: "Campo de Venta de Baños", "Campo de Azadinos", "Campo de Aranda", "Campo de Vadocondes", "Campo de Villaluenga", "Campo de Saldaña", "Campo de Barco de Avila"...

Sobre el tablero hay unas cuartillas, conteniendo cada una un puñadito de los trigos antes casi desconocidos, y que hoy ya se cultivan por los agricultores, aunque no lleguen en aspecto, y sobre todo en peso, a los que él cultiva en sus campos y en la Escuela de Palencia. Porque cada cuartilla tiene un numerito en la esquina: es el peso de los 100 granos. Cien granos de trigo suelen pesar tres gramos, y hay muestra que dice: 4,072.

Aumentar ese gramo parece un problema minúsculo y, sin embargo, es un gran problema. Así hace él "Patria". ¡Quién fuera él! Voz de trueno, corazón de niño, dotes de mando. Su espíritu no vive enfermizo en las bibliotecas

sombrías nutriéndose de lucubraciones, sino que le tonifica saludablemente el aire de las realidades. Gran dinamismo.

Acometedor: Resoluciones sobre la marcha. Tiene el don de la organización: es un Ingeniero.

No se le nombra. Los que le habéis reconocido, permitidme la vanidad de creer que está bien hecha la semblanza. Los que no le conocen todavía, ya le conocerán...

—¿Me das esos datos?

—Toma nota.

• AÑO AGRICOLA 1931-1932

Parcelas	Superficies — Areas	CULTIVOS	Gastos	Productos	Beneficio por hect.
1	36,00	Remolacha azucarera...	452,85	865	1.145
2	57,80	Trigo Manitoba y Veza	515,50	609	162
3	21,20	Patatas	483,70	800	1.492
4	15,60	Maíz Marano	194,95	207	77
5	22,00	Remolacha forrajera...	203,60	400	893
6	25,40	Alubias	269,45	390	475
7	27,60	Alfalfa (segundo año).	171,00	600	1.554
	205,60		2.291,05	3.871	768

AÑO AGRICOLA 1932-1933

Parcelas	Superficies — Areas	CULTIVOS	Gastos	Productos	Beneficio por hect.
1	36,00*	Cebada y veza	223,30	373,50	417
2	57,80	Remolacha azucarera...	617,46	2.240,00	Aun se desconoce
3	36,80	Idem	258,25		
4	22,00	Trigo Manitoba	109,89	173,00	287
5 (a)	8,46	Patatas	43,22	125,00	967
5 (b)	8,47	Maíz Marano	101,50	140,00	455
5 (c)	8,47	Alubias	90,00	143,75	635
6	27,60	Alfalfa	170,00	650,00	1.739
	205,60		1.613,62	3.845,25	Aun se desconoce

NOTAS.—Los gastos de la remolacha son hasta el día 7 de noviembre, en que aun está sin recoger. Se consigna el valor de la producción probable.

En ninguna de las cifras de gastos aparece computada la renta.

* * *

Los campos de demostración de las provincias de Palencia, León, Burgos y Avila atestiguan el trascendental efecto que el riego ha de producir en el centro de España, pese a los desdenes de algunas inteligencias preclaras que guardan todas sus preferencias para la periferia. Lo mucho que puede esperarse de los regadíos castellanos, es lo que con estos campos de demostración la Mancomunidad Hidrográfica del Duero se proponía demostrar.



CHARLA DE CASINO

(SOBRE EL ENCASILLADO DE LA REMOLACHA)

(Aquel día Eugenio tomó, ¡al fin!, la resolución de cortarse el pelo, por cuya trascendental determinación estaba recibiendo múltiples felicitaciones. Los compañeros de trinca me habían encargado una discreta vigilancia para acompañarle al lugar del suceso y frustrar cualquier tentativa de aplazamiento.)

Como preparación especial, dimos juntos una vuelta por la acera de Recoletos y, al regreso, dudó entre la peluquería de José Lillo y la del Círculo del Recreo, decidiéndose por esta última, que, como todo el mundo sabe, está en el primer piso, a la derecha. Ya subíamos la escalera suntuosa, cuando en el primer descansillo me preguntó.)

—Oye..., ¿qué ponen en el Coca?

—Nada: no hay función.

—Es que...

—¡No se admiten vacilaciones! ¡Has empeñado tu palabra!

—Sí, pero la *papeleta* se las trae...

(Reanudada la ascensión, nos pararon "las dos gracias".)

por otro nombre Gonzalo y Emilio Alonso, que le preguntaron:)

—¿De dónde venías ayer?

—De Viana.

—¡Anda! Y decía éste que del *Pelo*... poneso.

—Como de costumbre, llegarías tarde a la estación...

—Sí, agarró el tren *por los pelos*, seguramente.

—¡Vaya *perra* que habéis cogido! Si al menos, después de pelarme, las chicas dejaran de llamarme "Leoncio"....

—Si eso no es por la melena, sino porque prodigas el bostezo.

—¡Mira qué ocurrentes!

(*Ya cruzábamos el vestíbulo, cuando del rincón de la izquierda me llamaron.*)

—¿Quieres tomar parte en una discusión?

—¿Cómo no? ¡Si es mi deporte favorito!

—No creas que se trata de un asunto baladí. Hablábamos del encasillado de la remolacha, que, como ves, es un tema de altura.

—De anchura, más bien... Vuelvo en seguida, y de paso diré al chico que, cuando te llegue el turno, te busque en el salón de lectura.

—Tiene usted un amigo verdaderamente servicial.

—Así son todos de entrometidos. No le dejan a uno vivir su vida.

—Ni que fueses la Joan Crawford.

—En fin, voy a dar un vistazo a los periódicos, porque yo, de remolacha, no entiendo ni *pum*.

—Vamos a ver, señores; ¿qué se debate?

—Pues mire usted, en síntesis: aquí, el amigo Rebollo sostiene que la separación de los golpes después del encasillado tiene que ser, forzosamente, media vara, y le contestan D. Enrique y Angelito que la distancia debe ser un pie, y yo les digo que eso dependerá de la separación de las

líneas y de la clase de tierra, y Martínez dice que no, que la regla es fija, que él lo ha experimentado así.

—Perdóname que te diga que yo no me fío de esas experiencias, las cuales no están al alcance del agricultor, pues los resultados, poco divergentes, no pueden dimanar de una estimación “a ojo”, ya que las raíces de unas y otras parcelas han de ir a la fábrica en carros completos, de los cuales se entrega vale al cultivador, después de efectuar empíricamente un descuento, que varía entre amplios límites.

—Sí; pero donde esté el ojo clínico, que se quiten las básculas...

—¡Bonito argumento!

—Tenga usted en cuenta que la cosecha está oculta y sólo se la contempla por el amo parcial y fugazmente, reconociendo por base de estimación, a menudo, el aspecto de la parte exterior, lo cual ya es una estimación de segundo grado, harto más imperfecta de la que podría hacerse de un trigal, que se viene viendo día por día, lo que permite como si dijésemos coleccionar *in mente* las impresiones, hasta quedarnos con una que prevalezca sobre las demás.

—El criterio general del agricultor, ¿a qué propende?

—¿Has dicho *propende*?

—Sí; pero si te molesta, lo retiro.

—Dispensa, hombre... No sabía que fueses académico.

—Pues el agricultor propende—como dice muy bien este señor—a espaciar demasiado los golpes, porque sabe que de ese modo las remolachas serán más gruesas; pero, evidentemente, al proceder así se deja subyugar por un espejismo, pues eso no quiere decir que la producción unitaria sea mayor.

—Yo creo, modestamente, que los remolacheros no pueden prescindir del halago que supone escuchar los elogiosos, cuanto vulgares, comentarios que sus carros, camino de

la Azucarera, van arrancando de los transeúntes cuando portean raíces hermosas.

—Conocida la tendencia del cultivador..., ¿qué dicen a ese respecto las autoridades en la materia?

—Pues verán ustedes... Quintanilla—¿he dicho alguien?—, en unas instrucciones para el cultivo de esta planta, fija una distancia, entre líneas, de 35 centímetros, y entre golpes, dentro de la línea, de 28-30, lo cual supone una densidad de 100.000 matas por hectárea. Describe muy bien la operación de cortar la línea continua de siembra a golpes de azadón, que desalojan de matas 25 centímetros, dejando entre golpe y golpe otros pocos centímetros ocupados por plantitas, que, al ser entresacadas inmediatamente después, son arrancadas a mano, excepto la más robusta, con lo cual la siembra en líneas queda transformada en siembra a golpes. También recuerdo en este momento haber leído un informe sobre la disminución de riqueza de la remolacha en 1922, suscrito nada menos que por Díaz Alonso, Mendivil, Quintanilla, Figares y Lozano, en el cual se sentaban estas tres conclusiones:

1.° El tamaño y peso de las raíces aumenta con la distancia a que se hacen las siembras.

2.° La producción por hectárea también aumenta, dentro de ciertos límites, a medida que disminuye el número de plantas.

3.° A mayor tamaño de las raíces, menor riqueza en azúcar, por lo general.

—¿A qué será eso debido?

—Pues a la constitución anatómica de la raíz, en la cual alternan el tejido fibroso-vascular, duro y resistente, en el que se acumula el azúcar, y un tejido celular flojo y acuoso, claro y transparente. Cuando aumenta la separación, aumenta el peso de la raíz, es cierto; pero lo que principalmente aumenta son esas capas claras, concéntricas, que alternan con las oscuras, o de los vasos, en un corte perpendicular

al eje. Es decir, que no conseguimos gran cosa con el mayor peso.

—La opinión verdaderamente interesante sería la de aquellos dos apóstoles de la remolacha que regentaron la Granja de Zaragoza.

—¡Ah, sí! Se refiere usted a Ayuso y Otero, los dos simpáticos *revolucionarios* de la agricultura aragonesa.

—Del primero decía el famoso D. Diego Pequeño que era el Doctor Garrido de la agricultura.

—Don Diego era un ingeniero muy ingenioso.

—Pues, casualmente, en este libro que llevo en el gabán vienen los resultados de sus experiencias.

—Por cierto que le ha hecho a usted Miranda un abrigo que quita la cabeza.

—¡Bah! Con que quite el frío me doy por satisfecho... Por aquí deben andar esos datos... Acérquense ustedes a la luz, que en esta página están.

—Léenoslos tú mismo.

—Pues oído al parche, porque la *copla* dice así:

ENSAYOS DE 1891

Distancia entre líneas en metros	Distancia entre plantas en metros	N.º teórico de plantas por Ha.	Peso medio de una raíz en gramos	Producción por Ha. en kgs.	Riqueza en azúcar en %
0,60	0,25	66.666	640	41.344	11,92
0,40	0,25	100.000	441	44.079	12,52
0,35	0,20	142.857	364	48.375	12,11

ENSAYOS DE 1892

0,50	0,33	60.000	631	37.885	13,70
0,45	0,27	80.000	488	38.855	13,48
0,40	0,27	100.000	379	37.912	13,70
0,35	0,32	120.000	331	39.803	14,05

—¡Son muy interesantes estas cifras!

—¿Y ese otro cuadro?

—Se refiere a experiencias de D. Guillermo Quinta-

nilla, en 1906 en la provincia de Madrid, según las cuales se obtuvo en cada una :

Distancia entre plantas en metros	N.º de plantas por Ha.	Peso medio de una raíz en gramos	Producción por Ha. en kgs.	Riqueza en azúcar en %.
1,00	10.920	1.141	12.466	13,43
0,50	37.000	669	24.766	14,66
0,30	93.600	264	24.766	16,60
0,25	140.000	194	27.160	17,23

Como ven ustedes, siempre dentro de ciertos límites, cuanto más próximas están las plantas, mayor es la riqueza y la producción. Ahora bien, todos estos ensayos, al parecer, se hicieron en parcelas pequeñas, y al extenderse a una hectárea, por ejemplo, cuanto más cerca estén las plantas, mayor número de ellas habrá que descontar por regueras, caballones, etc.

—Mi sincera opinión es que si las remolachas están demasiado cerca, serán más propensas a enfermedades...

—Y, además, se darán las labores no sin dificultad.

—Evidente. Por eso casi todos los autores, incluso nuestro libro de texto en la Escuela, aceptan los 40 centímetros entre líneas y los 25 entre plantas, lo que supone las 10 raíces por metro cuadrado.

—Pero observen ustedes que hasta ahora nuestro buen amigo se ha limitado humildemente a un “esto no lo decimos nosotros”. Sin embargo, yo sé por Vara que en la Granja han hecho ustedes algunas experiencias.

—Son modestas, como nuestras, D. Mariano. Y no quería, francamente, hablar de ellas, porque resultan.... ¿cómo diría yo...?, un poco iconoclastas, aun en contra de los propios deseos... Además de que temo ponerme pesado si empiezo a disparar cifras y datos, para llegar a la conclusión de que el problema no está más que en los comienzos.

—Creo un deber de conciencia advertir a ustedes que éste practica el *nosce te ipsum*... Lo digo a cuenta de su temor de ponerse pesado.



—¡Hombre, ya está aquí Wifredo el Velloso!
—¿Ha dado usted ya su vistazo a la Prensa?
—¡Qué va! *El Heraldo de Aragón* le está asimilando don Auxibio con dos pares de gafas, letra a letra. *El Diario Vasco* y el *Hoy* se los ha debido llevar alguien a casa, y de



En un campo muy parecido a éste, con su típico cerro lejano en forma de artesa, se cultivó la remolacha, acerca de cuyo espaciamento tanto se habló en el Casino de una simpática capital de provincia.

Vértice se está leyendo “Perico el Cruel” hasta los anuncios.

—¿Por qué no se asoma usted a la peluquería..., por si allí estuvieran?

—¿Usted *quoque*, Corral? ¡No ha sonado aún mi hora! Sigue tu canto llano, muchacho, en plan de *abutere patientia nostra*.

—Con tu venia. La idea que nos impulsó a experimentar sobre este asunto del espaciamento fué la de admitir en principio que, por tener fisonomía propia, esta zona remolachera leoneso-castellana, como dijo aquel tribuno en el

Calderón, pudieran muy bien no serla de aplicación las deducciones obtenidas en Aragón o en Madrid. Hemos de confesar que mucho influyó en nuestro ánimo la lectura del folleto *Campos de Demostración*, publicado por la Confederación del Duero en 1933, en el cual se describen los ensayos que inició Domínguez en la Escuela de Capataces, de Palencia.

—Yo no he leído ese folleto... Los agricultores no tenemos tiempo para nada.

—Pues en él se dice que la máxima producción se obtuvo primitivamente con el espaciamiento de 30 centímetros entre líneas y 22 entre plantas, lo cual representa una densidad de 15 raíces por metro cuadrado. Mas como la citada anchura de calle no es realmente practicable para labores corrientes, se ensayó su ampliación a 50 centímetros, acercando más las plantas, para que la densidad se conservase entre 14 ó 15 por metro, y de nuevo se consiguió el mejor resultado con tal combinación.

—Y a todo esto, ¿qué dice Pazos?

—Concretamente no lo puedo asegurar, pero ya saben ustedes que, además de muy inteligente, es cauteloso y profesa gran respeto a todo lo que lleve el sello del clasicismo.

—¡Don Silverio es de los nuestros!

—Sin embargo, a veces hay que salirse del camino real..., aunque no sea más que para apreciar lo bien que se marchaba por él.

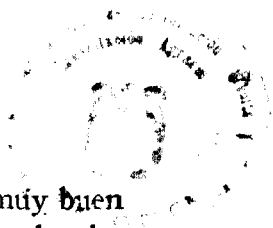
—Tiene usted razón; a mí me parece plausible alentar esas inquietudes espirituales.

—¡Bah, bah! Yo no me inquieto ya por nada.

—Pero, a estas alturas, aun no nos ha detallado usted sus experimentos.

—Tira de agenda, chico, y no te hagas más de rogar, que eso está muy feo.

—Pues verán ustedes... Hace cuatro años, recién llegado yo a esta acogedora capital, o sea en 1933, preparamos un



ensayo en la parcela 21, una de las mejores del no muy buen regadío de la Granja, utilizando los famosos cuadrados latinos; en este caso, de un área de extensión, en los cuales se sembró a razón de 35 kilogramos por hectárea, disponiendo las cosas del siguiente modo:

Cuadrados	Entre líneas en cm.	Entre plantas en cm.	N.º teórico de éstas por Ha.
(C) 4-6-9-15	30	25	133.333
(B) 1-7-10-16	50	15	133.333
(A) 2-8-11-13	50	9	222.222
(D) 3-5-12-14	50	21	95.238

La nascencia fué difícil, por ser la tierra fuerte y venir el tiempo poco favorable; pero después la remolacha ofreció un gran aspecto, viéndose libre de enfermedades y accidentes.

—¿De modo que en los cuadrados B y C se llega al mismo número de plantas partiendo de factores diferentes?

—Así es, en efecto; pero pronto se vió que la calle de 30 centímetros no permitía el paso de la binadora y encarecía demasiado el cultivo.

—¿Qué resultó de ese galimatías? (y usted perdone).

—La experiencia no ofreció resultados concluyentes, porque los cuadrados A dieron de promedio 52,251 kilogramos por hectárea; los B y C, 50,580 y los D, 54,431. Tuvimos la curiosidad de contar las raíces que fueron a la Azucarera y, con gran sorpresa, vimos que los A arrojaban 10 plantas por metro cuadrado; los B y C, 11, y los D, 13.

—Sintetice usted en pocas palabras las conclusiones.

—Primera. Que los cuadrados de *menos* densidad teórica dieron la *mayor* producción, registrando también la *mayor* densidad práctica.

Segunda. Que los cuadrados de *más* densidad teórica tuvieron la *menor* densidad práctica y una producción *intermedia* tan sólo.

—En vista de ello repetisteis el ensayo al año siguiente.

—En efecto; y esta vez tuvimos la suerte de que el resultado fuese convincente. Huyendo de los inconvenientes de la entrelínea estrecha, todas las líneas se espaciaron a 48 centímetros, variando, naturalmente, la distancia entre plantas del siguiente modo:

Cuadrados	Entre líneas en ms.	Entre plantas en ms.	N.º teórico de éstas por Ha.
(A) 1-7-10-16	0,48	0,09	231.481
(B) 2-8- 9-15	"	0,12	173.611
(C) 3-6-12-13	"	0,17	122.549
(D) 4-5-11-14	"	0,30	69.444

Las plantas conservaron siempre buen aspecto, sin sufrir ningún accidente ni enfermedad de importancia.

—Y al llegar la recolección, ¿qué cifra obtuvisteis?

—De los cuadrados que llamamos A para entendernos, un promedio de 43,998 kilogramos por hectárea; en los B ya bajó a 37.635, y en los C y D siguió bajando, aunque más lentamente, a 36.745 y 35.592.

—¿Se contaron también las raíces?

—Sí, señor; en el orden A, B, C y D, los promedios por metro cuadrado fueron 17, 12, 10 y 6.

—¡Un experimento bárbaro!

—No te niego que nos llenó de satisfacción; pero la alegría dura poco en la casa del pobre, y al año siguiente, más que llegar a una conclusión contradictoria, lo que nos ocurrió fué que se vino abajo la experiencia por presentarse un fuerte ataque de "cercospora" y de "gusanos grises", los cuales, además de mermar la producción, enmascararon, como es lógico, el que hubiera sido en otro caso el resultado del ensayo.

—¡Un año perdido! Debe de dar una rabia...

—¡Figúrese usted! Habíamos encasillado de la siguiente forma:





Cuadrados	Entre líneas en ms.	Entre plantas en ms.	N.º teórico de éstas por Ha.
(A) 3-5-12-14	0,50	0,09	222.222
(B) 2-7- 9-16	"	0,12	106.666
(C) 4-6-11-13	"	0,17	117.647
(D) 1-8-10-15	"	0,28	71.428

—Las cifras de producción serían un auténtico *barullo*...

—Un *ciempiés* que quitaba la cabeza: 26.250 kilogramos por hectárea en los cuadrados A; 27.000, como promedio de los B; todavía más cantidad para los C, llegando a 27.187, y 24.810 para los D. Y el número efectivo de remolachas, 6, 6, 5 y 4.

—¿Y si se agrupasen los cuadros por sus densidades efectivas, prescindiendo en este caso de las teóricas?

—Entonces saldrían 26.625 kilos para los cuadros de siete raíces; 27.762 para los de seis, y 23.500 para los de cinco.

—¡Eso ya tiene otro color!

—Evidentemente; pero las densidades corrientes son superiores a estos números.

—¿Ves lo que estoy haciendo? Pues mojándome el dedo para pasar la hoja.

—No deja de ser una *marranada*; pero te advierto que aun me queda cuerda.

—¿Proseguirás la historia hasta nuestros días?

—Si estos señores no se oponen...

—Al contrario; le oímos con interés.

—Para que no nos vengán diciendo después que en el Casino se pierde el tiempo, que se critica, etc., etc.

—En 1936 el ensayo tuvo lugar en la parcela 8, siendo las combinaciones ensayadas las que siguen:

Cuadrados	Entre líneas en ms.	Entre plantas en ms.	N.º teórico de éstas por Ha.
(A) 1-8-10-15	0,56	0,10	219.780
(B) 3-5-12-14	"	0,13	168.919
(C) 2-7- 9-16	"	0,18	122.103
(D) 4-6-11-13	"	0,31	70.922

En el cultivo no ocurrió nada de particular y los resultados se agruparon, dos a dos, de este modo: A y C, 37.700 kilos y 37.500; B y D, 35.600 y 35.400. Las densidades fueron en el orden sabido 14, 14, 11 y 7.

—La cosa no salió bien del todo...

—Sin embargo, yo veo una tendencia definida, pues la *mayor* y *menor* producción corresponden a la *mayor* y *menor* densidad práctica, como promedio de cada caso.

—¿Y si hiciésemos lo de antes, es decir, prescindir de los casos y agrupar los cuadros por densidades reales?

—¡Ah! Entonces mejora mucho el resultado, pues son 38.000 kilos para 15 raíces, 37.400 para 12 y 35.400 para siete.

—Yo creo, como usted, que aquí late una gran verdad, que una vez corre a cielo descubierta y otras va como corriente subálvea, pero siempre fluyendo.

—Esa frase no la mejora García Sanchiz.

—Aquí no se perdona a nadie.

—Don *Ugenio*, que hace usted el dos.

—¡Con esto no contábamos! Tiene usted razón: no se perdona a nadie.

—¡Quién fuese remolacha! ¿Verdad?

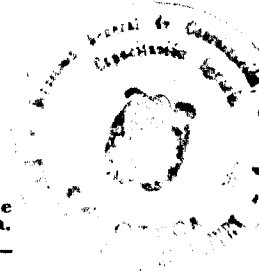
—¿Para qué?

—Para no sufrir el *pelado* más que una vez en la vida.

—¡Bah! Usted bastante tiene con su diabetes.

—Díganos qué pasó en el año anterior, para concluir de una vez con este asunto.

—En 1937, o sea en el quinto año de experiencia, cambiamos la modalidad, y en vez de cuadrados latinos ensayamos los espaciamentos en cuatro fajas contiguas, de 80 metros de largo por 11 de ancho, cubriéndose con ellas todo el ancho de la parcela 5, aunque no la longitud, por cambiar desde dicha distancia (80 metros) la contextura del terreno desigualmente. La disposición de los golpes era como sigue:



Faja	Entre líneas en ms.	Entre plantas en ms.	N.º teórico de éatas por Ha.
(A)	0,485	0,09	225.977
(B)	"	0,12	168.556
(C)	"	0,17	118.247
(D)	"	0,30	66.681

El resultado fué desesperante; casi no querría tener que hablar de él.

—¿A qué lo atribuyó usted? Porque “muerte no ven-gas”, etc.

—Pues, sí señor; observé tres achaques: que en las fa-jas A y C el terreno era bastante peor que en las fajas D y B (extremo comprobado *a posteriori*); segundo, que la par-cela D se debió beneficiar del agua del riego de un alfalfar inmediato, al cual, por estar ya reviejado, se le dejaba echa-da el agua de noche, y tercero, que las fajas A y C tenían propensión al encharcamiento, por estar bastante somera la capa impermeable. Todo ello hizo que la mayor produc-ción (39.416 kilogramos) quedara atribuída a un caso in-termedio (B); que la menor producción (29.633) se vincu-lase al otro intermedio (C), y que a A y a D correspondiesen 35.205 y 36.557, siendo los promedios de las raíces contadas 11, 9, 7 y 6, en el orden A, B, C, D.

—Muy difícil la experimentación agrícola, ¿verdad?

—¡No lo sabe usted bien! Y en este caso particular espe-cialmente, por la mediana calidad del terreno, poco homo-géneo además; por la gran duración del encasillado, para confiársele a los obreros más expertos y por la dificultad de evaluar las cosechas.

—¡Qué lástima! Cinco años de estudios, y total para nada.

—¡Hombre! Tanto como eso... Yo sigo creyendo que en esta región, entre ciertos límites prudentes, hay que au-mentar la densidad, a costa de disminuir el tamaño de las raíces, lo cual no perjudica, ni al agricultor, ni a la Azucara-ra. Es posible que en otras zonas suceda lo mismo, por lo

cual debería este asunto ensayarse metódicamente en todos los Centros del Instituto de Investigaciones Agronómicas.

—Yo creo que se aferra usted un poco a una idea preconcebida.

—No, señor; hasta aquí les he dado cuenta del resultado año por año; pero si sumásemos todas las producciones obtenidas en conjunto, veríamos que se obtuvieron 32.290 kilogramos con siete raíces teóricas; 33.458 con 12; 34.658 con 17, y 35.915 con 22.

—Eso es hacer cubileteos con las cifras.

—; De ningún modo! Es que se compensan así los errores parciales. Y si se hace la comparación por los *espaciamientos prácticos*, tenemos en kilogramos 24.583, 24.950, 31.415, 32.338, 35.559, 39.768, 36.933, 35.994 y 47.533, para 4, 5, 6, 7, 10, 11, 15, 16 y 17 raíces *efectivas* por metro cuadrado, bien entendido que sólo nos referimos a aquellos espaciamientos que se repitieron por lo menos tres veces.

(De pronto, el gemido atroz de la sirena vino a quebrar el ritmo de la vida del Casino. La mayoría de los socios, varones graves y sesudos, tomó posiciones en el refugio, según estaba dispuesto. Otros, más arriscados, marcharon a la calle o subieron a la biblioteca, para observar desde sus balcones el panorama celeste. Alguno optó por el término medio de aprovechar la alarma para bañarse; ya que en los sótanos estaban instalados aquellos inefables cuartos de aseo que, entre otros detalles no menos emocionantes, conservan en la repisa del lavabo un abrochador de los botones de las botas y un reloj de arena.)

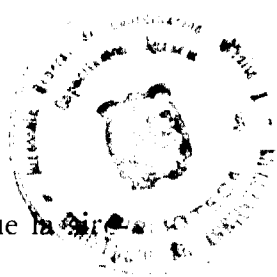
—Nos han cortado la conversación...

—; Bah! Casi estaba agotado el tema.

—A Rebollo le faltó tiempo para salir *pitando*.

—Y eso que aseguró no inquietarse ya por nada.

(Tan sólo los jugadores de ajedrez permanecían en su puesto, absortos en la tarea; y a río revuelto, alguien pescaba los periódicos de difícil consecución.)



—Yo prefiero el bombardeo a la alarma, porque la alarma me pone los pelos de punta.

—¡Vamos, D. Rosendo! ¡No se haga usted ilusiones!

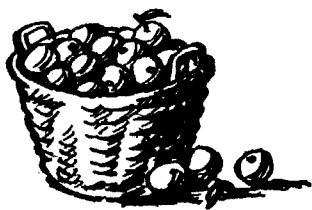
(Me detuve un momento para saludar a Górgolas, que subía a su oficina, provisionalmente instalada en la sala de Juntas. Dos camareros cuchicheaban sobre posibles repercusiones del momento en la contabilidad de los servicios.)

—A mí me agrada el canto de la sirena, sin duda porque soy sireno.

—Como no sea por lo que trasnochas...

(A todo esto, Eugenio había desaparecido. Le busqué en la sala de lectura, en el salón de fiestas, en el billar, en la biblioteca, en la sala de juego, en la sala de visitas, en el comedor, en la pecera verde, en la pecera roja. Salí a la calle, camino del hotel, pero de pronto me asaltó la duda de si estaría en la peluquería, lugar no registrado. Me detuve un momento, sin decidirme a seguir o a retroceder.

En la torre de la Catedral, la sirena seguía sonando lúgubramente...)



SESION MUNICIPAL, CELEBRADA EN TIJERETAS DE ABAJO, A TANTOS DE SEPTIEMBRE...

(Despacho del Alcalde. Mesita nueva. Seis sillás. El Espasa. Cromo de la Reina madre con Alfonso XIII, muy niño, en brazos.)

EL CONCEJAL SIN PRISA.—¿Cuándo empezamos? Porque habéis citado para las nueve y media y son las once menos diez. Yo no tengo prisa, pero si diera tiempo me iría a afeitarse.

EL ALCALDE.—Hemos esperado un ratillo para ver si acudía alguno más. *(Timbrazo. Aparición del Alguacil.)* Oye, "Chapiri", pregúntale al Secretario si hay ya número.

"CHAPIRI" *(al momento)*.—Que falta un Concejal.

EL ALCALDE.—Tráete uno, sea como sea.

"CHAPIRI".—¿A quién llamo?

EL ALCALDE.—Al primero que topes.

(Salón de sesiones. Para los concejales, tarima y sillaría de gutapercha. Para el público, losas y banquillos. Mesa

presidencial de Instituto provinciano. En un rincón, el instrumento de tallar a los quintos. Retrato del Rey soltero, pelo rizado y toisón.

¡Sesión pública!—dice “Chapiri”—. Y contra costumbre, se han llenado los escaños del auditorio. “Hay expectación”, piensa el citado.

En los fúnebres asientos concejiles, poca concurrencia, según es de rigor. Para ver al Ayuntamiento en pleno hay que acudir a su palco de la Plaza de Toros. Se lee el acta de la sesión anterior. Nadie la escucha. Queda aprobada. El Concejal fugaz aprovecha la lectura para resolver un asunto...)

UN CONCEJAL.—¡Cuánta gente! Hoy no podrás dormirte.

OTRO.—Ni tú te atreverás a soltar tacos.

EL ALCALDE.—Señores Concejales: Unas palabras para explicar el alcance de esta reunión, que me parece totalmente innecesaria. En ella vamos a tratar del asunto de la vendimia, de tan palpitante actualidad, que ha obrado el milagro de atraer hacia esos asientos, de suyo solitarios, a un público interesado, para el cual van, ante todo, mi saludo y mi agradecimiento.

EL CONCEJAL SIN PRISA.—¡Olé los tíos!

EL ALCALDE.—Existe en este pueblo, como en tantos otros, la costumbre patriarcal de empezar todos los vecinos la vendimia en un mismo día: el que fija la primera autoridad local. Esta plausible práctica tiene todos mis respetos y yo felicito al vecindario por haberla sabido conservar.

UNO DEL PÚBLICO.—¡Cobista! ¿A que se raja?

EL ALCALDE.—Hasta ahora, mis antecesores pecaron (en esto y en todo) de blandos. Al primer vecino que se les acercaba pidiendo el comienzo de la faena, le rechazaban ofendidos; al segundo, le escuchaban; el testimonio del tercero les hacía dudar; ante el cuarto, prometían, y al vislumbrar al quinto, el bando era ya seguro. Pero he aquí que para

los principios de otoño del año corriente ha querido la casualidad que me halle yo en la Alcaldía, casi sin saber cómo ni por qué, y contra mí se han lanzado las insinuaciones, consejos y presiones de siempre, pero en vano. A mi entender, la uva no está aún para ser cogida... ¡Y no se vendimiará hasta que esté en completa sazón! Después de dicho esto, me parece que no cabe añadir más.

UNA VOZ DEL PÚBLICO.—Ya has visto que no se rajó.

EL PRIMER TENIENTE.—Quisiéramos, sin embargo, que el señor Alcalde-Presidente nos dijese si recuerda haber contestado en alguna ocasión que no saldrán a relucir los cestos hasta que a él le diese la municipal gana.

EL ALCALDE.—Esa frase es absolutamente auténtica. Y yo creo que está bien hilvanada. Podría, sin embargo, haber dicho “la real gana”, pues no hay que olvidar que soy Alcalde de Real orden. (*Sensación. Largos rumores.*)

EL CONCEJAL SORDO.—¿Qué dice?

EL REGIDOR DESCONOCIDO.—Que es cierto.

EL SORDO.—¿El qué?

EL DESCONOCIDO.—Lo de la municipal gana.

EL SORDO.—¿Qué gana?

EL DESCONOCIDO.—Ni gana ni pierde. Ya te contaremos luego.

EL PRIMER TENIENTE.—Pues esas palabras parecen consagrar una arbitrariedad o un abuso de poder. En su discurso ha sabido el Alcalde escamotear las explicaciones que se nos deben a nosotros y al pueblo que nos eligió.

EL ALCALDE.—Voy a dar cumplida satisfacción al deseo del señor Rodríguez, concejal “sufragáneo”. (*Timbrazo.*) Oye, “Chapiri”, vete arriba, a la Escuela, y tráete un encerado y tiza.

EL EDIL CHISTOSO.—¿Atiza!

EL EDIL FUGAZ.—Yo aprovecho para...

OTRO REGIDOR.—Sí, sí; no detalles.

(*Pausa. Comentarios para todos los gustos. Un estor-
nudo y algunas toses.*)

“CHAPIRI”.—La pizarra y el crayón. ¿Algo más?

EL ALCALDE.—Sí; unas uvas y aquellos trebejos que tengo en el archivo. No voy a deciros nada nuevo, sino simplemente lo que yo vengo haciendo particularmente desde hace tres años, que es, poco más o menos, lo que nos explicó aquel Ingeniero de la Cátedra ambulante, don Juan Marquilla, ante cuyo profundo conocimiento de la materia hay que descubrirse.

EL CONCEJAL SORDO.—¿Qué dice?

EL DESCONOCIDO.—Que hay que descubrirse.

EL SORDO.—¡Ah, sí! No me había dado cuenta.

(*Y se quita la boina muy serio. Risas mal contenidas.*)

EL CONCEJAL SEÑORITO.—¿Pero tan trascendental y significativo es fijar esa hora crítica, que a ello hallamos de supeditar y aun posponer otras complejas atenciones de la política local?

EL CONCEJAL MUDO.—De la oportunidad de la vendimia depende no sólo la duración del vino a obtener, sino su calidad y, lo que es más importante, el volumen. ¿He dicho algo?

EL PRIMER TENIENTE.—Es lo único que has dicho desde que eres Concejal.

EL MUDO.—¡Adiós, Melquiades!

EL ALCALDE.—¡Orden, orden! Yo tengo en mi plantío de Navalasenda marcadas hasta 10 cepas de las más promediadas: ni las más altas, ni las de los bajos, ni las más vigorosas, ni las decaídas, ni muy abrigadas, ni muy abundantes, etc., etc. Lo que se dice un término medio. Claro está que el experimento debía hacerle en todos mis plantíos y en cada una de las dos o tres variedades de cepa que los integran. Todo se andará... y poco a poco se va lejos. Cada tres o cuatro días, en llegando septiembre, tomo unos cuantos racimos para formar una muestra media de esas cepas fijas para todos los años, que son, a su vez, como os decía, una re-

presentación promediada del viñedo, y analizo fácilmente, como luego veréis, la acidez y el azúcar de su mosto—; casi nada!—. Y para darme bien cuenta de cómo van variando, éste subiendo y aquélla en baja, tomo un papel de cuadrícula y paso a tinta 10 ó 12 rayas verticales, que me representan las fechas de los análisis, y en ellas marco con un punto o una cruz el corte de esas líneas con las horizontales—numeradas de cero en adelante de abajo arriba—marcadas con el



“La vendimia”, cuadro de Viniegra.

mismo número que arroja la determinación del azúcar o el ácido: basta luego unir todos los puntos con una línea seguida y todas las cruces con línea de trazos y “escuchar” lo que el gráfico nos dice. Véase un ejemplo. (*El Alcalde marcha hacia la pizarra para ejecutar puntualmente lo que refirió; la supuesta curva de acidez va decayendo suavemente y el azúcar muestra un crecimiento bastante rápido.*) ¿Es éste un caso de vendimiar ya?—salvo casos particulares, que no son el nuestro—. Evidentemente que no, porque vamos ganando *grado* bien a las claras y no hay motivo para impacientarse. Si la curva, por el contrario, fuese así

(borra y pinta de nuevo), acusando muy poca ganancia en azúcar y empobreciéndose demasiado en ácidos, sería de aconsejar la inmediata vendimia.

EL EDIL FUGAZ.—Y en el caso concreto que debatimos, ¿qué dicen las curvas?

EL CONCEJAL SIN PRISA.—Que esperemos.

EL SEÑORITO.—Aparte de escrúpulos se me ocurre una objeción fundamental: ¿Dónde, cuándo y cómo se doctoró el señor Alcalde en Ciencias químicas para que sean fidedignos los resultados?

EL ALCALDE.—Es usted más infeliz que una gaseosa. Si las operaciones fuesen complicadas, ¿iba yo a tener la osadía de recomendárselas a los señores concejales y vecinos? Para empezar hay que partir de un mosto, que se obtiene con facilidad estrujando las uvas con la mano, poniéndolas en un lienzo fuerte para comprimir las lo mejor posible y pasándolas luego por un prensapurés; se reúnen entonces todos los jugos y se cuelan a través de un trapo. “Chapiri”, a estrujar.

(El alguacil, acostumbrado ya a la práctica enológica, ejecuta todas las operaciones con la prosopopeya de un Lavoisier auténtico. Una vez en posesión del mosto, enjuaga el cacharro—probeta, por otro nombre—un par de veces con el mismo mosto. Sumerge el termómetro una vez introducido el jugo y espera. Dos minutos. El Alcalde lee en la columna, sin sacarle del todo, y anota la temperatura; entonces introduce cuidadosamente el mustímetro y explica:)

Si estuviésemos a la temperatura de 15°, este chisme sencilísimo nos dirá, en virtud de ciertos fundamentos (que no hacen al caso), el peso de un litro de mosto y el alcohol probable después de la fermentación, sin más que leer en la escala grabada en el vidrio a nivel de la superficie líquida, con el ojo colocado a esa altura. Pero el termómetro ha marcado 17°, y hay que hacer una ligera corrección con ayuda de estas tablas para colocarnos en el caso anterior. Las mis-

mas tablas nos dan a conocer inmediatamente los gramos de azúcar por litro.

EL SEÑORITO.—Realmente, la determinación es más haccedera que una consulta sobre ley Hipotecaria.

EL ALCALDE.—Pues la acidez es aún mejor de averiguar con ayuda del tubo acidimétrico Dujardin, que se llena con cuidado de mosto hasta donde dice “Vin”, y se añade después, gota a gota, el licor acidimétrico que venden ya preparado, agitando después de cada agregación y observando si azulea un papel rojo de tornasol introducido en el líquido. Cuando acontece el cambio de color, se deja reposar y se lee la división alcanzada por los líquidos para saber así, por arte de magia, la acidez tártrica en gramos por litro. *(Poseído del mayor entusiasmo, el Alcalde ejecuta puntualmente las operaciones mencionadas. A los pocos minutos dice:)* Señores, el papel está azul.

EL CHISTOSO.—Y nosotros, negros.

(Larga murmuración en el público y en los escaños concejales. Nadie osa levantar el gallo. Cunde la desorientación.)

EL ALCALDE.—Ruego a los señores Concejales que enchufen el altavoz para exponer sus observaciones.

EL SEGUNDO TENIENTE.—Ibamos a salir a beber agua...

EL ALCALDE.—¡Contubernios, no! “Chapiri”, da de beber a los señores.

(El ujier procura un resumante botijo blanco, que pasa de unos a otros, como en juego de prendas, para encerrar su chorro cantarín en las amplias fauces de los munícipes. El Concejal señorito se mancha la camisa de ¡viva la Sierra! por no saber beber a chorro, falta de democracia que inspira risas. El Concejal fugaz sale de nuevo al acabar de beber. Se reanuda el sensacional debate. Ahora va a ser ella. Veamos...)

EL PRIMER TENIENTE.—Es para mí muy desagradable decir a nuestro Presidente que se impone ya vendimiar y

que sus juegos malabares no nos han convencido. Para mí, para nosotros, tienen más importancia los caracteres externos del fruto: facilidad con que el grano se desprende del rabillo, dejando pulpa en los nervios; cambio de color del hollejo, pérdida de dureza, aroma, sabor, etc.

EL ALCALDE.—Todo eso está muy bien y puede servir de ayuda; pero no tiene la fuerza de un análisis ni la elocuencia de un número.

EL TENIENTE.—¿Y quién le dice a S. S. que el resto de las cepas responde a ese lote de término medio?

EL ALCALDE.—Ya os he dicho que las plantas escogidas son las mismas para todos los años. Fácil es observar, al cabo de pocos de ellos, si la “madurez general” se produce al mismo tiempo que la “madurez particular” o si se adelanta o retrasa dos o tres días. Y en sabiéndolo...

EL TENIENTE.—Supongamos que me doy por vencido. Pero, señores, sólo estamos hablando aquí de la fecha conveniente a los plantíos del Alcalde. ¿Y los demás? ¿Es que nosotros no somos hijos de Dios y herederos de su gloria?

EL ALCALDE.—¡Ahí te esperaba yo! ¿No soy el mayor contribuyente? ¿No reúno yo casi tantas cepas como todos vosotros reunidos? Pues asegurando la sazón de las mías velo también por la de las vuestras. Yo os aseguro que mis vides vegetan igual que cuando yo no era Alcalde.

EL EDIL FUGAZ.—Cuando se asume el mando hay que acatar la voluntad del pueblo la *vox populi*, que se ha manifestado ampliamente en silbidos, cantares y abucheos. El señor Alcalde, pese a sus bienes, no es ni más ni menos que un administrador del pueblo. Y si el pueblo, amo y señor, dice que quiere la vendimia...

EL ALCALDE.—¡Su Señoría es un Quijote!

EL FUGAZ.—¿Quijote yo? ¡Como no sea porque acabo de hacer mi tercer salida! (*El chiste cae en el vacío.*)

EL TENIENTE.—Recogiendo el sentir general, es para mi

una especial satisfacción felicitar al señor Alcalde por sus vastos conocimientos enológicos...

EL ALCALDE.—¿Vastos... con qué?

EL TENIENTE.—Con uve y enológico sin hache... Sé que en un anónimo le decían estas cosas con ortografía har-to irónica. Pero tras de felicitarle, me veo en la ineludible obligación—por muy penosa que sea—de pedir para él un voto de censura por la terquedad y desacierto con que viene llevando este asunto.

EL ALCALDE.—Muy bien. Pues a votar el voto de censura. Aclaración previa: si la votación me es favorable, me quedo, y si no..., también.

EL SECRETARIO.—Me permito advertir a la Presidencia que no hay número. Falta un Concejal, que ha escapado, sin duda.

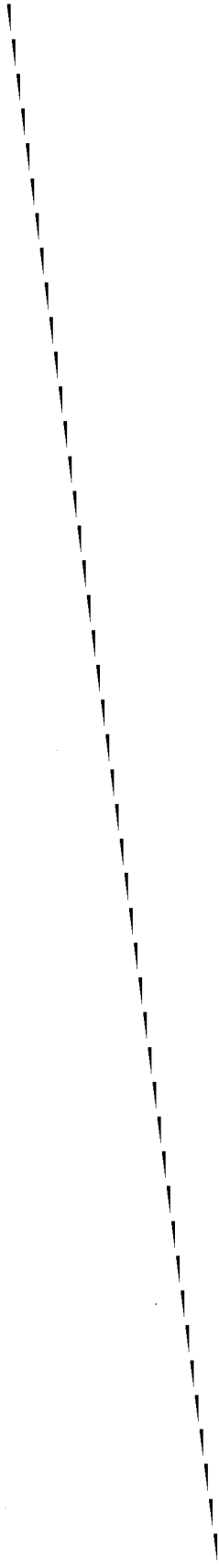
EL ALCALDE.—¡"Chapiri", vete a buscar a Pedro Gómez!

(La hora de comer. Bostezos. Se ha matado la mañana. Los periódicos en los bolsillos, ya arrugados. Por las ventanas se ven pasar a los dos números encargados de velar por el principio de autoridad y sus bigotes. Vuelve al alguacil, sudoroso y agitado, diciendo:)

—Que no viene. Que ya tiene los huesos duros para ir a la Escuela. Que no quiere saber más. Y que si en vez de hacer nombramientos y repartos de consumos se van a dedicar las sesiones a ampliar conocimientos, no será este el último día que haga novillos.

EL CONCEJAL DESCONOCIDO *(al Teniente)*.—Has pinchado en hueso.

EL ALCALDE *(en plan de bajonazo)*.—Se levanta la sesión.





UN ENTREMES OLEICOLA

(Sevilla. En la sevillanísima plaza del Duque de la Victoria, se encuentran los caminos del “señó Frasco Gome”, “corredor de tó lo que se tersia”, y Antoñillo Escalona, mecánico de la casa “Fó” y “el hueso más hueso del Ozario”...)

—¡Adió, zeñó Frasco... y la compañía!

(El aludido, barruntando también la alusión a su incipiente chepa, replica:)

—Oye, niño... Y la compañía, ¿quién é?

—¡Quién va a sé! Don Diego Velasque, aquí presente, al cuá ziempre que pazo hago er cumpliío... ¡Un tío mu grande!... ¡Un pintó andalú que pintaba verdade! ¡Cazi ná!

—¡Y qué verdade, Antoñillo!

—¡Qué maja desnúa! ¡Y qué Doña Gioconda!

—No tié ni la metá de mérito.

—¡Usté ziempre ar tanto de tó! Home, a propósito... ¿Ze zabe de arguien que quiá vendé un olivá pa mí?

—¿Pa tí? ¿Un olivá? Vamo ahí enfrente, en caza de Sanche Dal, por zí ze encuentra en argún apurillo.

—¡No zea usté guaza, home! Zi zabe de arguien, me aviza, y zi no, tan amigo.

—Un olivá... un olivá... ¿Por qué no compra una tierra carma y pone el olivá a tu antojo, niño?

—Porque ezo debe zé una coza mú larguízima.

—Pero mú entreteníá...

—Ademá, que como yo no he aprendió hazta ahora má que a vareá el fruto...

—Te doy tre noziones perliminares en un verbo.

—Podíamo ir a “Málaga” a tomá un pescaito y unos chato.

—Haz estado zuperió...

(Y dicho y hecho. Cruzan la Càmpana, y por la prolongación de Tetuán adelante se encaminan a la popular freiduría, mirando al pasar, entre despechados y sometidos, a los señores venerables que se reúnen en un casino vulgarmente llamado “La Fiambrera”. Al llegar preguntan al encargado, según es de rigor:)

—A la pá e Dió. ¿Qué va a zalí ahora?

—Pedasitos, y aluego, zarmonete.

—¿Ziempre zacai ustede lo mismo!

—¿Qué queríais?... ¿Ballenato?

(Nuestros personajes cruzan la cortina de junco.)

—Oye, “Boquerón”; una de pedasito y dos chato.

—Como las balas.

—Zuponte tú que ezta meza é el olivá que has mercao.

—¿Azina de chico, zeñó Frasco?

—¡Home... es una paradoja! Puedes multiplicar su cábida po er número que má te agrae. Hazte cuenta de que está viendo un plano. Los terreno que te van a ofresé están ya roturao y mú labraítos, zin maleza ninguna; no tiés más que llegá y ocuparte del marqueo.

—¿Qué mar é eze, zeñó Frasco?

—La disposición de los pieses del olivá, ez lo que en toz Uropa ze llama “marqueo”.

—¡Hay que vé qué “mar queo”!

—No tié guaza, ni ná, ni ná, er angelito mecánico este!

¿Qué proesimiento adotás? Er de linias; es desí, aquel en que los árbole están en fila mucho má separá que los árbole en cá fila, no te le acorsejo.

—Pue desechao... ¡No fartaba má!

—Otra copla mu diferente es la del marco reá.

—Mire usté, amigo... En confiansa... Si é reá, no va a poer sé, porque me jise antiyé republicano pá dá coba a mi futuro zuegro.

—Una cosa é el reá y otra los ocho cuartos. Hay que dá a Dió lo que é de Dió, y a don Césa lo que zea zuyo. Ze llama “reá”, niño, porque los olivos están iguá de zeparao a tós los aires, en la punta de un cuadro, es desí, porque “realmente” ez lo primero que ze te ocurre.

—Zi hubiá otra manera...

—¡La mejón de toas! Er tresboliyo, que premite colocá má planta en la meza, digo, en er campo. Arguno le disen “en diagonal” o “al bies”; pero no rezurta tan fino. Los arbusto ze disponen en la esquina de triángulos igualáteros; vamos, ezos que zon lo mismo de cualquier moó que se les mire.

—Ahí va un “faber”.

—Vas a vé a Murillo en funsióne. La linde de la finca son ezta.

—¿Tan retorsías?

—Azí zon ziempre. ¿Tú nunca has visto un cortijo a vizta de aviadó? ¡Tú no has visto ná de ná! Lo primerito es hasé una escuadra. Tienes pa ella hazta setenta sistema, que ze zepa. Ahí va uno: con la sinta métrica. Ze parte de una ezquina de la pozzióne. Ze clava un jalón a lo tre metro justo de dístansia, aliniado en la derechura de una linde. En er punto de arranque ze coloca la aniya, ze paza la sinta por detrás der jalón, se entrega a un fulano er ocho colora—ocho metro, vaya— y ze coloca er doce sobre er cero en la estaca de partía. Nadie se mueve, esceto Fulano, que buscará la tirantez de la tela; cuando la conziga, ze clava

otro banderín, y cádate a Periquito hecho fraile. Ya tenemos escuadra—niño, no me jagas chiste—. En un lao ze van clavando piquetes, distansiaos a la mitá der marco. Azí, tras, tras, tras, tras, tras. En er primero, con una cuerda igualta al marco, se hase sentro y se corta a la otra rama de la escuadría. Y desde la intersesión se va repitiendo tó er marco y se estaquea. Pim, pam, pim, pam. Ya no te falta—¡cazíná!—má que hasé escuadra en cá estaquilla. (Púes comprá una escuadra de hierro, o de agrimenzó, o encargá un artífisio de carpintería...) Er cazo é trazá una reta con toa la nomalidad constitucional posible y abrí hoyitos, uno zí y otro no, en donde ze junten unas y otras perpendiculares. Zí. No. Aquí zí. Aquí no... Este toca... Eze ze libra... Ahora tiro de cuadernito y te zuerto do reseta que te van a dejá patitiezó, Toñillo: le tocará a cá olivo una sona de tierra iguá a $M \times M \times 0,87$. M, zicndo er marco.

—¿Qué marco?

—Por ahora ná. Está tó marcao. Marco: distansia de olivo a olivo. En cuanto la sepa, te digo er número de gorpe por hetárea, igual a 10.000, repartío entre lo que valga el azunto $M \times M \times 0,87$. Ezto me lo enseñó a mí un ordenanza de la Granja Agrícola. Y reseta que pesco, al hule, como lo debutante en la Maestransa.

—Estoy cavilando, zeñó Frasco de mi arma, que cuanto má juntito ponga lo árbole, mejón.

—¡Ozú, qué barbarismo! Niño, la distansia, aunque zea femenino, no é caprichoza. E la que tié que sé, y ná má. Depende der clima (que aquí, en la tierra de María Zantízima, oscila entre zuperió y zuperiorízimo), de la variedad (er Picío, er Morcá y er Moradiyo necesitan más que er Reá y er Tachuno), der terreno, de la orientasión, de la artura sobre er má en Bonansa (Cádi), de la exposisión...

—Zi depende de la Exposisión es pan comío, porque tengo yo allí un primo empleao.

—¡Malaje! ¡Guaza viva! En generá, y pudiendo, es me-

jó distansiá las peanas pá que la arbolea esté bañá de luz, de sol, de aire, de oxígeno, de grasia. En Martos disen este adverbio: “Retírate de mí, que yo daré por ti”.

—¿Y qué pueden chanelá de ezto en la tierra del ronquío?

—¡¡ Osú, osú!! ¡ Osú mir vese! ¡ Que no te lo tenga Dió en cuenta! Niño, pá que no te columpies, pá que te empapes: Martos es la Meca del olivo, la sede, er nomplus, er desiderátum, er acabose. Olivos, olivos por tós laos. A veses ves zembrao entre las hileras, jabas o trigo; es pá despistar. En Martos entra tós los años una veintena de miyone de pezeta. Er que quiea estudiá la siensia del aseite, que vaya a Martos. Cá seis olivo bueno valen un miura. Y ar que le pi- que que le den una manita de marfil y que se remedie. En er pueblo, fábrica y fábrica, dende la má sencilla, con prensa de viga, conservás como en un muzeo, hasta la má profesioná. ¡ Vaya prensas, vaya posuelos, vaya tinos, vaya molinos, vaya capazos!

—Yo creo que ande esté Zevilla con zu Carmona, zu Utrera, zu Ozuna...

—¡ Cuidao con lo que ze murmura! Por propalá zemejante atosidá, un rey enérgico, Enrique IV, el “Aplasado”, tiró por la peña de Martos a los hermanos Carvajá. Y ayí están sus huesos, blanqueando ar zó.

—¿Y por qué le llamaban el “Aplasado”?

—Porque tó lo dejaba pá er día ziguiente.

—Argo de ezo me va a pazá a mí... que no traigo un gordo... Ya hará usté er favó de pagá er convite y mañana va usté ar tayé...

—No corre prieza... A ve si te proporsiono la pozeción y selebramo el arboroque... Y ahora que caigo: ¿ cómo anda tan mar de plata habiendo heredao, niño? Porque zu-pongo...

—¿ Lo dise usté po er dinero? Aun no lo tengo; pero lo tendré en breve, porque me dá er corasón que va a tocá buen

pellisco en esta partisipación de Navidá que me han dao en la caza...

—¡¡Asaúra!! ¡Malos mengues te coman! ¡Burlarse de un probe ansiano y dejá sentao a un corredó! Esta esaborsión va a traé lo suyo, niño.

—¡Home, ha zío una broma inosente! No zabía yo que tuvieze usté un carácter tan vidrioso, zeñó Frasco...



GALERIA DE ANIMALES ILUSTRES

“ M O H A M E D ”

Si vas a Palencia un día,
pregunta por “Mohamed”...

Siempre me habéis oído decir del individuo que sale cantando en la zarzuelita de marras: “Todo está igual; parece que fué ayer...” que es un corto de vista o un embustero. Yo opino, por el contrario, que nada hay inmutable; las variaciones serán sensibles o insensibles, pero son. Un ejemplo: las costumbres. No tienen la pretendida fijeza y varían biológicamente: unas veces en plan sigiloso de fluctuación y otras, a grandes voces, como en las mutaciones.

Dentro de ellas, nos interesa en particular la variación de las costumbres agrícolas, que en general van a mejor. Tan miope como el repatriado del coro, sería quien no advirtiese un mayor interés hacia las cosas del campo, una preocupación agrícola constante; un deseo de adelantar camino, un afán de volver la vista a la tierra, que flotan en todos los ambientes.

Hace unos años, nadie recorría 46 kilómetros por visi-

tar una Escuela de Capataces de Regadío. Hoy, me consta que se recorren muchas veces. Los aguafiestas nos dicen: Hace años no existía el automóvil, pero les tapamos la boca diciendo: Lo que no existía es la Escuela de Palencia.

Numeroso y distinguido público de ambos sexos ha realizado complacidísimo la excursión y ha dedicado tantas admiraciones a “Mohamed”, que ha conseguido darle un carácter representativo, de personificación de la materialidad del Centro, un verdadero mito ¡Ah! Pero los mitos son como estilizaciones de ideas grandes, o de personajes famosos.

Yo todos los días oía hablar alguna vez de “Mohamed”, y había formado el propósito de visitarle en su residencia; pero una tarde dijeron en el Casino: “¿Quién quiere venir a ver a “Mohamed?” Y en el paseo: “Desengáñate, Paquita, ese chico es grande y pesado como un “Mohamed”. Y en el hotel: “¡Qué buitre! Comes con la voracidad de un “Mohamed”.”

Y al día siguiente salí para Palencia.

* * *

—¡Vaya bicho!

—Dos metros cumpliditos desde la cruz a la penca.

—¿Y de perímetro torácico?

—No le habemos medío. No se figure usted que este animal se deja hacer grandes feligranás. Además, decir tantos centímetros, no es decir nada. Algo por el orden pasa con las fotografías, porque no causa en ellas gran respeto, y sin embargo...

—Es un ejemplar.

—Lo que ha dicho usted antes: ¡un *torácico!*

—Impone, impone.

—Como que esto no es un semental, es un cambrión de seis ruedas.

—Si le viera el Cagancho...

—¡Corría más que un Bulgati...!

—Es posible.

—Sobre tó si supiera que al meterle en el tren, cuando vino ya va pá un año, rompió el techo del vagón con el cuerpo de un hombre lanzao al espacio, que quedó bien malherío.

—¡Qué fiera!

—Eso que usted ha dicho. Uno de los primeros días de estancia en este lugar se emperró en revolcarse, y con él nos revolquemos, quieras que no, dos o tres endeviduos. Por cierto que dejamos la *párcela* de veza talmente arrasá.

—Le manejarán con precauciones.

—Sí, señor; y además con la anilla y el bastón.

La prosapia.

“Mohamed” no es un cualquiera. Por sus anchurosas venas circula, con monotonía de paseante en la acera de Negresco, una sangre bastante azulada, como aseveran, de una manera que no deja lugar a dudas, sus pergaminos familiares. Ocioso es añadir que figura en ese libro monumental, que es algo así como el Gotha de la raza. Yo he tenido el honor de contemplar sus blasones. Mis manos han desdoblado cuidadosamente su partida de nacimiento, ligeramente patinada por las frecuentes exhibiciones. Siempre estos árboles genealógicos me infundieron admiración y respeto. Calcúlese el anonadador efecto que producirá leer la descripción familiar ¡en letra gótica!

Una honrosa distinción.

“Mohamed”, que es hijo y nieto de campeón, conserva un título honorífico diciendo así, poco más o menos:

“Diploma de haber obtenido un primer premio de segun-

da clase en el año 1928 en Artto, el toro de los cantones Schwitz de la localidad de Artto, presentado por Her..., con arreglo a los reglamentos y disposiciones que rigen para concursos del 27 de junio de 1923.—(Fdo.) Por el Departamento de Agricultura de los cantones Schwitz, *Mr. Ziltener.*”

Como ya comprenderán ustedes, estos concursos se fallan con toda seriedad, y de haber llevado “Mahomed” alguna recomendación no le hubiese servido de nada, si no hubiese aportado consigo los siguientes caracteres, apreciadísimos, en el plan de buscar pureza de raza, por los ganaderos suizos—según Diffloth—los cuales, en colaboración estrecha, entusiasta y eficaz con sus técnicos, velan por el prestigio del *standard* que tienen formado de la raza.

Por de pronto, el pelo de rata, detalle muy significativo para los criadores, porque no se modifica ni en invierno, ni en verano, ni en el establo, ni en la pradera. Y tres detalles muy buscados: 1.º, una lista clara siguiendo la columna vertebral; 2.º, ausencia de zonas con pelo tirando a rojizo; 3.º, la parte interior de los miembros y la región perineal, blancas.

(En este complicado asunto de las capas, tan difícil de explicar teóricamente, van imperando en Suiza criterios de transigencia, pues ya se admite que pueden variar del pardo oscuro al pardo claro y del gris oscuro al gris plateado. La capa blanca fué durante mucho tiempo considerada como la peor.)

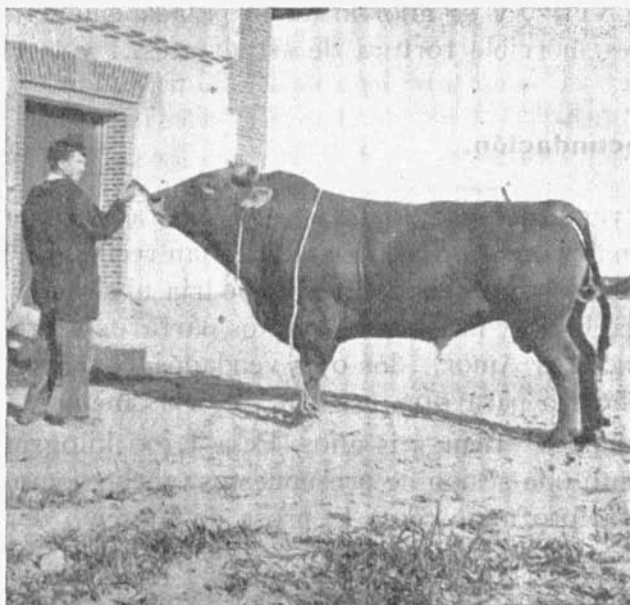
Sigamos. Una cabeza relativamente ligera, bien proporcionada, bien conformada y, con mucha nariz. Cuernos fuertes, pero cortitos, mirando hacia arriba, blancos en la base y con la punta negra. Hueso frontal pronunciado. Interior de la oreja blancuzco, con grandes pelos. Ojos grandes, salientes, de mirada dulce. Hocico ancho, mandíbulas bien desarrolladas.

La piel arrugada junto a la boca y presentando en los ojos algo así como las desconsoladoras patas de gallo en los



hombres. Otras arrugas, marcadísimas en el cuello, son también cualidad de importancia.

Corto de cuello (el cuello largo constituye un grave defecto en esta raza, como es bien sabido). Pecho ancho, gran



Aquí les presento a ustedes al gran "Mohamed", el actual "sultán" de las vaquitas de Saldaña,

morrillo y, en suma, un buen cuarto delantero, característica general de los buenos machos.

Costillar bien arqueado, vientre recogido, tronco largo —carácter muy lechero—, buena riñonada, ijares poco pronunciados, buenos aplomos, pezuña negra...

Y en conjunto un tipo marcadamente longilíneo, con amplitud de formas, esqueleto fuerte y corto de patas. Un animal sano y vigoroso, por dondequiera que se le mire.

Sin duda no es un tipo perfecto. Le sobra pesadez y bas-tedad y le faltan todavía algunos caracteres para constituir



el summum de belleza, dentro del tipo. No debe ello extrañar a nadie, pues si un animal reuniese tantas perfecciones, sería disecado y exhibido en el Museo y los libros de Zootecnia se limitarían a decir: “Los toros Schwitz debían ser todos como “Fulano”, depositado en el Museo de Agricultura, sala XIV”, y se ahorrarían la pesada enumeración de caracteres, horrible tortura de estudiantes... y lectores.

Radiofecundación.

Las vaquitas de Saldaña —en donde a la sazón ejerce provisionalmente el cargo de sultán—han recibido a “Mohamed” con los ojos tapados. Aquí podría abrirse la válvula del escape lírico y hacer unos bonitos párrafos sobre el tema de Cupido... el Amor... los ojos vendados...; pero será preferible dejarlo para otra ocasión... No las merece.

“Mohamed” tiene seis años. Pesa 1.100 kilogramos. Es largo como una sesión de presupuestos, ancho como el Tajo en Lisboa, profundo como la prosa de Eugenio d’Ors. ¡Es mucho toró!

Demasiado *monumento* para la función a que se destina. Y sin embargo, antes que nada, es un gran ejemplar.

Trátase de un caso típico, a mi parecer, para ensayar lo que pudiéramos llamar “fecundación a distancia” o “fecundación T. S. H.” El lector, mejor dotado seguramente de memoria que un modesto servidor, recordará perfectamente aquellos interesantes artículos publicados en *La Industria Pecuaria*, en las postrimerías del año 22 y principios del 23, por el ilustre ingeniero D. Ramón Blanco.

Se partía de una vaca ninfómana. Lavábase la vagina con minuciosa asepsia. Se colocaba después una esponjita destinada a recibir el líquido fecundante. Esta esponja había sido previamente hervida a poca temperatura, para que no pierda elasticidad endureciéndose demasiado.

Terminada la operación, se exprimía la esponjita en un prensapurés esterilizado, siendo conveniente inyectar en la vagina licor de Loke o algunos centímetros de solución de bicarbonato al 1 por 100 pára facilitar la recogida del líquido espermático. Que se conserva en termos entre los 15 y 30° hasta el momento de depositarle en el cuello del útero de la vaca distante—a veces se utiliza el automóvil o el aeroplano para llevar la semilla—a la cual tratamos de fecundar tomando con un jeringa “Record” de cinco a 15 centímetros cúbicos de la secreción conservada, e inyectándolos con la sonda de goma de Iwanoff. Basta comprimir con la mano, evitando también el enarcamiento del lomo, durante unos minutos.

Parece procedimiento fácil y en realidad lo es. Y de resultados comprobados, con los cuales parece deducirse que la cantidad de líquido precisa está en razón inversa del tiempo transcurrido.

Tú, “Mohamed”, según ésto, podías ser padre todavía de varios radio-terneros. Vale la pena de intentarlo. De lo contrario, pronto empezarás a pensar, ante la proximidad del sacrificio, que la vida es efímera.

Anecdótico.

¿Leerá los periódicos “Mohamed”? Es posible que sí, y, como toda conciencia honrada, sentirá verdadera repulsión hacia los atracadores (sin perjuicio de atracarse él cuando puede, como luego veremos).

Esto no peca de ser una simple suposición o una suposición simple. El hecho, rigurosamente cierto, es que el vendedor advirtió que nadie se acercase al toro con gabardina—precisamente la prenda que uniforma a los atracadores—si no quería llevarse un disgusto serio.

Yo no debía insinuártelo, pero ya sabes, lector... si tie-

nes un enemigo procura que saque la gabardina diciéndole que va a llover... ¡y llévale a Palencia!

.....

En los libros suele recomendarse que, junto a los alojamientos ocupados por los animales, se almacenen los pienso en otra habitación diferente, por varias razones. Pues bien; en Saldaña no se pudo observar esta precaución y se tenía dispuesta en el mismo establo la mezcla de harinas, integrante de 10 raciones diarias consecutivas, cuando llegó el famoso semental.

Y a la mañana siguiente—como se dice en las películas—apareció el torazo suelto en medio del aposento, roto el narigón, rotas también las narices y sangrando a pesar de los callos, abultado de una manera imponente, después de ingerir la comida de diez días y queriendo decir entre chulón y agresivo: “¿Qué pasa? Si está por ahí el autor de las dichas tablas de alimentación, decidle que pase y me lo como también.”

.....

Hojeando la revista.

—Aquí hay un artículo referente a “Mahomed”.

—Ayer le vi, precisamente.

—¿Te dió recuerdos?

—No; me dió envidia.

GALERIA DE ANIMALES ILUSTRES

EL FAMOSO SEMENTAL "DIANO"

Don Luis Gutiérrez, en calidad de copropietario de la ganadería que, con vacas de casta gijona, fundara medio siglo atrás su suegro, D. Vicente Martínez, estaba cada vez más descontento de la pelea de sus reses. No bastaba la selección para la mejora del ganado, ya que el carácter bravura, por ser anímico o inmaterial, no constituía la base eficaz para establecerla. Indudablemente, ese carácter se ligaba en correlatividad a otro, probablemente a otros varios difíciles de descubrir, y no se sabía hasta qué punto era hereditario, pues de las vacas que fueron buenas en la tiente salían mansos los hijos en la Plaza, con unas desagradables características de extremado poder, dureza de patas, pelea bronca y lo que por entonces se empezaban a llamar "cosas feas" (saltar la barrera, defenderse en tablas, escarbar, aquerenciarse, "sacar agua de la noria", etc.).

Don Luis, temperamento dinámico, gran emprendedor, muy afanoso, creyó que había llegado el momento de adop-

tar una resolución heroica, precursora de otra que lo sería en más alto grado y, “a muerte o a vida”, se decidió a cruzar sus vacas con un semental de alguna de las ganaderías de tronío, pues, si el resultado no correspondía a sus esperanzas, todo su ganado vendría a sucumbir oscuramente en las antihigiénicas naves del desaparecido Matadero de Madrid, sin más testigos que los matarifes y las abundantísimas ratas.

Esta idea del cruzamiento, hoy no nos causa la menor sorpresa, porque tanto se ha usado y abusado de semejante método, que nuestra ganadería brava es ya un revoltijo de sangres, en el cual ha naufragado la personalidad de las estirpes; pero entonces, en los comienzos del siglo, parecía tan atrevida, que durante muchos años no sólo se censuró a los que la adoptaban, sino que se daban por ofendidos algunos próceres ganaderos a quienes, como solución salvadora, se les proponía eso mismo por los buenos aficionados.

Adoptada la resolución de cruzar, ¿cuál habría de ser la ganadería elegida para proporcionar el toro? D. Luis Gutiérrez gustaba de hacer bien las cosas y, por tanto, no solía precipitarse. Durante una o dos temporadas, con los materiales a su alcance, fué haciendo una estadística de los resultados de todas las corridas, y este estudio le habló, con el frío lenguaje de los números, para darle la elección hecha. Indudablemente, la mejor ganadería era la de don Eduardo Ibarra. Sus toros, más bien terciados, eran finos, bonitos, recortados de lámina; bravos en varas, se crecían al castigo, conservaban el genio hasta el final y al propio tiempo eran nobles y suaves, permitiendo el lucimiento a los espadas. Todas estas cualidades, que habían de ser después tan rebuscadas, eran por entonces objeto todavía de escaso aprecio. Queremos decir que D. Luis, el mejor alcalde, por cierto, que Colmenar Viejo tuvo, era un verdadero precursor. Y con su letra tendida y confusa, de espaciados renglones, escribió un día, con toda ilusión, a Sevilla pidiendo





Arriba: a la izquierda, el famosísimo semental "Diagno", recién llegado de Sevilla; a la derecha, preciosa lámina de los hijos de "Diagno".



Sobre el pedestal de granito, la estatua viviente del mayoral.

Una conducción de ganado bravo en las proximidades de la Pedriza de Manzanares.



precio y condiciones del semental, esperando impaciente la respuesta favorable, de la cual nunca dudó.

Pero la carta de D. Eduardo fué un jarro de agua fría. Tenía dicho señor el criterio de no vender para vida ninguna res suya, y mucho menos un toro para padrear. Tanto gusto, por lo menos, como usted tenga en poseer uno de mis toros—venía a decirle—, tengo yo. A la vista de lo sucedido muchos años más tarde, no cabe duda de que Ibarra leía también en el libro del porvenir. La misiva dejaba entrever una leve esperanza. Si algún día pensaba en deshacerse del ganado, ya no tendría inconveniente en acceder a la pretensión.

Ciertamente, la posibilidad de que esto ocurriera era bien remota. Su ganadería estaba en pleno auge, y, en días señalados, se lidiaban a la vez toros de Ibarra en tres o cuatro de las principales plazas.

Tal decepción produjo en el ganadero colmenareño la negativa de su colega sevillano, que en lugar de buscar por otro lado, y aun reconociendo la inutilidad de la espera, se decidió a esperar.

Y al fin, un buen día recibió la grata sorpresa. Ibarra se deshacía del ganado, y antes de la entrega total al comprador, conmovido por la fe que D. Luis había puesto en sus toros, le invitaba a ir a Sevilla para hablar de la venta del semental.

—¿Se fía usted de mí, señor Gutiérrez?

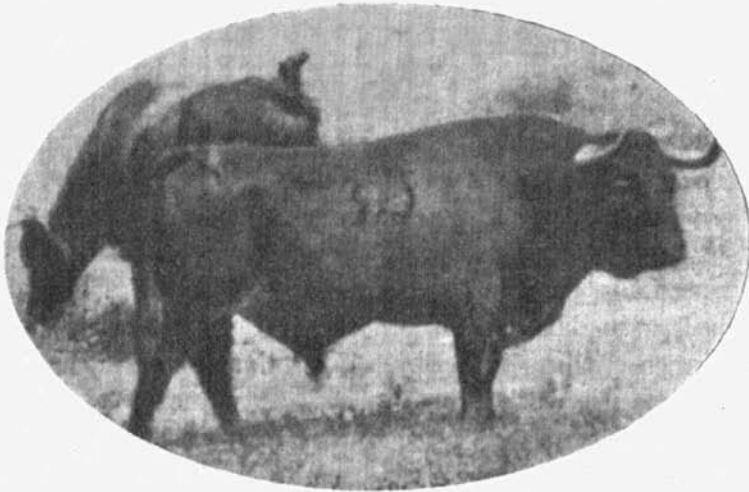
—A carta cabal.

—Pues como es inoportuno a estas alturas pensar en hacer tiente, yo le propongo que se lleve usted uno de mis toros sementales: “Gañafote” o “Diano” El que usted no quiera será para Conradi, que lo solicitó después. Escoja usted sin miedo, que irá bien servido.

—Acepto, D. Eduardo. Confío plenamente en usted.

Hoy quizás no hubiera podido desarrollarse así la escena. En los siete lustros transcurridos, en el ambiente en que

se mueven los criadores, ha cundido mucho el mercantilismo, a expensas de la caballerosidad. Fué elegido el "Diano". Ibarra dijo que había sido tentado y retentado en campo abierto y en corral, y siempre resultó bravísimo. Por otro lado, respondía perfectamente al tipo de la casa, y un buen día de mayo de 1904, ante la expectación de los vaqueros, se levantó la trampilla del cajón que lo encerraba, y en una de las cercas de "Los Linajeros"—entre Moralzarzal y Vi-



"Juventud, divino tesoro..." ¿Quién sería capaz de reconocer al famoso toro quince años después?

llalba—gozó nuevamente de libertad. Salió de la jaula bastante tranquilo, y en una cacera de aguas serranas, finas y transparentes, se puso ávidamente a beber.

Innecesario me parece explicar los solícitos cuidados de que al "Diano" se rodeó en todo momento y la ilusión con que D. Luís Gutiérrez esperaba la primera parición. Todas las crías eran, negras como la mora las hijas de vaca castaña, y berrendas en negro, las que descendían de las berrendas en colorao, vestigios de un antiguo cruce con un Concha y Sierra. Todas eran finas, bonitas, con los rasgos

típico de la casta de Vistahermosa, de la cual el padre procedía.

Sabido es que en las mejoras agrícolas y pecuarias el tiempo no cuenta. Los cinco años que habían forzosamente de pasar para conocer el resultado de la arriesgada experiencia, transcurrían con lentitud extremada para D. Luis Gutiérrez, quien se mostraba impaciente, como si presintiera su fin cercano. En efecto, la muerte le sorprendió en 1907, cuando aun faltaban dos años largos para el estreno de la crusa, que tuvo lugar el 10 de junio de 1909 en Madrid, actuando como espadas Pastor, "Regaterín" y "Bienvenida".

Medio pueblo de Colmenar bajó a la Corte para presenciar la pelea de los "negros", nombre con que se les designaba popularmente a los Martínez, para significar su contraste con el ganado castaño y retinto de la tierra. Los seis toros, en los corrales, estuvieron tan nobles como en el campo, y sin dar guerra, sin mostrarse nada escandalosos, se dejaron enchiquerar. Por todos lados se veía la diferencia con los "antiguos". Abrió plaza el número 47, llamado "Solimán", berrendo, por cierto. Excuso decir cómo se aquilataron los menores movimientos del toro, que empezó distraído y aun se salió suelto del primer puyazo, pero en seguida reaccionó e hizo una buena pelea en varas, conservándose bravo, noble y fácil hasta la muerte. Ninguno de los seis fué inferior a él y hubo varios mejores, y lo que más sorprendió al público fué la extremada igualdad del lote. También fué buena la corrida de Santander, en julio, y excelente la reaparición de la divisa en Madrid en la segunda temporada. Y así, o mejores, las tres corridas de 1910 en Madrid y las de provincias. Y las del año siguiente, en el cual un "Gamito" ganó el premio de 5.000 pesetas en la corrida de concurso. La mejora estaba íntegramente conseguida. El éxito era, de día en día, más considerable y firme.

La vida apacible del toro bravo, también conoce situaciones dramáticas que nos hablan de rivalidades.



Los toros se cuentan y examinan detenidamente todos los días en el rodeo, en donde se les obliga a permanecer un buen rato.

El “Diano” figura por derecho propio entre los animales ilustres, porque fué un estupendo enrazador, no sólo por la calidad, sino por la cantidad de sus productos. Fué padre de ¡758! reses, entre machos y hembras, sin contar las que murieron antes de ser herradas (a los ocho meses) y, por tanto, sin llegar a figurar en los libros de ganadería, por carecer de personalidad independiente.

Su potencia de absorción era extraordinaria. No sólo el pelo negro fué, como hemos visto, dominante (excepcionalmente, una cría salió colorada), sino que dominaban también el tipo, las hechuras, la finura, el tamaño y la cuerua. La lámina, en resumen, en su totalidad. Y lo que era más importante, la bravura ibarreña, la nobleza, la extremada docilidad, que hacía figurar a estos toros entre los predilectos de los espadas mejores, y entre ellos del inolvidable “Joselito”, la cumbre del toreo.

El “Diano”, citado continuamente en las revistas taurinas, gozaba de una fama extraordinaria. Señalemos únicamente el hecho de que, cuando tenía diecisiete años, el marqués de Villagodió quiso adquirirlo “sin reparar en precio” para echarlo a sus vacas, con el propósito de matarlas a todas si el cruzamiento no resultaba, ya que el toro estaba probado de sobra y a él no podía ser achacado el fracaso en manera alguna. Por gratitud y cariño a “Diano” no se accedió, naturalmente, a tan justificada pretensión. El toro se murió de viejo, en una fría noche de enero de 1920, en los feraces prados de “El Soto”, en Chozas de la Sierra, cuando cumplía los veinte años de edad. A su muerte, los periódicos taurinos publicaron notas necrológicas y esquelas, sin saber que, humorísticamente, hacían lo mismo que con toda seriedad hace el *Live Stock Journal* para los buenos ejemplares de las razas inglesas.

La cabeza, malísimamente disecada, estuvo expuesta durante un mes en el escaparate de “El Alfombrista”, en la Carrera de San Jerónimo, y hoy puede verse en el Sindicato

de Ganadería, en la casa solariega de la que fué Asociación de Ganaderos. Por cierto que un aficionado castizo, el popular Belío, recabó el honor de colgarla cuando llegó a casa de los dueños, y uno de los pitones le produjo, al hacerlo, una contusión en la cara, que le hizo exclamar con su lenguaje castizo y sentencioso: “¡“Diano”, “Diano”! No hagas ahora lo que no hiciste en vida, que la nobleza tuya y de tus hijos fué siempre proverbialmente reconocida por toda la afición...”

* * *

Accediendo al ruego amable de alguno de mis compañeros, he pergeñado malamente en unas cuartillas la historia del “Diano”. Y como no puedo extenderme mucho, como sería mi deseo, no acabaré sin reseñar la moraleja, o mejor, las tres moralejas que dimanán de esta historia.

La primera es que cuando un ganadero se decide a adquirir un semental extraño debe ir en busca de lo mejor, después de estudiar el caso, sin reparar en sacrificios. Porque si la cruce liga, siempre será barato el precio de adquisición, y si no resulta, nunca, nunca el fracaso quedará compensado con la baratura. Así, pues, si tenéis que adquirir algún día un semental, no debéis andaros por las ramas. Recordad siempre la frase de Nelson en Trafalgar: “A los cascos, a los cascos”. Todo lo demás es perder el tiempo.

No recuerdo lo que se pagó por el “Diano”. Supongamos que fueran 10.000 pesetas; pero si por su influjo se duplicó el valor en venta de los productos de toda una ganadería y persistió durante muchos años—y aun perdura—la mejora, decidme, lectores, ¿tiene aquella cifra la menor importancia?

La segunda consecuencia es que mientras a nuestros sementales todos no se les deje llegar a viejos, no podrá realizarse la mejora integral de la Cabaña, pues cuando por la calidad de los productos caemos en la cuenta de lo bueno que

era el padre, sólo nos queda ya ocasión para una lamentación póstuma: ¡Lástima de haberle matado hace dos años! ¡Quién lo hubiera sabido!

La tercera conclusión es que ya va siendo hora de que saquemos la cabeza de debajo del ala y empecemos a estudiar seriamente lo que se ha hecho en España con el ganado bravo en pocos años, para hacer lo mismo con el ganado de abasto y el de leche, con las ovejas, con las cabras, con los caballos y con los burros. No esperemos una vez más a que desde el extranjero nos señalen la importancia de nuestras cuestiones pecuarias más típicas.

Finalmente, yo hubiera querido que este artículo no se limitara a una simple narración. Yo pretendía haber aportado datos numéricos; pero por el despacho que los contenía también pasó el huracán rojo, arrancando los cuadros, dispersando los muebles, rompiendo los papeles y escondiendo los libros. Hoy, en aquella acogedora habitación de antaño, el desamparo reina, poniendo frío en el cuerpo y tristeza hondísima en el alma, mientras defiende el acceso una fuerza misteriosa que, hasta ahora, casi no he sido capaz de vencer...

GALERIA DE ANIMALES ILUSTRES

LA OVEJA NUMERO 122 DE LA GRANJA
DE VALLADOLID

El dolor de saber.

Un ganadero de abolengo, y tan amigo mío que se cree en la obligación de leer cuanto escribo, me decía en cierta ocasión:

—Nada hay más feliz que la ignorancia. Cuando, hace ya bastantes años, yo tenía la vana presunción de creer que nadie podía enseñarme cosa ninguna en achaques de ganadería (ya me cuidaba de no leer, ni preguntar, para no tener indicios de lo que otros supieran), el problema de elegir, entre los corderos, los futuros sementales era bien poco problema. Quedaba resuelto sin más que dar una vuelta al rebaño, en compañía del pastor y, antes de sumarnos el cigarrillo, la designación estaba hecha.

Cuando ahora pienso en aquella escena, me río de mí mismo, pues casi siempre se hacía lo que quería el pastor, escogiéndose los animales que más le llenaban el ojo por su

tamaño, por ser tempranos, por el rizo de la lana, por la gordura o simplemente porque tenían el rabito blanco o bababan bronco, “como una persona mayor”.

Me he aficionado, como sabes, a la genética. Ya sé que esos caracteres poco o nada tienen que ver con la producción láctea, que es para mí lo interesante. Hoy tengo más conocimientos, y, por eso mismo, dudo en todo mucho más. Al llegar al trance, vacilo, hago mil preguntas al pastor, y casi todas se quedan sin respuesta precisa. Para decidirme, necesito ya fumar, en veces, la cajetilla, y nunca me quedo satisfecho de mi elección.

Yo lo llamo a esto el dolor de saber—y perdónese la inmodestia en gracia a la claridad de expresión—. El médico, por ejemplo, toma la temperatura al paciente, le pulsa, le ausculta; hace muchas averiguaciones sobre la vida del enfermo y de sus ascendientes; dispone análisis; saca radiografías. Y cuantos más elementos de juicio posee, menos se inclina a afirmar de ligero que se trata de tal o cual enfermedad. Su vacilación se transmite al cliente. El doctor sabe poco, aunque estudió mucho.

Pero en cambio el curandero toca con el pulgar la frente de la persona que sufre; diagnostica que un vecino le hizo mal de ojo, e inmediatamente receta una untura para la espalda, hecha con sangre de gato de cuarenta días, hierbabuena y azúcar. Y todos—el embaucador más que ninguno—se quedan tan contentos. El curandero sabe mucho, y eso que no estudió nada...

No, no te rías ni creas que exagero. Si alguna vez te tienes que decidir por un semental “a bulto”, ya verás cómo tengo razón en lo que digo. Y quien dice un semental, dice otras cosas.

Al buen padre, por la buena madre.

Para obviar estos auténticos inconvenientes, tenemos una solución muy encajada en las modernas orientaciones

de la Zootecnia: controlar la leche, por cuyo medio sabrá el ganadero, de una vez, qué es lo que tiene en su hacienda.

De la misma manera que hoy se juzga una casa, atendiendo a su construcción, distribución y mejor o peor disposición de los servicios, sin parar mientes en su fachada, en los animales explotados por alguna función económica, lo que nos interesa es que ésta esté desarrollada lo más posible, aunque el aspecto exterior no sea propiamente vistoso. Estas funciones económicas—en nuestro caso, la producción de leche—son hereditarias, lo cual simplifica el problema. Además, se sabe que la aptitud lechera de una oveja está igualmente ligada a las aptitudes de su madre y de su abuela (madre de su padre), porque tal carácter lo heredan manifiestamente los hijos, quedando oculto en los machos para manifestarse luego en su descendencia femenina.

El problema queda reducido a seleccionar, en vista de la producción controlada, para dejar de sementales—se acabaron las dudas— a los hijos de las madres sobresalientes, salvo, naturalmente, que presentasen algún defecto importante, a la par que se depura el rebaño, por desechar implacablemente aquellas ovejas que producen poco, aunque comen lo mismo que las demás y exteriormente no se distinguen de ellas.

Más delicada es siempre la elección de semental, porque influye en la mejora 50 ó 60 veces más que las ovejas, individualmente consideradas.

Ventajas del control.

Quedan implícitamente señaladas, por ser el medio de una selección racional.

Los beneficiosos efectos que se consiguen al comprobar el rendimiento efectivo de cada res son atribuibles unos directamente a la operación, y otros indirectamente, desde el mo-

mento en que controlar supone un mejoramiento de las costumbres ganaderas.

Hay que observar las ovejas una por una, independizándolas del resto. Si se me permite la frase, hay que sacarlas de su modesto oficio de coristas, para darlas papel en el reparto. Ya no diremos “el rebaño da mucha leche”, sino “dan tal cantidad las ovejas tantos y cuantos”. Ya no nos conformaremos con saber que se ha muerto una oveja, sino habrá que puntualizar el número que tenía.

Esto exige numerar las reses y llevar unos libros elementales para hacer anotaciones. Ya no nos fiaremos ciegamente del pastor, que no tiene tantas cosas en la cabeza como él dice, y si se declara en huelga o intenta engañarnos, nos defenderán nuestras anotaciones.

En cierto modo, nos hemos librado de la excesiva supe-
ditación a él.



Cómo se practicó el control de 1934 en la Granja de Valladolid.

Con gran minuciosidad, como cuadra a un Centro oficial de su naturaleza. Pero no hay que asustarse. No hay inconveniente en llamar al tío Paco para que venga con la rebaja.

“¿Usted cree que mi hijo podrá aprender francés en seis meses?”—preguntaba una madre al profesor. Y éste le contestaba, muy discretamente, diciendo: “Por lo menos podrá saber seis meses de francés.” Veamos, pues, el procedimiento, que no es un arco de iglesia tampoco. El 26 de diciembre de 1933 empezó la parición, que transcurrió normalmente, y el 16 de enero se empezó a controlar, sobre las siguientes bases:

Primera. Durante los veintiún días subsiguientes al parto, la lactancia del cordero se verificaba en condiciones normales.

Segunda. Al cumplirse las tres semanas de la fecha del nacimiento, el cordero se separaba de su madre, y ésta quedaba sometida a control durante *cinco meses*.

Tercera. Con ayuda de una probeta graduada se medía la leche que daba cada oveja, no sólo en los ordeños de mañana y tarde, sino en cada una de las vueltas o *manos*.

Cuarta. Una vez mezclada la leche de todas las ovejas, se suministraba al reñetal la misma cantidad que producía su madre, al principio. Posteriormente hubo de disminuirse (porque parecía un exceso), quedando limitada a 400 centímetros cúbicos como máximo y 300 centímetros cúbicos como mínimo.

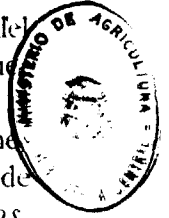
Periódicamente se analizaba la grasa, caseína, extracto y densidad de la leche de cada oveja.

Inconvenientes del control.

No sería equitativo pasarles en silencio. Me adelanto a decir que se trata de una operación engorrosa. Se tarda más en ordeñar, *pero no mucho más*, y diariamente el pastor debe entregar los resultados a lápiz, en unas listillas que se le preparan previamente para simplificar. Estos resultados deben ponerse en limpio, día por día, en evitación de confusiones.

Lo más cómodo es sacrificar los corderillos a los veintidós días, al comenzar el control. Pero cuando ésto no es posible, por sus escasos medros, por otras circunstancias, o se quiere hacer efectivos en el mismo año los resultados, hay que proceder a la lactancia artificial. Nosotros usamos el siguiente biberón, de fabricación casera:

Un frasco, sirviendo de depósito a la leche ordeñada, que llega a él por un colador y un embudo. Una gomita provista de pinza, que le pone en comunicación con otro más pequeño y aforado sencillísimamente, para saber lo que se da a cada cría, por medio de otra goma de tres milímetros



de diámetro, cerrada o abierta a voluntad, accionando otra pinza. Esta goma es la que se introduce en el esófago—unos 20 centímetros—, a fin de que la leche no se vaya al aparato respiratorio, lo cual pudiera provocar la asfixia. La ope-



Ante el romántico fondo de la rosaleta, Claudio nos presenta al ilustre animal.

ración se ejecuta rápidamente: unos dos minutos se tarda con cada corderillo.

Ya se comprende que las crías marchan peor que en las condiciones corrientes, pues les falta el calor de la madre, y forzosamente tienen que asimilar peor esa leche, que se les suelta como un escopetazo.

Hubo bastantes bajas en los corderillos, aunque la mayoría fueron debidas a enfermedades pulmonares, por el mucho frío que pasaban en el aprisco.

Hay que procurar que cuanto antes beban por sí mis-

<i>Produccion total entre.</i>	<i>Número de ovejas</i>						
40 y 45 litros.....	○						
45 y 50 id.....							
50 y 55 id.....	○						
55 y 60 id.....	○	○	○	○			
60 y 65 id.....	○	○	○	○	○	○	○
65 y 70 id.....	○	○	○	○			
70 y 75 id.....	○	○					
75 y 80 id.....	○	○	○	○	○	○	
80 y 85 id.....	○						
85 y 90 id.....	○	○	○				
90 y 95 id.....							
95 y 100 id.....							
100 y 105 id.....	○						
105 y 110 id.....							
110 y 115 id.....	○						
115 y 120 id.....	○						
120 y 125 id.....	○						

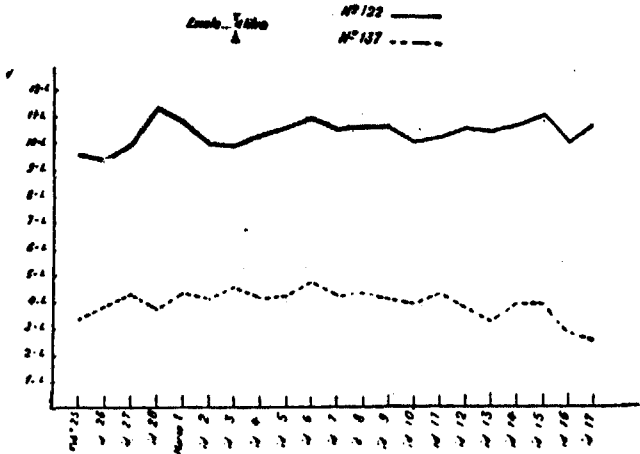
Cuadro esquemático que agrupa las ovejas según su producción lechera.

mos la leche de la herrada, con lo cual se evitan los principales inconvenientes y anticipar el destete todo lo posible. Los libros dicen que se debe meter un dedo en la leche y darle a chupar al cordero, pero lo cierto es que tiran unos mordiscos atroces.

Apresurémonos a decir que cargados al *debe* del control sus inconvenientes y anotadas en el *haber* las ventajas, el saldo (a nuestro juicio) es favorable a tal práctica.

No es preciso llevarla tan al límite en el caso de un ganadero particular. Se puede medir sólo la leche del ordeño de la mañana, o cada tres días, etc., no perdiendo de vista que, cuanto más comodidad nos represente, menos exactitud afectará a los resultados de la investigación.

Por otra parte, sabemos todos que una de las mayores dificultades de la experimentación en agricultura es que no



Producción de la oveja n.º 122 (campeona). Como tipo de comparación, insertamos la producción de la oveja menos lechera (n.º 137), que parió por las mismas fechas.

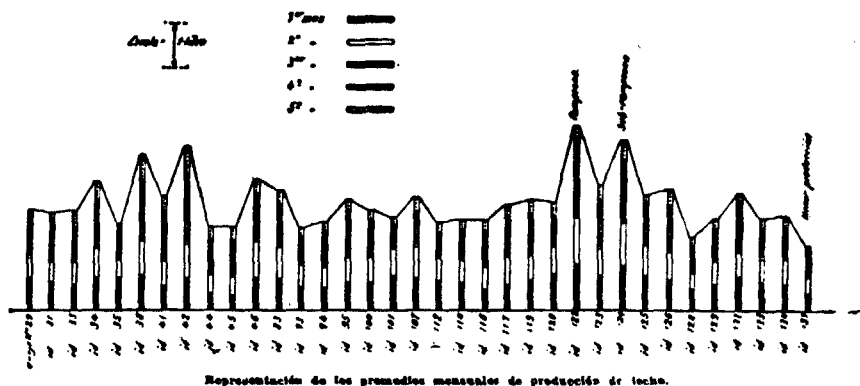
puede uno mismo hacer las operaciones, y tiene que admitir la colaboración forzosa, y prestada de mala gana, de los obreros, a quienes no es posible convencer de la necesidad de ejecutar puntualmente cuanto se les ordena, sin que se esfuercen ellos tampoco en precaver algún detalle manual para perfeccionar el procedimiento, entretenidos en relamerse de gusto pensando siempre en la llegada inevitable del fracaso.

La campeona.

Es la señalada con el número 122. Pertenece, como todo el actual rebaño de la Granja, a la llamada raza "castella-

na”, sin especialización definida, pero capaz de dar ejemplares lecheros sobresalientes, lo cual no es de extrañar, pues la aptitud lactífera es más bien cualidad individual que patrimonio de raza.

Se trata de una oveja de tamaño regular (pesó al secarse 50 kilogramos), fina, bien conformada, de sanidad inmejorable, de bonita lámina. Su vellón ha pesado 1,900;



200 gramos más que el del pasado año. Se trata de lana basta, clásicamente colchonera.

Nació el 4 de diciembre de 1930, con un peso de tres kilogramos, procediendo de un parto doble de la oveja número 58, cubierta por el carnero número 23.

Ha parido tres veces: el 16 de mayo de 1932, un macho de 3,5 kilogramos; el 23 de febrero de 1933, otro de cuatro kilogramos, y el 23 de enero de 1934, un tercero de 4,200.

En virtud del “record” batido, se ha dejado para futuro semental este último, que en unión de otros cuatro se salvó de la degollina masculina del día 6 de marzo. Es un corderito “mú guapo”—según el pastor—, que el día 1 de noviembre pesaba ya 39 kilogramos.

En los ciento cincuenta días de duración del control ha dado dicha oveja 124,325 litros. Resultando, pues, un promedio de producción de 0,828 litros.

Para término de comparación, digamos que la número 137, la peor, en los mismos cinco meses subsiguientes al parto, dió 42,075 litros, con un promedio de producción, por tanto, de 0,280 litros.

Se trata de dos ovejas parecidas y, sin embargo, basta inspeccionar la amplitud de los límites de variación para convencerse de la necesidad de controlar.

Otro dato: Habiéndose construído una especie de polígono de frecuencias, la mayor, abarcando la cuarta parte de las ovejas, correspondió a una producción total entre 60 y 65 litros.

Analizando el rendimiento mensual de este animal ilustrado, tenemos:

	Litros
Promedio del primer mes de control	1,040
Idem del segundo ídem íd.	1,055
Idem del tercer ídem íd.	0,902
Idem del cuarto ídem íd.	0,701
Idem del quinto ídem íd.	0,441

El día 23 de marzo alcanzó el máximo, con 1.190 centímetros cúbicos.

Como circunstancia desfavorable, hemos de señalar el hecho de que el día 22 de junio fué vacunado todo el rebaño contra la viruela, habiendo prendido la vacuna con fuerza extraordinaria, originando la intensa fiebre eruptiva una merma en la producción de las ovejas buenas—fácilmente apreciada en el gráfico—, mientras las producciones pequeñas permanecían estacionarias.

No debe silenciarse que, con respecto a la leche producida por un kilogramo de peso vivo, la arrebató el cetro la 42 (con 2,782), siguiéndola la 122 inmediatamente (con 2,486).

La riqueza en grasa de su leche ha sido:

	Por 100
El 24 de febrero	4,4
El 5 de marzo	4,0
El 20 de marzo	4,1
El 6 de abril	5,5
El 25 de abril	6,5
El 7 de mayo	5,8
El 22 de mayo	5,1
El 11 de junio	6,2
El 20 de junio	7,0

DATOS ZOOMETRICOS

	Centímetros
Longitud de pecho a grupa	78
Perímetro torácico	97
Altura al esternón	33
Idem a la cruz	67
Idem a la grupa	72,5
Anchura del pecho	41
Idem de la cadera	43,5
Grueso de la caña	8,5
Idem de la pierna	9

Una mejora racista.

Los resultados del control de 1934 nos obligaron a decretar el exterminio de varias ovejas de producción exigua, “que comían el pienso a traición”—según gráfica frase ganadera.

En 1935, acrecido el núcleo de ovejas de vientre con las corderas nacidas en 1933, se hará de nuevo la comprobación del rendimiento. Y así sucesivamente.

Bastarán unos años de perseverancia para conseguir una positiva mejora del ganado; la producción media se elevará considerablemente y habrá varias hembras tan sobresalientes como la oveja 122. Al menos, así lo esperamos.

Me gustaría tener frente a frente al competente ganadero aludido al principio de estas notas, para preguntarle si vamos por buena senda, a su juicioso saber.

Porque en plan de mejorar el rebaño de la Granja se nos ofrecían varios caminos: el largo, pero seguro, de la

selección, y los varios atajos—con sus trabajos correspondientes— de los cruzamientos.

Podíamos haber practicado el cruzamiento absorbente con la raza “Karakul”, pero nos detuvo el alto precio de los sementales y la incipiente organización del mercado de sus pieles.

A base de dar precocidad y peso a los corderos de degüello, se pensó en hacer cruzamiento industrial con “Suffolk”, para lo cual se propondría la adquisición de un par de sementales y un pequeño lote de ovejas de dicha raza.

Por último, la aptitud lechera pudo haberse mejorado cruzando con carnero “Frisia”, solución más bien propia de un regadío intensivo y no de transición, como es el de esta Estación Experimental.

Sin embargo, aun reconociendo que el resultado de estos cruces sería más deslumbrador y los efectos se lograrían rápidamente, hemos decidido al fin dar preferencia al método de selección, más lento pero más seguro, con las ventajas e inconvenientes conocidos, que no hay por qué repetir.

Todas estas posibilidades ofrece esta raza, que vale lo mismo para un barrido que para un fregado (oficial de mucho, maestro de nada), llamada “castellana” en virtud de razones que ignoramos, a las cuales quizá no sea ajeno el prurito regional.

Tratándose de una raza de características bien fijadas, sería intolerable la multiplicidad de denominaciones; pero en este caso particular, de vacilantes aptitudes y mezcla de sangres diferentes, cobijadas bajo el pabellón general de raza “manchega”, no hay inconveniente en ir mudando el rótulo, a compás con el cambio de comarca.

ENTRE SEÑORAS FORMALES

(DIALOGO CASI REPRESENTABLE)

“ESTRELLA”.—¡Adiós, señora Mantellina! ¿No siente pereza de caminar a estas horas?

“MANTELLINA”.—Voy en busca de un *restaurant* ultra-económico en donde poder tomar a gusto un bocado.

—Quédate con nosotras en esta elegante residencia. Murmuraremos un poco de los amos y, cuando llegue la hora, merendaremos.

—¿Merendar? ¡Pobre de mí, que aun no almorcé!

—Pues..., como tú sueles decir, “a las tres de la tarde, merienda amena, que es almuerzo, comida, merienda y cena”. Pasa, pasa. Ven a contarnos tus lástimas.

—¿El portillo abierto? ¿No temen que escapéis?

—¿Y para qué, si estamos en el mejor de los mundos?

(Dentro de poco tiempo será la hora del té. Se presiente un crepúsculo melancólico. El Sol baja precipitadamente, atusándose su cabellera fulgurante. La pincelada velazqueña del Guadarrama azulea cada vez más. Abajo hay ceja, celajes cárdenos (antes de cinco días llueve). En las sólidas

paredes de tapia doble, unos arrapiezos cogen zarzamoras. En el verde prado, un surtido de poas, loliums, agrostis y alopecuros, pero también mielgas, tréboles y alverjanas. Dando carácter al paisaje, o quitándoselo, según otra versión, dos grandes carteleras con anuncios irónicos: "Hotel Claridge. París"... "Hotel Negresco. Niza". En el pilón rezumante, catorce o quince ranas chillan pidiendo un presidente de república. La masa coral de grillos ha empezado su sonatina a la hora anunciada. Y los mosquitos del paludismo se están poniendo un protórax de almidón y lustrándose los tarsos para salir en busca de aventuras.)

—¿Qué tal esa mielga,

—Se deja, se deja comer.

—Prueba aquella grama: también está muy rica.

—Y los tréboles y las festucas. ¡Bien poco castigada tenéis la pradera!

—Venimos al campo principalmente para respirar aire puro y ejercitarnos en los deportes.

—Os dan en casa bien de comer, ¿eh?

—Comemos bien, sí. Mucho, mucho, no; porque nuestro dueño sabe que existe un límite, más allá del cual el exceso de leche no compensa el exceso de alimentación. Pero estamos satisfechas, ya que los alimentos son variados y escogidos y la cantidad a cada vaca muy proporcionada a su estado de producción.

—Cabalmente al revés que en mi establo. Poca comida; los mismos manjares, poco selectos, siempre; y a todas por igual.

—Pues créeme, Mantellina, no hay nada más injusto ni más desigual que la igualdad. A nosotras nos tienen calculadas unas raciones de carácter general cuya relación nutritiva oscila entre 1/5,8 y 1/6.

—¡Qué bonito es todo eso de las raciones! Recuerdo que me lo explicaste una vez.

—Es lástima que vaya cayendo en desuso. Nosotras, y

todos los animales racionados, habríamos de llorar, si llegase, su desaparición.

—Ya vendrán otras modas... ;quién sabe!

—Esa ración-tipo corresponde; según las tablas, a una producción media de 15 litros.

—¿Solamente?

—No creas que es tan poco; mira: Un período de treinta días después del parto, a razón de 24 litros un día con otro, son 720; segundo período, ochenta días después del anterior, a 17 litros, 1.360; tercer período, noventa días después del anterior, a 12 litros, 1.080; cuarto período, ochenta días después del anterior, a 7 litros, 560. Total: 3.720 litros y 280 días de ordeño.

—A unos 13 y 1/2... ;No es mucho!

—Estos números son muy aleatorios, como ligados a múltiples circunstancias. Corresponden a un caso particular, contrastado con experiencias de otros ganaderos. Te advierto que los plazos son los mismos que considera Cornevin y las cantidades intermedias entre las que suscriben Cornevin y Fleischman.

—¿Fleischman y Cornevin, dijiste? ;No discutamos más! Ante tan ilustres tratadistas, yo humillo gustosa mi testuz en señal de acatamiento.

—Ya me oíste antes atacar la igualdad externa y ficticia. Entre nosotras come más en cada momento la que está produciendo más cantidad de leche en ese instante.

—¡Grave misión la del vaquero!

—Sencillísima. Recibe todos los días de cada alimento la proporción con que interviene en la ración, multiplicada por el número total de *comensales*, y con un tino bien fácil de adquirir, aumenta la cantidad de unas a expensas de las otras, con arreglo a una escala previamente fijada por los amos; así: A las vacas ya secas, 6/8 de la ración calculada... ;y gracias!

A las que producen menos de 8 litros, $7/8$ de la ración calculada.

A las que se desprenden de más de 8 y menos de 15, $8/8$ de la ración calculada.

A las que obsequian con más de 15 y no llegan a 22, $11/8$ de la ración calculada.

Y aun dentro de cada grupo echa más o menos de comer, según el apetito del animal o por circunstancias especiales. ¿Qué te parece?

—Muy nuevo, muy siglo xx; igualdad por fuera, justicia por dentro.

—Los problemas de ganadería van perdiendo el tono sentimental y se convierten en sencillas lucubraciones de mecánica... aplicada, al considerar prácticamente a cada sér como una máquina transformadora de productos. Los valores psicológicos, o se niegan por innecesarios o se desprecian por inútiles.

—Y..., ¿con qué "combustible" trabajáis vosotros?

—Consumimos *alimentos groseros*...

—Para facilitar la digestión y la rumia.

—*Alimentos acuosos*...

—Que son necesarios para la elaboración de la leche.

—Y *alimentos concentrados*...

—Que aseguran la riqueza de la ración. ¡Las generalidades que estudiábamos en la escuela! Detallando un poco más...

—Granos triturados: algarroba, habas, veza... Pulpa, magnífico incitante de la secreción, sobre todo si se remoja en agua tibia, y de acción dietética, por ser azucarado.

—Pero... ¿y los cólicos?

—¡Calumnias! Pueden sobrevenir si se pasa de los 30 kilogramos por cabeza y día, y como no pasamos...

—Nosotras alguna vez la hemos consumido, y recuerdo que nos ponía de buen ver, gordas y lustrosas.

—Las tortas también están muy indicadas. La de coco,

que se emplea en casa a razón de dos a tres kilos por individuo, aumenta la cantidad de leche, mejora su riqueza y la comunica un gran sabor. Asimismo elevan nuestra producción el agua de los forrajes y el salvado y la harina de cebada en remojo.

—¿Y de la alfalfa, no se dice nada?

—También hacemos un gasto regular de ella, en rama y en heno.

—¡Con lo que a mí me gusta!

—A todas, a todas. Es nuestro plato favorito.

—Tendréis un horario riguroso para las comidas.

—Por regla general nos dan tres piensos fuertes. Uno muy temprano, otro a mediodía y el último al anochecer. Cada pienso se compone de dos *posturas*, es decir, que te sirven la mitad del menú, y, si te ven con cara de repetir, te ponen otro tanto. En cada comida entran la tercera parte de los platos fuertes y la tercera parte de la paja que interviene en la ración total.

—¿Y entre horas?

—A las dos horas de desayunar, heno, y en plena digestión de la cena, forraje. La pulpa, en invierno, una hora después de almorzar. Y todo ello servido por unos “camareros” muy amables, cuyo cariño y constante observación se recompensan con una prima o participación en los beneficios... ¿Y vosotras? Cuéntame algo de tu vida, “Mantellina”.

—¿Para qué revivirla? Es el reverso de la medalla. Pocos manjares, poco variados y poco abundantes. Mezquinidades, descuido, abandono.

—Ahorro mal entendido, menos leche y más pobre.

—Y propensión a la tuberculosis.

—¿Qué fué de aquellas dos hermanas tuyas que estaban delicadas?

—Se las llevaron a la Fuenfría. Nosotras vamos a me-

nos... En cambio, aquí veo caras nuevas... ¿Quién es aquel gallardo mancebo?

—Es nuestro actual esposo, Cau-Long XXXIV, recientemente llegado de Holanda, perteneciente a una de las más preclaras estirpes de Frisia.

—Tiene buen tipo.

—¡Pchs!... ¡No está mal! Un poco *posseur*. Se pasa el día añorando sus polders y cantando “Molinos de viento”.

—Dirás que mi curiosidad es insaciable, pero bien quisiera saber cómo está resuelto en vuestra sociedad el problema del amor y sus derivaciones.

—Otro día te contaré... Está mi pequeña aquí al lado, y como el tema es escabroso... dejémoslo para otra ocasión.

—¿Cuál es tu hija?

—Esa chotilla ensabanada. ¡“Lucera”! Ven a saludar a esta señora.

—Ven, rica; dame un beso.

—¿Por qué no juegas con la “Negrita” y la “Gaviota”?

—Porque están desganadas y no hablan más que de temas trascendentales. En cambio, yo siempre tengo ganas de *Bromus* y me place ir de *Festuca* en *Festuca*.

—¡Monísima!

(Reina una paz octaviana. El aire está saturado de aromas de tomillo, de mejorana y de poesía bucólica. La postura de Sol es grandilocuente y espectacular, digna de Castilla. Aprovechando la dulce mansedumbre del momento, las vacas rumian altas filosofías o pasean lentamente. Alguna se da “polisoir” a los cuernos en la corteza de un fresno olivado. Otras se mosquean en los resalvos de roble. El ilustrado toro Cau-Long persigue a una novilla berrenda en colorado, con pelo de vaca de cartón, cantándole “muy” enamorado: “¿Qué tienes en la mirada, niña de los ojos bellos?”)

Suenan cencerros en la lejanía. Pasa un correo. Los au-

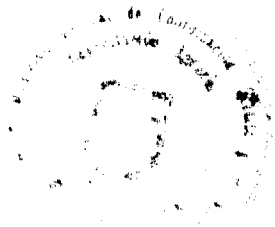
tomóviles devoran los kilómetros modernistas, negros y untosos, de la carretera de La Coruña.

Paz virgiliana. El crepúsculo no ha de ser tan melancólico como se suponía. El Lucero de Apeyeguas aparece presuroso y encarándose con el Sol—que se ha detenido un momento, como si se le olvidase alguna cosa—le espetá: “Papá, retírate a descansar, que es tu hora. Ya estamos aquí nosotros y pronto saldrá mamá.” Y Febo contesta: “Aguarda, hijo. Tanto tu madre como yo somos redondos, porque valemos de punto final a los artículos a los que no se les ve la conclusión.”

Y el autor del presente—por si fuera indirecta de las del Padre Cobos—dice muy serio:

Sobre el azul del cielo—azul, de caparrosa azul—ha surgido la capa rosa de unos estratos de color salmón. El Luis XIV del sistema planetario, se hunde definitivamente en el omega del día con el gesto suficiente del que dice:

“¡Hasta mañana pues, dilectos amigos!”



OTRO DIALOGO ENTRE SEÑORAS FORMALES

(Y NO APTO PRECISAMENTE PARA SEÑORITAS)

—¿Me permites que me sonría?

(“Estrella” adelantó y elevó sus orejas, echándolas finalmente hacia atrás, gesto equivalente al humano encogimiento de hombros, y añadió...)

—¿Y de qué?

—Del *confort* principesco y de este lujo americano—asiático me parece poco—que disfrutáis; del sistema Louden, con bebedero individual y teléfono en todos los pesebres; de las paredes estucadas, del piso *científico* en plena apoteosis de cunetas, pendientes y desniveles; de los vidrios azules, de los rabos con bozal, del transbordador de estiércol...

—Sonríete, “Mantellina”. Dejemos a cada cual con sus chifladuras, y como tu manía, según acabas de manifestar, es sonreírte desdeñosamente de la higiene, del progreso y de la civilización, pues... ¡sonríete, “Mantellina”! Acaso a mí me haga reír el atraso, la miseria y el empirismo, y si me asomo alguna vez a tu residencia, tú también me permitirás

carcajearme con igual brío y afán que el jefe de “claque” en un regocijante estreno de Muñoz Seca.

—No vine a ofenderte, “Estrella”. Antes al contrario, a interesarme por tu estado. Sé que recientemente has dado a luz...

—En efecto. Estoy bien, y muy agradecida a tu atención; pero... ¿por qué te has molestado? Se trata de un suceso natural, cuyo proceso se desenvuelve aquí, entre solícitos cuidados y cariñosas asistencias que alejan cualquier inquietud. No demos, pues, al trance mayor importancia de la que merece.

—¿Por qué? Cuando los hombres aquilatan sus problemas de amor con el doble decímetro de la zootecnia, no debe extrañar a nadie que nosotros procuremos aderezar la función sexual con ligeros sentimentalismos. Por eso la razón principal de mi visita es verte...; después, vengo a tu casa a aprender, a estudiar...

—¡¡ Ya!!

—A hacerte algunas preguntas inocentes... Dime: ¿es cierto que el amo regula vuestros encargos a El Haya?

—Sin duda; sería terrible confusión que todos los chotillos llegasen juntos.

—¿Y no lo hará él para mantener constante, o, en un caso previsto, incrementar la producción de su establo?

—Es posible. Para tu escepticismo nada escapa.

—Yo no soy partidaria de tanto *intervencionismo* en política amorosa.

—¡Bah! Todo se reduce a que alguna vez no te haga caso el vaquero en ese día febril en que muges nerviosa el tango de “madre cómprame un berrendo en negro”.

—Y si te escuchó y a los veintiún días parece haber olvidado el estribillo... o a las setenta y dos horas se reciben noticias certificadas, con el lacre de unos coágulos de sangre...

—Una anotación en el registro... y a esperar el acontecimiento.

—¿Para esperarlo a fecha fija? ¡Pero si él solo se anuncia! Esperarlo, pues, es perder el tiempo.

—Para hacer cálculos de previsión. Ya sabemos que no hace falta ser un Recaséns—pongamos por sabio—para interpretar debidamente la significación del vientre voluminoso y caído; la grupa descarnada, el aspecto anguloso, “quebrado”, y la cara de angustiosa expectación.

—¿Tú qué habías encargado esta vez... *con aprobación de la superioridad?*

--Pedí niña... y vino niño. Dependerá de lo que haya o hallen allá en El Haya.

—¡Hermoso alarde de ortografía! Pues siento que no te hayas visto complacida; pero realmente el “Servicio internacional de descendencias en paquete certificado” debe ser de una complicación...

—La oficina de París — “Género humano” -- no daba abasto en estos últimos lustros y enviaba hasta mayorcitos, tanto, que aun hoy apenas se ven chicos en sus bulevares... De la sucursal de Holanda recibí yo un macho hermosísimo, pero que llegó casi asfixiado.

—El humo de los túneles... La falta de electrificación.

—Hubo que hacerle la respiración artificial.

—¡Qué postín!

—¿Para el neófito o para su distinguida mamá?

—Para los que la pusieron en práctica. ¿Qué decía el facultativo?

—No fué preciso avisarle. Otras veces sí, sobre todo cuando alguna madre avariciosa se niega a devolver... las envolturas del embalaje.

—Es casi peor que el recién llegado no pueda desatarse las ligaduras.

—Pero aquí no tememos a las consecuencias, en forma

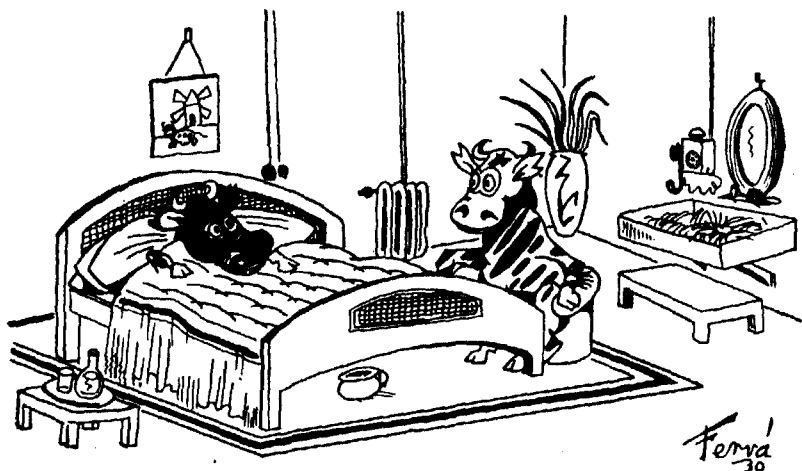
de infecciones, diarreas, enteritis, porque—si llega el caso— se secciona el cordón con la mayor de las asepsias.

—¿Con la mayor...? No recuerdo.

—¡No las conoces!

—¿Y dónde está ese *tierno infante*?

—*Infante*, no sé... *grande* aseguran que es, al menos. Yo apenas le he visto, porque en este establo es costumbre se-



parar las crías de las madres inmediatamente después de nacer, rasgo plausible que evita el arraigo del cariño.

—Y... el horror de la separación. El amo se evita cómodamente las molestias de tu sufrimiento, de tu inquietud, de tus mugidos, redundante todo ello en perjuicio de la función económica. No rectifico el concepto que de él siempre formé: es un ambicioso.

—Ambición que no perjudica a tercero, legítima ambición es.

—¿Quién dijo tal? ¿Carlos V...? ¿Romanones...?

—Lo digo yo aquí... y en la plaza del Biombo.

—¿Te molesta mi, ligeramente irónico, interrogatorio?

—¡Me resulta apacible y totalmente inofensivo!

—Quería también saber desde cuándo cayó en desuso la teoría del calostro; recordarás afirmaba que dicha clase de leche era un excelente alimento inicial y un purgante en su efecto de barrer el intestino, limpiándole de residuos.

—Esa teoría se vino al suelo en cuanto se demostró palpablemente que los calostros producían el mismo efecto bebidos en un cubo esterilizado.

—¡¡La ciencia siempre perseverando en sus conquistas!

—¿Frase de Einstein...? ¿De Ticho-Brahe?

—Mía. Tratándose de una vaca de leche, de citar citaría a Asuero. Como verás, en mi casa no comemos, pero nos reímos muchísimo.

—Te felicito por el envidiable buen humor de que haces gala. Y si es que te esfuerzas en distraerme, lo agradezco. Pero, la verdad es que no estoy triste, porque sé que a mi hijo le tratarán a “cuerpo de príncipe” con toda certeza. Beberá la leche que precise (según cuidadosa observación), recién ordeñada, y tantas veces como a mí me ordeñen. Y la beberá a más de 35 grados, y despacito, saboreándola.

—¿Y dices que no la escatiman? ¡Ese sería mi temor!

—Generalmente les dan al principio cuatro litros por día, cantidad que se va forzando hasta llegar a seis, al cabo de quince días y a ocho, al cumplir los dos meses, pero siempre manteniendo una vigilancia... maternal sobre las deyecciones, para, en caso de que sean alarmantes, diluir la mitad de la leche en otro tanto de agua hervida.

—¿No usan pesa-bebés?

—¡Ya lo creo! Es preciso que los machos engorden 1.400 gramos diarios, casi el doble que las hembras.

—¡Nosotras siempre en baja! ¡Y luego quieren que no seamos feministas!

—Pues no es eso sólo, sino que tienen la norma de que las chotas mamen lo estrictamente indispensable, porque, en caso contrario, el organismo se orienta hacia la producción

de grasa ; así que a los dos meses, después de haber absorbido 400 litros, terminan su lactancia. En cambio los machos maman medio mes más para que se manifieste la precocidad y aumente el coeficiente de crecimiento.

—El destete será progresivo y gradual, para no pasar bruscamente de un régimen a otro.

—No hay que olvidar que mientras su alimentación es exclusivamente líquida, puede decirse que sólo funciona al cuarto departamento del estómago.

—¿ Con qué otros comestibles se va alternando la leche?

—Con salvado, forrajes de silo y el mejor heno de los disponibles. Pero los que nacen en primavera y otoño, cuando el prado está reverdecido y alegre, se destetan ellos solos pasciendo yerbecillas... ¿ De qué otro modo más delicado pueden dárseles las proteínas? Mi pequeño, por desgracia, no tomará más que leche, para estar, al cabo de treinta o treinta y cinco días, en condiciones de ir a la nave del matadero, que responde con toda fidelidad al mito de la barca de Caronte. ¡ Pobre hijo mío!

—¿ Y qué hacer sino resignarnos? La vida es cruel hasta en su fin. Piensa, en cambio, que pasados cincuenta días ya estarás en disposición de hacer un nuevo encargo, y esta vez acaso te verás complacida... ¿ Eh? ¿ Qué es eso? ¿ Qué te pasa? ¿ Te sientes mal?

—No... no es nada... un mareo... pero ya pasó. Ayer estuve a dieta de agua y harina, y hoy me dan poco más... Ya estoy bien.

—Vaya, pues; te dejo, no sea que no te convenga hablar.

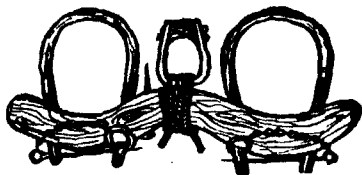
—Pónme bien la manta.

—¿ Deseas algo más...? ¿ No...? Adiós, “ Estrella”.

—Hasta la vista, “ Mantellina”.

(El cielo mudable y tornadizo del crudo día de enero —verdadero día de sierra— se enfurruña anunciando otra

borrasca. “Mantellina”, a paso ligero, busca nueva ocasión de pegar la hebra. “Estrella” suspira aliviada, muy en su papel de señora de la casa, exclamando: “¡Qué visita tan pelma! ¡Y si no es por el truco del marco fingido...!” En el establo cunde un pequeño revuelo. Van a ordeñar.)



LA BARIMETRIA, LUCUBRACION INUTIL

*A los que estudiasteis conmigo tanta lección
superflua...*

No me gusta caminar llevando el pensamiento ocioso, Tan sólo en ocasiones contadas me permito el lujo de auto-dispensarme de pensar en alguna cosa. Y como la mediocridad de mi vida, con saludable ausencia de problemas, no da suficiente pasto a la imaginación, gusto de captar detalles externos, *verbi gratia*, una frase cogida al vuelo en la calle, para meditar sobre ellos o para forjar una fantástica historia, como logró Cuvier con el dienteillo de marras.

Así por ejemplo, hace unos días hube de abandonar la acera para no deshacer un grupo de estudiantes que, junto a la puerta de su escuela provisional, decían a grandes voces:

- ¿Ha marcado texto ese bárbaro?
- Sí: el Sánchez Farragoso.
- ¿Es muy grueso?
- No le conozco ni de vista.
- ¡Digo el libro!

—Pues mírale... Quinientas once páginas de letra menuda.

—¡Qué canallada!

Y en seguida me puse a desarrollar mi monólogo... mudo, diciendo:

El estudiante segundo tiene razón. A los años flacos de la inactividad escolar, han sucedido *faraónicamente* los años gordos de los cursos intensivos. Y los muchachos, sin punto de reposo, han de ir almacenando en su caletre ciencia y más ciencia, alojada a presión, como la vestimenta en el baúl del veraneo.

Me gustaría poderme encarar con todos los profesores para gritarlos: “¡Respetables verdugos! A cursos breves, programas brevísimos... ¿No creen vuestras señorías que ha llegado el momento propicio de depurar los libros de enseñanza, en los cuales muchos capítulos merecen la sanción de separación definitiva... del programa? Yo podía citaros tantas y tantas cosas... Pero me voy a fijar en un botoncito de muestra”.

Indefectiblemente, todos los libros de Zootecnia dedican unas cuantas páginas a la *barimetría*, palabreja que deriva de las dos voces griegas de ritual: *barys* (pesado) y *metron* (medida), afirmándonos muy seriamente el Diccionario que significa “la medida de la pesantez de los cuerpos”. En nuestro caso concreto, estos cuerpos son los de los animales.

A una de las pocas personas ingenuas que todavía van quedando le parecerá al pronto difícil encontrar la ecuación que ligue el peso de un animal con pocas y elementales medidas tomadas sobre el mismo; pero no ha de serlo tanto, por el hecho de abundar los procedimientos barimétricos. Y, en efecto, todos los sabios que estudiaron la cuestión nos dan su formulita, afectada, como es lógico, de un coeficiente, al cual, ¡naturalmente!, le corresponde el papel de traidor en la divertida tragicomedia.

El que tenga la curiosidad de leer el famoso Decham-

bre, podrá ver que Mathieu de Dombasle, para saber el peso de una vaca, cogía la cinta métrica, ponía el cero en la cruz, la llevaba por delante de una espaldilla y, pasándola por entre las manos de la res, confrontaba de nuevo en la cruz después de rebasar el codillo contrario, y hacia la lectura para ver cuánto medía lo que él llamaba “perímetro torácico inclinado”. Multiplicaba este perímetro por 0,865 y... se quedaba tan contento.

Quetelet, famoso astrónomo belga, no gustaba de andarse por las ramas; observando el extraordinario parecido del buey y la lombriz, creía preferible cubicar el cuerpo del animal como si fuera un cilindro que tuviese por base el perímetro torácico y por altura la longitud escápulo-isquial. Mas como se quedan algunas cosas fuera de ese cilindro, consideró que sería una medida de cordura aumentar el volumen obtenido multiplicándole por un número mayor que la unidad, pero no mucho, y encontró un coeficiente muy sugestivo: $\frac{11}{10}$. Hago memoria de que a la vuelta de sencillas transformaciones de cálculo, la fórmula de Quetelet se reduce a $P = C^2 \times L \times 87,5$, en la que C es el perímetro, L la longitud y P el peso en kilogramos del animal. El astrónomo, antes de que nadie se lo advirtiese, cayó en la cuenta de que los pesos que así se obtenían eran demasiado bajos, por lo cual se consideró en el caso de advertirnos que se debía sustituir el número 87,5 por 94 si se trataba de animales *magros*, y 100 para los *jóvenes de pecho cilíndrico*. Como se ve, el rigorismo científico no era extremado, aun sin tomar en consideración que la densidad del animal no es la del agua—sobre esa base operaba el sabio belga—, sino 1,065.

Tengamos ahora un recuerdo para el señor Crevat, que si bien echa su cuarto a espadas en la materia, lo hace con más sinceridad y más *pupila*, pues por un lado nos dice que con sus métodos—son tres—el error puede llegar, a lo sumo, a un 10 por 100 (¡todo un señor error!), y por otro nos

asegura que la diferencia entre el peso verdad y el obtenido puede ser muy pequeña... si se saben corregir los resultados. Con esta disimulada apelación al ojo clínico, sitúa el problema en sus verdaderos términos, pues para pesar sin báscula no hay más instrumento que la propia experiencia.

Las tres fórmulas de Crevat son, si la memoria no me falla, $P = KC^3$, en la que P representa el peso, C el perímetro torácico recto y K un coeficiente, que oscila entre 68 y 100, nada menos.

Por la segunda fórmula, el valor de P dimana de multiplicar 80 por C, por L y por V, que es el perímetro ventral, tomado por el sitio más amplio, mientras que P, C y L representan los mismos conceptos de antes.

La tercera fórmula es $P = E^3 \times 40$, siendo E la llamada vuelta espiral (que parte de la punta del esternón, sube al centro del lomo, cruzando la paletilla; baja por el lado opuesto, pasa por dentro del anca y termina en el perineo). Si se trata de terneros alimentados a leche, se debe multiplicar la vuelta por 50, y por 45 si se trata de añojos.

Por fortuna para mí, ya no recuerdo en qué consisten otros métodos barimétricos debidos a Pressler, Jullian, Mattiewitch, Wolf, Baron, etc.

Como hay gente para todo, se han fabricado—y hasta es posible que se vendan—unas cintas métricas graduadas directamente en kilos; es decir, dándonos hechos los cálculos anteriores. “Esto matará a aquello”, dijeron, con el éxito de siempre, los fabricantes de cintas a los constructores de básculas..., ¡que debieron pasar un miedo...!

A decir verdad, yo nunca tuve fe en estos procedimientos tan sencillos... precisamente por su sencillez, y discutiendo con algunos condiscípulos (que no concederían importancia ninguna al asunto, pero que gustaban de la controversia), yo les replicaba: “Mi incredulidad por la barimetría obedece a una impresión personal; pero yo os prometo que si algún día tengo ocasión, os demostraré experimentalmen-

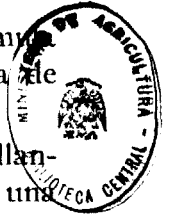


te que estos procedimientos no tienen ni siquiera el carácter de aproximados a la realidad que sus autores les conceden. Son *paparruchas*, que sólo sirven para despistar”.

Andando el tiempo fui destinado a la Granja de Valladolid, en donde, entre otras cosas, estuve encargado de las vaquitas, y, acordándome de lo que había prometido un día, empecé a experimentar sobre la materia, diciendo, a guisa de preludio, campanudamente: “¡Ah, señor Crevat! A fe mía que os he de ajustar las cuentas”.

Al efecto, y limitándome por de pronto a su fórmula primera, hube de dividir el ensayo en dos partes: una de exploración y otra de estudio más completo.

Se trataba, en primer término, de deducir, desarrollando a la inversa el problema, el coeficiente propio de cada una de las reses que poblaban entonces nuestra vaquería y comparar las cifras que así se obtuvieran con las que figuran en los libros, y a este propósito se aprovechó la oportunidad de ser aquella fecha—15 de noviembre de 1935—día de peso del ganado, para medir también los perímetros, resultando de la experiencia un auténtico “ciempiés”. Los datos correspondientes se dispusieron formando el cuadro número 1 de una pequeña Memoria, que quedó depositada en el archivo de la Granja, siguiendo la suerte de la gran mayoría de los trabajos que se efectúan en los Centros, para la publicación de los cuales, hasta ahora, no hubo posibilidades económicas. Lamentación ésta de carácter general, que en lo futuro, gracias al Instituto de Investigaciones, dejará de tener efectividad, y no es preciso que haga la salvedad de que ninguno de mis trabajos lo merece, porque me son conocidos sobradamente y porque estoy ahora divagando a solas, mientras camino, ya próximo a casa, en donde he de refrescar estas ideas volviendo a leer el trabajillo citado, para tomar unas notas, con ayuda de las cuales quizá pueda preparar un artículo que me tienen pedido gentilmente (¿se dice así?) los compañeros de *Agricultura*, ar-



tículo que tiene que ser ligero; es decir, adecuado para los rigores de la estación...

He aquí por dónde la meditación de esta tarde, arrancando de las frases estudiantiles dedicadas al Sánchez Farragoso y a su patrocinador, puede serme doblemente útil si consigo hacerla cristalizar en un artículo, con el cual, además, den por cumplida la promesa de informarles sobre mi experimento los compañeros de promoción, acaso mis únicos lectores.

Las cuartillas estaban en el último estante de la librería de la izquierda. En una caja de cartón en forma de libro. En ésta, no. En esa, sin duda. En efecto. Las primeras páginas son para ambientar. Aquí está el cuadro número 1. El examen atento del cual, nos dice:

1.° Que en las vacas hay mucha disparidad en los coeficientes; oscilando el valor entre 72 y 85, correspondientes (según Crevat) al *buey muy gordo* y al *buey magro*. Ahora bien, es evidente que todas las vacas, prescindiendo del estado de gestación, se encontraban en parecidas carnes. Además, el menor valor corresponde a la más joven que, por serlo, debía dar coeficiente alto. Nótese, en cambio, la concordancia entre la "Navarra" y la "Maravilla".

2.° Que para las novillas hay poca oscilación; pero los coeficientes debían ser mucho más altos (90 corresponde a los animales jóvenes de cría).

3.° Que en los terneros hay tanta oscilación como en las vacas, encontrándose los mismos valores que para éstas, siendo así que Crevat les asigna el valor 100.

4.° Que el del toro es concordante con los señalados, dado su estado de gordura.

5.° Como resumen de lo anterior, puede afirmarse que los coeficientes tienen poca fijeza y deficiente deducción, o al menos falta de adaptabilidad a nuestro país.

En realidad, pudo haberse dado aquí por concluida la experiencia; pero como el trabajo de medir algunas reses era

insignificante, se decidió que durante un plazo prudencial se siguiesen tomando quincenalmente los perímetros del ganado joven, dejado para vida, al objeto de estudiar la variación del coeficiente dentro de cada animal, y sobre todo por ver si se llegaba a los valores tan altos que Crevat señaló—suponemos que no sin fundamento—para el ganado de corta edad.

Aquí veo que en la página 13 y siguientes figuran los estudios individuales relativos a las cinco novillas: “Mar-

CUADRO NUM. I

Res	Nombre	Peso P.	Perímetro C	Coefficiente K	Pro- medio	Coefficiente de Crevat
Vaca....	Gallarda...	570	1,92	80	78	Buey graso fino.... 68
»	Duquesa...	585	1,90	85	78	» extragordo.... 70
»	Ligera....	554	1,90	81	78	» muy gordo.... 72
»	Maravilla..	490	1,87	75	78	» gordo 74
»	Benita.....	480	1,85	76	78	» medianamen- te gordo ... 76
»	Navarra...	492	1,87	75	78	» semigordo.... 78
»	Baturra....	446	1,79	78	78	» en buen es- tado 80
»	Vecina....	458	1,85	72	78	» magro 85
Novilla.	Marquesa..	264	1,52	75	76	Novillos 90
»	Maña.....	300	1,58	76	76	Terneros 100
»	Manzanilla.	209	1,40	76	76	
Ternero	Vasca....	122	1,15	80	78	NOTA.— Hemos copia- do las denominaciones literalmente para darlas más sabor.
»	Benito....	97	1,05	84	78	
»	Vecino....	90	1,08	71	78	
Toro....	Ligero I...	712	2,10	77	77	

quesa”, “Maña”, “Manzanilla”, “Vasca” y “Condesa”. En ellos constan la edad del animal en días (con indicación de los medios años), el peso en kilogramos (según la báscula), el perímetro expresado en metros (medido con la cinta corriente) y el coeficiente (deducido dividiendo el peso por el cubo del perímetro), amén la imprescindible casilla de observaciones.

Al final de cada cuadro figuran unas consecuencias dimanadas de su examen, y aparte, como anejo, la tabla de

CUADRO NUM. 2

" M A R Q U E S A "

Nació el 16 de octubre de 1934.

Se la sometió a ensayo desde el 1.º de diciembre de 1935 al 15 de junio de 1937.

Parió el 9 de octubre de 1936.

Edad en días	Peso en kgs. P	Perímetro en m. C	Coefficiente K	OBSERVACIONES
(1) 411	276	1,55	74	
425	280	1,56	74	
446	287	1,60	70	
458	292	1,60	71	Igual C con mayor P.
475	308	1,65	69	
518	334	1,70	68	
(1 ½) 560	370	1,70	75	Igual C con mucho mayor P.
579	382	1,75	71	
596	397	1,76	73	
610	407	1,82	67	
640	429	1,80	74	Sube P y baja C; gran diferencia en K.
657	445	1,84	72	
671	450	1,84	72	
688	457	1,84	73	Aumenta P y se conserva C.
702	462	1,87	71	
718	447	1,88	67	Baja P y sube C.
(2) 732	383	1,75	71	
750	380	1,76	70	Baja P y sube C.
764	378	1,70	77	Gran diferencia con el anterior.
779	388	1,73	75	
793	380	1,71	76	
824	376	1,75	70	Gran diferencia; sube C y baja P.
841	383	1,76	70	
855	376	1,72	74	
869	383	1,73	74	Igual P y menor K que a los 841 días.
883	390	1,75	73	
900	388	1,72	76	Baja poco P y mucho C.
(2 ½) 914	384	1,72	76	Igual C y menor P.
930	400	1,74	76	
944	397	1,74	75	Baja P y se conserva C.
961	413	1,75	77	Supé mucho P y poco C.
981	412	1,73	80	Baja muy poco P y más C.
991	426	1,75	79	
1.005	434	1,77	78	

EXAMEN

- 1.º El mayor peso (462) es a los 702 días, con 1,87 de perímetro.
- 2.º El mayor perímetro (1,88) corresponde a 447 kilogramos.
- 3.º El mayor coeficiente (80) corresponde a 412 kilogramos y 1,73 centímetros.
- 4.º El menor valor del coeficiente es 67, que correspondería a más que "buey extragordo".
- 5.º El coeficiente debe ser 90 (el de novillos).
- 6.º En 34 pruebas hay 14 anomalías.

los cubos del perímetro entre los límites 1,55 a 1,88, por si el curioso lector quisiera rehacer por sí mismo alguno de los cálculos.

Como resumen de todo ello se obtiene la conclusión de que:

Para los becerros de 1	año, K vale 76
Para los becerros de 1 ½	años, K vale 75
Para los novillos de 2	años, K vale 75
Para los novillos de 2 ½	años, K vale 75

Es decir, que continúan sin aparecer los coeficientes altos y seguimos dentro del tipo del buey *medianamente gordo*, concepto totalmente alejado de la verdadera clase de las reses.

Contrastando con esa constancia, llaman poderosamente la atención los saltos bruscos que da el coeficiente dentro de cada vaca, como se aprecia expresivamente en los gráficos que tenemos a la vista.

Así, en la “Marquesa” pasa de 68 a 75 (en el transcurso de cuarenta y ocho días); luego, de 67 a 74 (en treinta días solamente), y de 70 a 77 (en catorce días). Igual podríamos decir para la “Maña”, con cambios de 72 a 77 (en menos de tres semanas); para la “Manzanilla”, de 78 a 72 (en dos semanas) y de 80 a 73 (en igual plazo), y para la “Vasca”, de 79 a 83 (en diecisiete días).

Ya se comprende que oscilando los cubos de C entre 3,72 y 6,64, se cometerá un error muy grande tomando, por ejemplo, 67 ó 74, indistintamente, y sólo conseguiríamos hacer el ridículo frente a los que, por dedicarse al trato de ganado, tienen costumbre de hacer apreciaciones magníficas, no ya del peso en vivo, sino en canal, introduciéndose así la nueva incógnita del rendimiento, y aun sin llegar a esos especialistas que aprecian una partida de ganado con un error medio de una cuartilla. Conozco varios de ellos... ¡Cómo se reirían si leyesen estas cosas! Afortunadamente, no hay caso.

CUADRO NUM. 3
 APLICACION DE LA TERCERA FORMULA DE CREVAT
 (Día 2 de agosto de 1937.)

Res	Nombre	Peso P Kilos	Vuelta espiral E Metros	Coefficiente K	Coefficiente de Crevat
Vaca	"Benita"	520	3,05	18	40
"	"Ligera"	550	3,02	20	40
"	"Maravilla"	504	3,15	16	40
"	"Gallarda"	483	2,99	18	40
"	"Vecina"	580	3,24	17	40
"	"Maña"	514	2,95	20	40
"	"Marquesa"	434	2,79	20	40
Novilla	"Manzanilla"	458	2,83	20	45
"	"Vasca"	458	2,95	18	45
"	"Condesa"	424	2,75	20	45
Ternera	"Hermosa"	172	2,08	19	50
"	"Liviana"	143	1,89	21	50
"	"Mejorana"	144	1,88	22	50
"	"Vascongada"	42	1,15	27	50

En cambio, tengo un amigo detallista, que siempre lee mis artículos con lupa, y al cual voy a dedicar un parrafito contestando de antemano a la objeción que podría formularme en el sentido de decir que los perímetros estaban mal medidos. Lejos de eso, tal medición—que estuvo siempre encomendada al mismo obrero cuidadoso—no requiere grandes precauciones, y si las exigiese, serían un nuevo motivo para abominar de tan erróneos procedimientos.

Pero aun se nos presentó la ocasión de remachar el clavo. Antes de dar por concluidas las experiencias buscamos la oportunidad de aplicar el tercer procedimiento, el de la vuelta en espiral, con tan extraordinario resultado que la cuantía de los coeficientes obtenidos—más constantes que en veces anteriores—es la mitad, y aun menos, que la del consignado en la fórmula.

Creemos, pues, suficientemente probado que la barimetría de Crevat—y con más motivo las otras—no pasa de ser una lucubración inútil, bien porque los coeficientes no están acertadamente deducidos (hipótesis poco probable),

porque no se adaptan nuestras razas de ganado (suposición verosímil) o realmente porque con la cinta no se puede reemplazar a la báscula.

En cualquiera de estos casos, los autores deberían vencer la poderosa fuerza de la inercia y suprimir de sus obras las descripciones de este y otros varios inocentes *pasatiempos*, con lo cual darían pruebas de originalidad y buen gusto, no perderían autoridad ante los lectores y conseguirían vender sus libros—después de éste y otros expurgos—mucho más baratos.

Quisiéramos hojear un nuevo tratado de bovinotecnia en el cual no apareciesen esos grabados risibles de toros y vacas, que nunca existieron en el mundo, cruzados por la cinta, a manera de banda, como dicen pomposamente los tratadistas...



CONTROL DE OVEJAS AL ALCANCE DE LOS GANADEROS

A comentar diferentes aspectos del control lechero de las ovejas, que viene practicándose en la Granja de Valladolid desde enero de 1934, hemos dedicado hasta ahora varios artículos en distintos diarios y revistas. Hoy comparecemos nuevamente en estas acogedoras páginas para ofrecer a los lectores las primicias de un trabajo absolutamente original, aunque de condición modesta, que viene a demostrar la afirmación contenida en el título. Bueno será, antes de entrar en materia, aventurar una pequeña recapitulación de lo tratado en otras ocasiones.

Como es bien sabido, en la caracterización de cada nuevo ser intervienen dos poderosas fuerzas: Herencia y Variación. Ni tan antagónicas, que puedan ser tildadas de rivales, ni desunidas al extremo de no poder ser llamadas, en cierto modo, colaboradoras. Suprimid con el pensamiento la Variación, y de los descendientes, insufriblemente parecidos a los progenitores, no cabría esperar ninguna mejora zootécnica.

Supongamos que la Herencia no existe, y cada nacimiento será un acertijo, con parecidas consecuencias en orden al progreso. Pero la realidad es que ambas fuerzas se combinan, dando una resultante, cuya dirección, cuya magnitud y cuyo sentido, van pudiendo predecirse con probabilidades de acierto, gracias a la moderna ciencia de la Genética, aun



Oveja número 42, que obtuvo el título de campeona en 1935.

en los comienzos, pero que ha logrado iluminar caminos tradicionalmente oscuros.

Hay caracteres que son hereditarios: fijémonos en ellos al tratar de seleccionar, y fijémonos bien, para que no pasen inadvertidos. Hay otros externos que “llenen el ojo”, como suele decirse, y, sin embargo, no son transmitidos. Si seleccionamos a base de ellos, perderemos el tiempo sin duda.

Afortunadamente, se heredan las funciones económicas. Por ejemplo, la aptitud de producir leche en las ovejas. Si explotamos este carácter, nos convendrá tener ovejas que sean muy lecheras, aunque incluso llegasen a aparentar no

serlo. Sería reprobable buscar la bonita estampa..., aunque luego la producción no respondiese a ella.

¿Por qué se ha dado, hasta hace poco, tanta importancia al *exterior* de un animal? Porque entonces era desconocido el *interior*, porque el conocimiento era superficial.



Modelo de biberón para corderos.

Vamos, pues, a cambiar de sistema. Conozcamos a los animales *por dentro*, traduciendo a cifras de lo que son capaces, uno por uno.

Tenemos un hatajo de ovejas. Por fuera, todas iguales y todas bonitas. Pero midamos la leche que producen, y en seguida veremos que las hay sobresalientes, buenas, regulares y malas. Vayamos desechando todas aquellas de rendimiento insuficiente, y habremos dado un gran paso con

vistas a la selección. Mas en seguida se nos presenta un problema delicado: la elección del semental, cuya influencia es 50 ó 60 veces mayor que la de una oveja, por intervenir en otros tantos acoplamientos... ¿Cuáles machos serán destinados a padrear? Salvo algún grave defecto, los hijos de las ovejas más productoras, porque este carácter, que se transmite, desde luego, a las hijas, queda latente, escondido, en los machos, para reaparecer, pujante, en las nietas.

Así llegaremos a tener ovejas muy productoras, por haberlo sido sus madres y abuelas paternas.

La cosa no es tan fácil como parece, dirán algunos de los lectores. Ni tan difícil como vulgarmente se cree, estamos en el deber de replicar.

El control se ejecuta con unos pequeños cachivaches; hay que numerar a todas las reses; hay que hacer algunas anotaciones en un cuadernillo... Y de pronto, pasado algún tiempo, se cae en la cuenta de que, siguiendo tales prácticas, hemos logrado independizarnos del pastor, que sabe del rebaño menos de lo que a primera vista pudiera suponerse. El ganadero recobra su papel de director y empieza a pisar terreno firme. Es posible que esto no sean exactamente ventajas del control, pero a él será debida, en todo caso, la mejora de costumbres.

¿Cómo puede practicarse el control? Sin duda, de varias maneras. En la Granja de Valladolid, con la minuciosidad que corresponde a un centro de investigación, empezamos ateniéndonos a las siguientes bases, que pueden verse en el número de *Agricultura* correspondiente a diciembre de 1934 de la colección de esta revista, y que para más comodidad transcribo:

“Primera. Durante los veintiún días subsiguientes al parto, la lactancia del cordero se verificaba en condiciones normales.

Segunda. Al cumplirse las tres semanas de la fecha

del nacimiento, el cordero se separaba de su madre, y ésta quedaba sometida a control durante *cinco meses*.

Tercera. Con ayuda de una probeta graduada se medía la leche que daba cada oveja, no sólo en los ordeños de mañana y tarde, sino en cada una de las vueltas o “manos”.

Cuarta. Una vez mezclada la leche de todas las ovejas, se suministraba al recental la misma cantidad que producía su madre al principio. Posteriormente hubo de disminuirse (porque parecía un exceso), quedando limitada a 400 centímetros cúbicos como máximo y 300 centímetros cúbicos como mínimo (en cada toma).

Periódicamente se analizaba la grasa, caseína, densidad y extracto de la leche de cada oveja.”

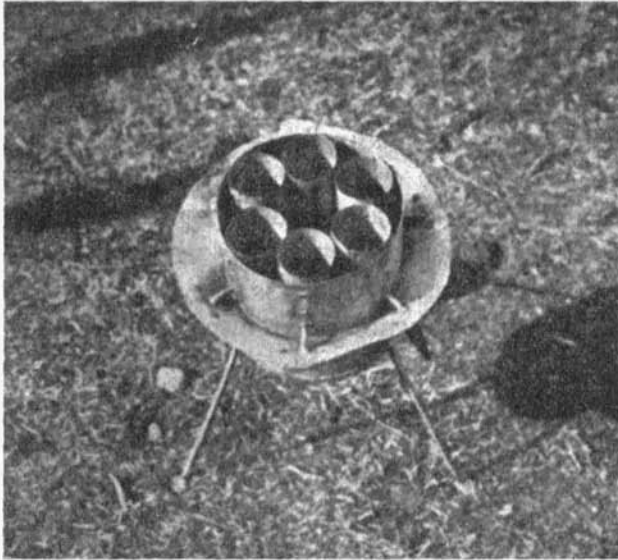
En el transcurso de la operación, no fué preciso que nadie nos denunciase la existencia de los inconvenientes. No somos de aquellos propagandistas que, sin duda de buena fe y en aras precisamente de la idea propugnada, exaltan sus méritos, silenciando—como si las olvidasen—las desventajas. Pero como estábamos decididos a controlar, no íbamos a descorazonarnos ante las primeras dificultades, sino que todas ellas se fueron estudiando para buscar el lado favorable, introduciendo pequeñas y sucesivas modificaciones de detalle, desprovistas de carácter esencial.

¿Cuáles son los precitados inconvenientes? Citémoslos en orden de mayor a menor.

1.º La resistencia pasiva de los pastores, que poseen en grado máximo el escepticismo de la ignorancia, del cual habló Schopenhauer. No quiero extenderme demasiado en este aspecto psicológico. La resistencia pasiva se traduce en amontonar obstáculos, en hacer las cosas de mala gana, en gozarse estúpidamente de todos los contratiempos. Ellos dicen con su marrullería: “ni palabra mala, ni obra buena”... ¿Cómo se puede vencer este continuo rozamiento? Por el *similia, similibus*. A la testarudez de ellos, que os dice “no se hará, a pesar de todo”, tiene que responder otra ter-

quedad, aun mayor, que responda: “se hará, por encima de todo”. Hasta que, poco a poco, van abandonando la rutina para acabar haciendo puntualmente lo que se les dice, cayendo, si queréis, en otra nueva (aunque científica) rutina.

2.º La operación no deja de ser fastidiosa de por sí, pero el que “algo quiere, algo le cuesta”. Se tarda más en ordeñar, ¡pero no mucho más!, y el pastor, rechupando su



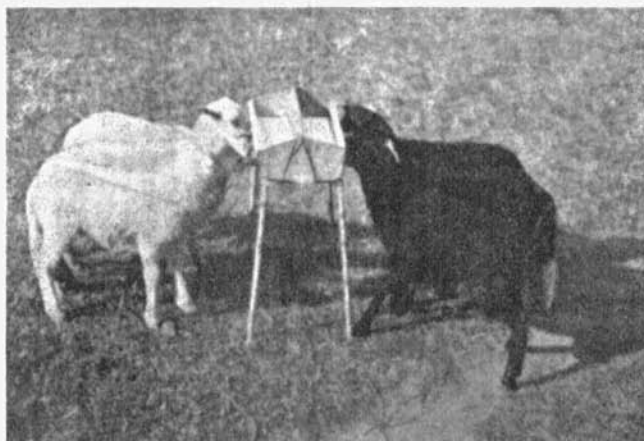
Otro modelo de biberón.

lápiz, tiene que hacer anotaciones en los estadillos que debe darle preparados el ganadero. Este conviene que ponga diariamente los datos en limpio. Si no lo hace así, no ejercerá sobre el pastor verdadera vigilancia y se le escaparán algunos detalles de interesante observación. Total, pequeñas molestias para amo y criado, que han de sobrellevarse con entusiasmo y paciencia, respectivamente.

3.º Al controlar a las madres, pasados los veintiún días, surge un dilema. O se sacrifica el *lechazo*, o hay que darle biberón. Lo más cómodo es lo primero, pero puede

ocurrir que no convenga matar, por cuestiones de mercado, por tener poco peso todavía y, sobre todo, para poder dejar para vida las hijas de las reses que (por virtud de los datos que vayamos obteniendo) se deban respetar como sobresalientes. En estos casos no hay más remedio que recurrir al biberón.

Pueden adoptarse varios modelos. O el que se describía



Los corderos toman su leche con la máxima formalidad.

en el citado número 72 de *Agricultura*, cuando se trata de pocas crías, o los que aparecen en las fotos que amenizan esta prosa plúmbea, u otros cualesquiera. Todos son *cacharrros* de construcción casera y baratos.

Los corderillos se acostumbran fácilmente a chupar de las tetinas (tanto más, cuantos menos días tienen); después se les puede ir enseñando a beber directamente de la herrada, y en todos los casos se les empieza pronto a suministrar con cautela alimentos de fácil digestión, para iniciar el destete.

* * *

Salvados los principales inconvenientes, el control en el segundo y tercer año se efectuó con normalidad. Ahora

bien: no había ni que pensar en que los ganaderos pudiesen —por regla general—ejecutar la operación con tantos rigormismos. Había que facilitarles la tarea, y a ello se encaminaron a renglón seguido nuestras observaciones y nuestros esfuerzos. Se imponía, desde luego, abandonar el control

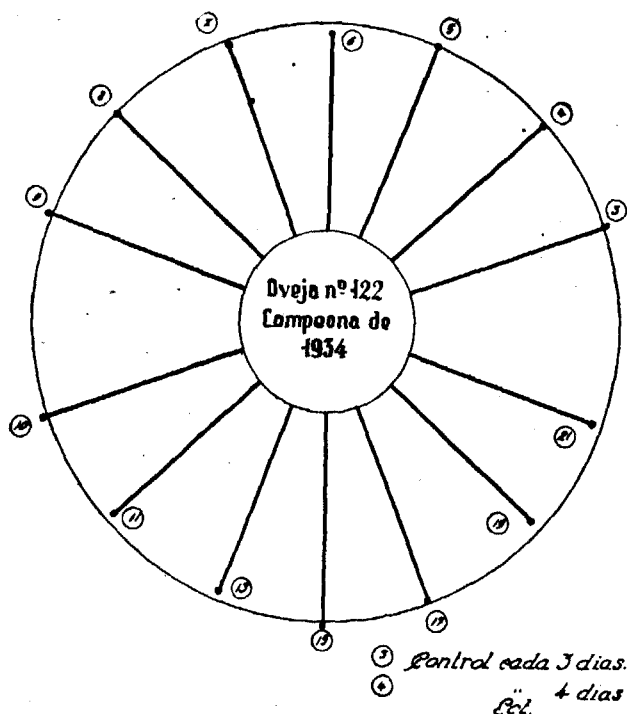


Gráfico núm. 1.—Demostración gráfica de la suficiente aproximación que, con respecto a la circunferencia del control diario, logran los radios que representan a escala los controles periódicos para esta oveja.

diario y sustituirle por otro periódico, pero ¿cuál había de ser el intervalo? En la escasísima bibliografía española sobre el particular, recordábamos que Matallana recomendaba medir la leche cada quince días. ¿Y por qué cada quince días y no cada dieciséis o cada doce? Era de presumir que a medida que transcurriesen más días, el resultado iría sien-

do cada vez más inexacto... ¿Hasta qué punto el error sería tolerable?

Por fortuna, quien guarda, halla: y nosotros teníamos datos suficientes para llevar a efecto una labor comparativa, que nadie hasta ahora había emprendido, que sepamos.

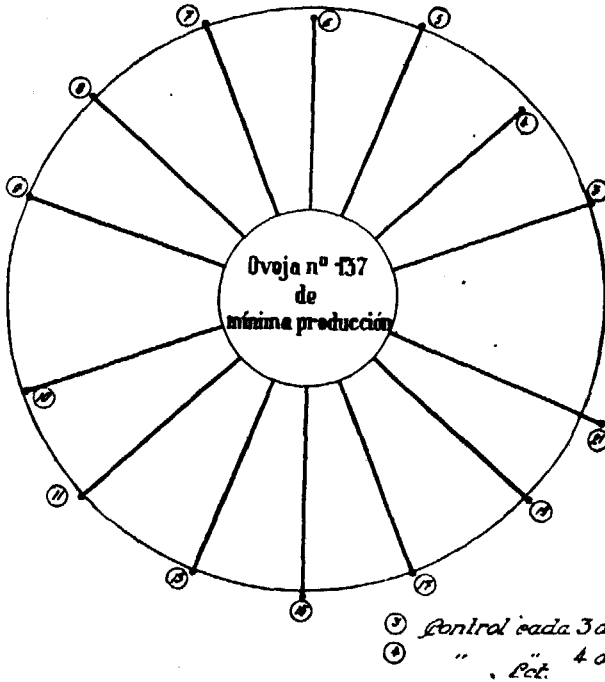


Gráfico núm. 2.—Igual acontece para la oveja de menor producción y, en general, sucedería lo mismo en cualquiera que se tomase.

Poseyendo los datos completos de producción diaria de 61 ovejas, se podían sumar los centímetros cúbicos segregados de tres en tres días y comparar la suma (después de multiplicada por 3) con el control diario (o auténtico). Esto equivalía a ver qué resultado se habría obtenido si a las ovejas se las hubiese medido la leche cada tres días, ya que el ordeño se debe hacer siempre a fondo, midase o no la leche. Luego se hizo igual operación sumando en todas de

cuatro en cuatro. Y después, cada cinco días, cada 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 15, 17, 19 y 21... ¡Una labor digna de la paciencia de Job!

Para comparar los controles periódicos con el control diario y deducir los errores correspondientes (en tantos por ciento), había que tomar dos precauciones lógicas:

A) Si la división del plazo total (ciento cincuenta días) por el intervalo entre cada dos mediciones, no daba cociente exacto, había que restar de la producción total (control dia-

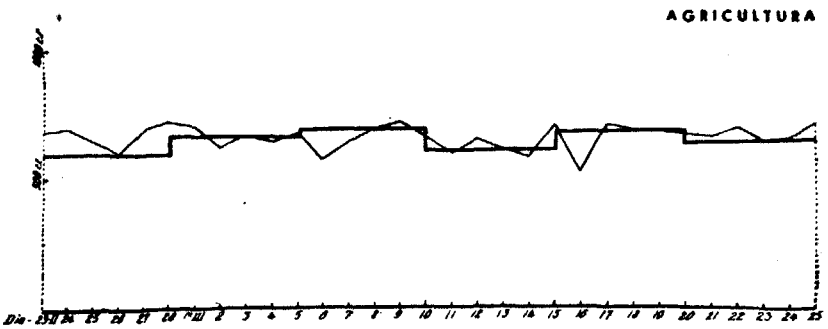


Gráfico núm. 3.—Sustitución de la línea sinuosa del control diario por la escalonada del control periódico de cinco en cinco días.

rio, venimos diciendo) el volumen segregado en los días finales que constituyen el resto de la división. Un ejemplo aclarará esto inmediatamente.

(1) Producción medida diariamente de la oveja 33, en ciento cincuenta días, 65,380 litros.

(2) Producción de la misma en ciento cuarenta y ocho días, controlando de cuatro en cuatro, 64,680 litros.

(3) Producción en los dos últimos días, a restar de (1), 0,645 litros.

(4) Producción medida directamente en ciento cuarenta y ocho días, para comparar con (2), 64,735 litros.

(5) Error obtenido al controlar así esta oveja, —0,1 por 100.

B) En el gráfico número 3 se ponen de manifiesto las operaciones que se vienen reseñando. Todo queda redu-

cido a sustituir la línea sinuosa del control diario por una especie de escalera, en la cual las *huellas* son la producción, supuesta constante en cada intervalo (de cinco días en el caso de la figura), y las *contrahuellas* el resalto al pasar de uno a otro.

ESTADO NUM. I

			Control diario	Control cada 3 días	Error por 100
Oveja núm.	31	66,150	66,645	+ 0,7
" "	33	65,380	66,075	+ 1,0
" "	34	86,920	86,340	- 0,6
" "	35	55,965	56,475	+ 0,9
" "	38	104,030	104,850	+ 0,7
" "	41	78,485	77,000	- 0,6
" "	42	111,270	109,335	- 1,7

			Control diario	Control cada 4 días	Error por 100
Oveja núm.	31	65,610	66,680	+ 1,6
" "	33	64,735	64,680	- 0,1
" "	34	86,135	85,100	- 1,2
" "	35	55,480	56,420	+ 1,7
" "	38	102,695	101,040	- 1,6
" "	41	77,880	76,620	- 2,2
" "	42	110,200	110,280	+ 0,1

			Control diario	Control cada 5 días	Error por 100
Oveja núm.	31	66,150	65,475	- 1,0
" "	33	65,380	66,200	+ 1,2
" "	34	86,920	84,675	- 2,5
" "	35	55,965	56,400	+ 0,7
" "	38	104,030	102,200	- 1,7
" "	41	78,485	77,550	- 1,2
" "	42	111,270	111,450	+ 0,1

			Control diario	Control cada 6 días	Error por 100
Oveja núm.	31	66,150	65,910	- 0,3
" "	33	65,380	63,150	- 3,4
" "	34	86,920	87,180	+ 0,3
" "	35	55,965	55,950	± 0
" "	38	104,030	105,240	+ 1,1
" "	41	78,485	77,940	- 0,7
" "	42	111,270	113,250	+ 1,7

Sin embargo—y aquí de la segunda precaución—, no es indiferente tomar para producción constante del intervalo una cualquiera.

Si tomamos la del día que le encabeza, cometeremos un error por exceso, ya que, por ley natural, la producción ha de ir decreciendo poco a poco desde el principio al fin de la temporada de ordeño. Si aceptásemos como norma la cantidad producida en el último día de dicho plazo, por las mismas razones controlaríamos por defecto. Y estos excesos y defectos serán tanto más ostensibles cuanto más dilatado sea el intervalo.

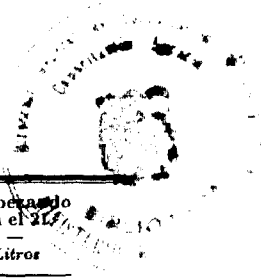
Lo lógico—y lo aconsejable—es servirse de la producción del día central en los períodos impares y de la del día último de la primera mitad en los pares. Así, si se controla cada veintiún días, no mediremos la leche en los días 1-22-43-64-85-106-127, a contar desde el principio del control, ni tampoco en los 21-42-63-84-105-126-147, sino precisamente en los centrales de cada período, o sea 11-32-53-74-95-116-137.

ESTADO NUM. 2

	Contro- les pe- riódicos	Error medio	Error máximo por exceso %	Error máximo por defecto %	Total de erro- res por exceso	Total de erro- res por defecto	Sin error
Cada	3	0,99	2,5	2,1	33	25	3
"	4	1,06	3,6	3,4	31	26	4
"	5	1,54	3,9	9,8	24	35	2
"	6	1,68	5,5	3,9	24	33	4
"	7	2,11	5,6	6,0	24	35	2
"	8	1,49	4,1	4,0	35	25	1
"	9	1,61	6,3	5,5	29	32	0
"	10	2,09	6,6	8,3	32	27	2
"	11	2,52	5,8	12,5	27	32	2
"	13	2,82	8,2	7,0	34	26	1
"	15	2,84	7,1	10,3	30	31	0
"	17	3,03	10,0	10,0	31	30	0
"	19	3,38	8,3	9,6	27	33	1
"	21	3,23	11,5	12,0	31	29	1

Indiquemos las diferencias que pueden encontrarse, con unos ejemplos:

CONTROL CADA VEINTIUN DIAS



	Control diario.	Empezando en el 1.º	Empezando en el 11.	Empezando en el 21.
	Litros	Litros	Litros	Litros
Oveja núm. 94.....	61,660	67,200	60,795	54,600
" " 95.....	77,015	80,375	78,330	69,195
" " 100.....	65,615	78,015	67,305	59,430

Que demuestran la aproximación existente entre la verdadera cifra y el control, empezando en el día central.

* * *

Con los datos de los 14 controles correspondientes a cada una de las 61 ovejas, se ha completado un gran cuadro, del cual se transcriben en el estado número 1 los cuatro primeros controles de las siete primeras ovejas, Hemos creído impertinente la publicación del cuadro total, que hubiese inundado de monotonía varias páginas. Pero si a algún lector le interesase algún dato más, es obvio decir que con gusto se lo facilitaríamos.

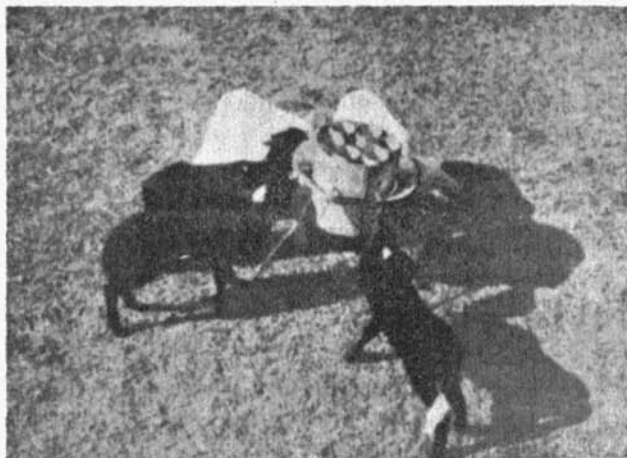
Mucho más interesante es el estado número 2, en el que cristaliza esta labor abrumadora (854 sumas, cuyo número de sumandos oscila entre 50 y 7. Otras tantas multiplicaciones y divisiones. Más de 1.000 restas... Justo es declarar que la mayoría de este trabajo ha recaído en el Perito Agrícola del Estado D. Fernando Alonso Pimentel (1), que lleva todas las anotaciones del control con un entusiasmo y un espíritu de observación muy difíciles de superar).

El referido estado es la tabla de errores, en la cual hemos visto con gran satisfacción que, *en todos los casos*, se obtiene suficiente aproximación. No pretendemos dogmatizar, ni creer que puedan ser considerados como definitivos resultados que provienen de pocas ovejas (todas de las que

(1) Fallecido trágicamente en plena juventud, así como "Fervá", ilustrador de alguno de estos artículos. Quede consignado aquí un emocionado recuerdo para ambos.

disponemos), pero es tan clara la orientación que se desprende en el sentido apuntado—especialmente por lo que se refiere al error medio—, que no creemos que una investigación más en grande llegara a cifras muy diferentes.

Dicho error oscila entre el 1 y el 3 por 100, viéndose



Corderos alimentándose con el segundo modelo de biberón reproducido.

cómo (con excepciones ligeras) va aumentando al espaciarse las determinaciones.

Por lo que se refiere al error máximo que pudiera cometerse en un caso aislado, ya se ve también que muy rara vez pasa del 10 por 100, y por lo general queda comprendido entre el 4 y el 8.

Los gráficos números 1 y 2 confirman esto mismo en su mudo lenguaje.

* * *

En vista de todo lo anterior, creemos, amigo ganadero, que no hay pretexto para rechazar el control. Vamos, pues, a esbozar lo que podría ser un *programa mínimo* para iniciarse en estas determinaciones.

Primero. Dejar mamar a los lechazos los veintiún días primeros.

Segundo. Sacrificarles a continuación.

Tercero. Controlar cada día 10 ovejas de las que se han quedado sin cría, lo cual supone tardar en el ordeño *un cuarto de hora más*. El intervalo del control vendrá determinado por el cociente de dividir el número de ovejas que se van a controlar, por 10. Así, si aquél fuera 130, a cada una le correspondería cada trece días, no siendo prudente pasar de las 200.

Cuarto. Al año siguiente se controlarían las que no pudieron serlo el año anterior, las primerizas y algunas de las ya controladas, hasta completar el mismo cupo.

Para terminar, no será ocioso advertir que no se trata de disquisiciones teóricas. Que el control lechero se practica en todos los países de ganadería adelantada (recientemente se ha publicado en Italia una obra con el título *I risultati del controllo del latte negli ovini sardi*), y que aquí mismo en España le practicaron y escribieron sobre él Cascón y Matallana, consiguiendo que varios ganaderos de la famosa tierra de Campos le pusieran también en obra.

De Matallana, precisamente, son las siguientes frases:

“Al leer en los libros la conveniencia de hacer estos ordeños, juzgáremos que habían de ser engorrosos y nada prácticos; pero cuando hemos visto lo sencillo, útil y absolutamente necesarios que son para todo rebaño, aunque no se trate de mejorar, no nos cansaremos nunca de recomendar al ganadero práctica tan beneficiosa...”

LA CUENTA DE LA YUNTA

—Pero... ¿de veras te interesa conocer el coste de un día de jornal de tus bueyes?

—Supongamos que me interesa. O suponte, si lo prefieres, que me agrada charlar una hora contigo.

—Muy bonita película. Pero yo estoy lejos de ser un Chevalier.

—Supongamos también que esa declaración no constituya una sorpresa.

—Dame pluma y papel. Gracias.

—Empieza.

—Antes de empezar, una advertencia. Vamos a hacer la cuenta de una sola yunta, y digo vamos, porque yo me limitaré a ordenar, a canalizar los datos suministrados por ti... et si non, non.

—Amén.

—Primer punto: *Alimentación y cama.*

—Es decir, todo un programa.

—En serio, Maruja.

—¡En serio, Ramón!

—¿Qué comen tus bueyes?

—Pues... lo mismo que los bueyes de los demás.

—¿Y qué comen los bueyes de los demás?

—¡Mira con cuánto ingenio me obligas a confesar: igual que los míos! Yo creí que tú lo sabías o, al menos, serías capaz de suponerlo.

—Hipótesis desde el principio, finales inverosímiles.

—Llamaremos a Tiburcio, a ver si por casualidad nos saca de dudas.

—¿No te figuras de qué me estoy acordando?

—Del *Maine*.

—Sí, de aquella ración que me hiciste calcular para tus ovejas, calificada luego de “disparate científico impracticable”.

—Pero pasamos dos horas muy divertidas con el jergológico.

—Sobre todo tú.

—Ahora no se trata de pasar el rato. Voy a satisfacer tu curiosidad, chico... ¡para no verte sufrir, vida! Ya sabes que además del “ojito derecho”, soy la secretaria de papá. Mis honorarios son especiales. Me pertenecen todos los beneficios derivados de las cuentas de sus negocios agrícolas que le presente debidamente justificadas. Y ahora, precisamente, estoy atravesando una crisis...

—¡No me ñiiiiiga!

—No vislumbrando una ganancia por parte alguna, he discurrido hacer la cuenta de gastos de nuestras yuntas de bueyes...

—Comprendido. Tu padre suele emplear sus yuntas “a jornal”, llevando piedra a la Estación en días sobrantes para sus labores. Si consigues demostrar que el precio de coste de una obrada es inferior al importe consabido de la huebra...

—Me gano unas pesetillas, las cuales me están haciendo mucha falta. Aquí está el mayoral.

—Dinos, Tiburcio. ¿qué se da en este pueblo a los bueyes cuando están bien mantenidos?

—Media fanega d'algarrobas pá cá yunta.

—Y los de D. Lorenzo...

—Sí, señor; salen a cuartilla por testa. Pero no hay que perder de vista que en la cuartilla de algarrobas entran otras cosas y salen algarrobas.

—¿Qué torpeza la mía! No te entiendo.

—Mi explique es el mediano. ¿Cuánto viene pesando la cuartilla de la mentá?

—Once kilos, poco más o menos.

—Pós no se dan enteramente de ese grano, motivo a que ataca la vista del animal y afloja el bolsillo del amo. Se promedia con centeno y salvado de muchas formas. Aquí, en casa, damos tanto centeno como algarrobas; un poco menos peso de salvado y mucho bulto de paja, que, en fin de cuentas, viene pesando un poco más que el cereal.

—¿La charada otra vez!

—¿Será ésta la solución? Ocho kilos de algarroba; otros ocho de centeno; seis de salvado y diez de paja.

—Cabalmente, señorita María.

—Y esta ración, ¿durante cuánto tiempo?

—Diez meses: es un poner. Los otros dos de primavera los pasan grandemente en las cerquillas enverdinás o en las praeras de aquí junto.

—Bien. En trescientos días consumirán 2.400 kilos de algarroba, 2.400 de centeno, 1.800 de salvado y 3.000 de paja; lo correcto sería aplicar a estas cantidades los precios de coste respectivo, pero como se ignoran...

—Mucho lamento que tú, fino como el coral, te veas obligado, por mi causa, a cometer una *incorrección*.

—Incorrección, aunque te rías, es aplicar los precios de mercado vigentes en el pasado agosto: 0,48, 0,44 y 0,42 por kilo de pienso y 0,75 por arroba de paja.

—No me entero. ¿Cuándo se convencerán ustés de que hablar por kilos es hablar en gringo?

—Por el pasto consumido... ¿qué cargamos en cuenta, Marujita?

—Nosotros solemos poner en las cuentas a 0,60 por cabeza y días, pero los prados de cerca del pueblo son los más caros, y como también hemos hablado de que los bueyes consumirán algo de alcacel, creo se puede evaluar todo ello en 1,50 por día y yunta.

—¿Qué cama se pone a los bueyes?

—¿Cama? ¡Estaría decente! Cuando toas las presonas la tengan, habrá que ir pensando en dárselas a las bestias.

—¡Tiburcio! No empieces a desembuchar tus romances. Cama, no se pone, ¿sabes? Zarandean la paja, echan al suelo los granzones, y como algo tira siempre el animal... En fin, puedes poner kilo y medio para completar la arroba por barba.

—*Personal.* ¿Hay algún obrero encargado exclusivamente de cuidar las yuntas?

—No; turnan a temporadas los mismos que las manejan o encomiendan el asunto al más viejo, porque duerme menos.

—Y no va de ronda.

—El jornal del gañán le supondremos de cinco pesetas "a seco".

—¡Bueno va!

—*Habitación.* Dificilillo es el cálculo de esta partida. Porque las casas de labrador, al estilo de este pueblo, muchas veces carecen de dependencias; en cambio otros vecinos disponen de corrales (boyeriza, pajar, cuadra, tinados, etc.), que dan en alquiler por no serles en absoluto necesarios... y ¡viva la paradoja!

—¿Cuánto ponemos, Tiburcio? Echa la cuenta por lo bajo de algunos arriendos de corrales que tú conozcas y dinos.

—Ciento cuarenta reales por pareja.

—*Herraje*. ¿Cuántos callos de cada clase se ponen por año?

—¿Hay más de un modelo?

—Sí, señorita. Los sencillos son a modo de suelas de la pezuña y los dobles tienen además un cuerno, un remate que se cuela por entre las uñas y se dobla contra ellas resguardándolas. Estos más fuertes son para los acarreos y los corrientes para la labor.

—¿Se gastan pronto?

—Hombre... según el trabajo y según la fuerza de los suelos. Duran más de las tres semanas y no llegan al mes.

—Pondremos veinticinco días. O sean catorce juegos de cuatro callos.

—Ocho dobles a peseta y cuarenta y ocho sencillos a dos reales.

—*Veterinaria*... Pagaréis por iguala.

—Sí, pero en ella van involucrados todos los servicios facultativos aplicados a los distintos animales domésticos, entre ellos a Fábregas.

—¿Quién es Fábregas?

—El gato, bobo.

—¡Ah! Los bueyes casi no padecen enfermedades. Supongamos que la asistencia del veterinario, para los efectos de esta cuenta, os suponen unas ocho pesetas de gasto.

—¿Nada más?

—*Medicamentos*. Pocos, ya lo sé. Este ganado no tiene tantos cólicos, ni cojeras, como el caballo. Alguna purga... Las inyecciones anticarbuncosa y antiperineumónica... ¡Bah, 10 pesetas!

—*Alumbrado*.

—¡Hijo, no se te escapa nada!

—Una bombilla cuesta tres pesetas mensuales a tanto alzado, y menos aun, si hay contador.

—Total, 36 riales al año, pues se aprovechan de su luz cuatro yuntas.

—*Sal.*

—Pregunta usted tanto como el padrón; ¡déjese ya de *escupilancias!*

—¿Eh?

—Quiere decir el gran Tiburcio que prescindas de menudencias incapaces de alterar el final.

—No; yo soy ortodoxo.

—Damos una bola por cabeza a fin de invierno, pá aligerar el estentino a las bestias, pá remeterlas diznamente en el buen tiempo, porque dicen que en primavera es como si nacióramos todos otra vez.

—¡Hola! Metafísico estáis.

—Pesa cá bola cinco kilogramos y se vende a 30 el kilo. Total, una miseria. Y dicho esto, me retiro; con permiso.

—Aguarda un poco.

—Me esperan abajo Lucio y el "Piltrafa". He dicho ya que me voy... ¡y me voy! Yo también soy un poco *otro-dosco*.

—Sí, váyase amigo. Ya no le necesitamos.

—¿Acabas pronto?

—Aun queda otro tanto.

—Pues entonces a mi ganancia la veo en globo.

—Como estamos a jueves...

—“¡Amos, anda! ¡Amos, anda!” Será forzoso concertar una tregua. Diré que nos sirvan aquí mismo un clásico chocolate con churros.

—¿Qué hora tenemos?

—Son más de las cinco y menos de las ocho.

—Venga el chocolate. Es la hora del té.

.....

—¿Seguimos?

—Rabiando estoy por conocer el resultado.

—Pues lo que haya de ser, será. Muy bueno estaba el

chocolate, pero como comprenderás no me doy por sobornado.

—Lo que te das es demasiada importancia.

—Al grano. *Mobiliario de cuadra*.

—¿*Mobiliario*? Eso es una camelancia tuya.

—Así se llama al conjunto de arneros, escobas, horquillos, espuertas, carretillas, etc. De todo ello puede corresponder a cada yunta un valor de 50 pesetas, y tomando como gastos anuales de interés, conservación y amortización de este capital su 10 por 100, cargaremos en cuenta cinco pesetas.

—¡Valiente puñado son cuatro moscas!

—Perdona: he dicho *un mosco*. Atalajes: yugo, coyundas, cadena de encuartar, etc. Puede tasarse todo en 75 pesetas, y tomando el 10 por 100, por las mismas razones de antes, anoto 7,50.

—Dilettantismo puro.

—¡Escupilancias!

—Otra partida.

—*Servicio*. Se puede suponer que la yunta en cuestión vale 2.000 pesetas... No, no es mucho... Se trata de bueyes buenos, de unos 500 kilogramos de peso en vivo. El servicio de este capital al 4 por 100, serán 80 pesetas. *Seguro*.

—¡Cuando tú lo dices...!

—Me refería a la cuota destinada a prevenir accidentes.

—No hay costumbre de asegurar los bueyes, sino simplemente las caballerías. El riesgo es pequeño, porque si se desgracia un animal o enferma — en ciertos casos —, da gran parte de su valor en el matadero.

—Podemos, sin embargo, asignar un 2 por 100 en concepto de autoseguro...

—Pero ¿hay auto... seguro?

—...Y para que la suma de servicio y seguro nos dé el seis, tipo de interés muy corriente.

—¡ Ya me parecía a mí que te quedabas muy corto con el cuatro!

—*Amortización.* Se amortizará en siete años, por ejemplo (la vida económica de este ganado transcurre entre los cuatro y los once años), el valor $[P-D]$, siendo P el coste de adquisición de los bueyes y D su valor de desecho.

—La diferencia será pequeña, pues se pueden llevar al matadero en ocasión propicia para alcanzar un precio alto y además más gordos que cuando se compraron.

—Unas 250 pesetas, si suponemos que D vale 1.750, o sean 50 arrobas a siete duros. Ya está bien, ¿no? La cuota anual a se deduce de esta bonita fórmula:

$$250 = \frac{a [(1'05)^7 - 1]}{0,05}$$

—No es preciso. Aquí están las tablas de un señor que tuvo la gentileza de ahorrarnos el penoso trabajo. La anualidad es: $250 \times 0,12 = 30$ pesetas.

—Bien, mujer. Nos hemos salvado “en unas tablas”.
Interés de los gastos anteriores.

—¡ Oye, oye! Me parece que te tomas por mí demasiado “interés”.

—No, alhaja. Los gastos se van haciendo sucesivamente en el transcurso del año; vamos adelantando poco a poco el dinero a la yunta, si se me permite la frase. Sería molestísimo ir viendo *día por día* el interés de cada desembolso. Es equitativo sumarlos todos o cargar un módico tanto por ciento de rédito: 2,5 por 100.

—Pero hay gastos indirectos que materialmente no llegan a hacerse.

—La diferencia obtenida excluyéndolos sería insignificante.

—Tú te lo dices todo.



—Cálculo del valor del estiércol. En realidad poco o nada debería rebajarse por este concepto de la cuenta anterior, pero quiero mostrarme generoso hasta el límite.

—¡Oh!

—En este pueblo el estiércol no tiene casi estimación, no porque se desconozcan sus ventajas, sino por la gran distancia a que se encuentra el labrantío.

—¿Cuánto abono se obtendrá de una yunta?

—Poco: ocho o nueve carros; como aquí no se pone cama...

—¿Y precio?

—La cuestión se complica. No puede aplicarse el método científico de Londet, por falta de datos y apreciaciones. Tampoco existe prácticamente un precio comercial.

—Sin embargo, el Ayuntamiento subasta todos los años los basureros de la Villa.

—Pero sólo se viene dando en estos tiempos una peseta por carro, precio bajísimo. Teniéndolo en cuenta (y porque además del verdadero estiércol venden, mezcladas con él, inmundicias de menor valor como fertilizantes), podemos poner nosotros el carro a tres pesetas. O sean 27 en total. Ahora sólo nos queda hacer el cálculo de los días que trabaja la yunta.

—¿Se acabaron los gastos? ¡Gracias a Dios! Hagamos entonces una recapitulación a la ligera. Lee, Ramón.

—Escucha:



	Pesetas
ALIMENTACIÓN Y CAMA:	
1. Por 2.400 kilogramos de algarrobas (ocho diarios durante trescientos días, a 0,48 el kilogramo)	1.152
2. Por 2.400 kilogramos de centeno (ocho diarios durante trescientos días, a 0,44 el kilogramo)	1.056
3. Por 1.800 kilogramos de salvado (seis diarios durante trescientos días, a 0,42 el kilogramo)	756
4. Por 3.000 kilogramos de paja (10 diarios durante trescientos días, a 0,75 la arroba)	195,65
5. Por el pasto consumido en sesenta y cinco días (a razón de 0,75 la cabeza)	97,50
6. Por 450 kilogramos de paja para cama (a 0,75 la arroba).....	29,35

	Pesetas.
GASTOS DIVERSOS:	
7. Personal (por 365 jornales, a cinco pesetas)	1.825
8. Habitación (al tipo de alquiler)	35
9. Herraje (48 callos sencillos, a 0,50, y ocho dobles, a una peseta)	32
10. Veterinario (parte alcuota de la iguala)	8
11. Medicamentos e inyecciones	10
12. Sal (dos bolas de cinco kilogramos, a 0,30 el kilogramo).....	3
13. Alumbrado (corresponde a una yunta)	9
14. Mobiliario de cuadra (10 por 100 de su valor para gastos anuales)	5
15. Atalajes (10 por 100 de su valor para gastos anuales)	7,50
16. Servicio (al 4 por 100 de 2.000 pesetas)	80
17. Seguro (al 2 por 100 de igual precio de adquisición)	40
18. Amortización (en siete años al 5 por 100; valor a amortizar: 250 pesetas)	30
19. Servicio del capital circulante representado por los gastos anteriores (al 2,5 por 100)	134,28
<i>Total</i>	5.505,28
A rebajar, importe del estiércol	27
TOTAL EFECTIVO DE GASTOS	5.478,28

—¡Casi 6.000 pesetas! ¡Qué espanto!

—Y lo peor es que no podemos dividir por trescientos sesenta y cinco días, pues se pierde una sexta parte por diversos motivos. *Por festividades...* Habla tú.

—Van siendo cada vez más los días en los cuales se hace fiesta: Año Nuevo y Reyes; dos de Carnaval; tres de Semana Santa; 14 de abril y 1 de mayo; San Isidro; la Ascensión, Corpus e infraoctava; San Pedro; tres de la función del pueblo; día de los Santos y Pascua. Total, 25, con algún permiso que se dé al criado.

—*Por el temporal*: No se pierden en rigor muchos días, pero el número es variable de año a año. Unas veces no se puede labrar por exceso de lluvia, otras por falta de tempe-ro. También es causa de paralización el mal estado de los caminos, imposibilitando los acarreos. Se puede suponer que se dejan de trabajar treinta y cinco días por este concepto.

—*Por enfermedad del gañán o de la yunta*. Se desaprovechan pocas fechas por este motivo: quizá no lleguen a cinco en todo un año.

—Nos quedan, pues, trescientos días de faena, que suponen el número de horas de trabajo útil deducido de la cuenta siguiente. Primavera: ochenta días a siete horas.

—O sea un total de quinientas sesenta.

—Verano: ochenta y cinco, a nueve...

—Que son setecientas sesenta y cinco.

—Otoño: ochenta, a seis...

—Cuatrocientas ochenta.

—E invierno: cincuenta y cinco, a cinco...

—Solamente doscientas setenta y cinco. Y en total, dos mil ochenta.

—Te parecerá escaso el número de horas de labor efectiva asignadas, pero ya sabes lo alejado por término medio que queda el labrantío. Resumen:

	Pesetas
Coste por año de la yunta	5.478,28
Coste por día de trabajo (a razón de trescientos)	18,26
Coste por hora de labor (a razón de siete)	2,63

Como se vienen pagando 20 pesetas por huebra, quiere decirse que te va a quedar un margen escaso. De veras lo lamento.

—¡Bah! Eso es cuenta mía. Yo necesitaba una pauta, y entonces requerí tu auxilio. Ahora todo se reduce a retocar las cifras, a darles un poquito de coba.

—Maquillaje a la pobrecita Economía, no. Mi responsabilidad de colaborador te prohíbe hacer trampas.

—¿Y qué podrás hacer para impedirlo, sin pecar de indiscreto?

—Publicaré la cuenta en algún periódico del cual sea tu padre suscriptor.

—No tendrá tiempo de leerle, según costumbre.

—Le mandaré un anónimo.

—¡Vaya perra que has cogido! Pon precio a tu silencio.

—Que te prestes a hacer ahora la cuenta de gastos de

un matrimonio reciente para ver si quedan satisfechos con los varios ingresos de D. Ramón López.

—“Se prohíbe seguir por ese camino.” ¡Esos son otros “Lópeces”!

Ramón sale en busca de la cena.

Aunque las calles están llenas de barro, ya no le importa mancharse las botas.

La niebla es espesa, aguardentosa (con el color blanqui-azulado del aguardiente con agua). La niebla—según asegura un poeta local—es el sudario de la ciudad en calma. Allá él.

Los escasos transeúntes se saludan con recelo desde la profundidad de sus embozos.

Ton... Ton... Ton... Ton... Ton...

Tin... Tin... Tin...

Tan... Tan... Tan... Tan... Y así hasta 33 campanadas.

Es el toque de ánimas, capaz de sobrecoger a quien no tenga hábito de escucharle.

Ramón, desde luego, apenas le oye. Va el hombre muy satisfecho, pensando casi en voz alta. No sería raro que sus pensamientos fuesen estos precisamente:

—Mi declaración un poco imprevista y un mucho superrealista no ha podido hacer más que asomar las orejas. Sin embargo, moralmente no me doy por fracasado. Si Maruja no estuviese interesada por mí, no hubiera inventado el truco de la cuentecita para retenerme a su lado. Y el caso es que, para haber sido tramitados en circunstancias frívolas, no han resultado los cálculos mal del todo. ¡Alábate, pavo! Sobre todo para quien acierte a darles el carácter puramente particular, impropio para servir de peligrosas generalizaciones.

El problema de averiguar el coste del trabajo de una cualquiera de las yuntas de este pueblo no es tarea sencilla por su complejidad y dificultades considerables, aun des-

cartando la suntuaria exactitud llevada al límite y conformándonos con aproximaciones a la verdad, muy suficientes en la práctica.

La complejidad nace del mismo modo de ser del aprovechamiento de la tierra, traducido en una ganadería floreciente y una agricultura más bien precaria. De ahí que en este lugar existan ganaderos importantes, exclusivamente ganaderos (¡no faltaba más!), ganaderos con visos de labradores y fabricantes de poco más o menos, no muy ilustrados y de escasos vuelos, hasta el punto de que la labor del más fuerte es de ocho pares... y es excepcional.

Es decir, que no existe, como en Valdemojado sin ir más lejos, ese grupo homogéneo de agricultores de las mismas costumbres, de idénticos procedimientos, de parecidas tendencias que permiten escoger a uno de ellos como prototipo de la clase y—tomando datos de unos y de otros—sacar resultados de su contabilidad aplicables a la mayoría. Lejos de ello. aquí (donde entre paréntesis no han podido asociarse por su carácter rabiosamente independiente) “cada cual cuida su chozo y gobierna su zurrón”, y la fórmula general no aparece por parte alguna.

Las dificultades nacen de la sobra de despreocupación y falta de previsión. Sobra de despreocupación, para que no llevando cuentas más que en la memoria, no sepan con certeza los piensos consumidos, facturas pagadas, etc., y falta de previsión que les impide hacer acopios en debida forma, para cumplir normas prefijadas de alimentación. Las yuntas se mantienen con lo que haya en casa “de momento”. Si suben las algarrobas, se les da más centeno y si están en buenas carnes se les acorta la ración... Y cuenta que este renglón de alimentación es el más importante, cosa a la cual don Lorenzo no da, ni más, ni menos importancia que cualquiera de sus convecinos, muchos de ellos perseguidores del límite hedonístico, nombre pomposo inventado por un gua-

són que buscaba el rendimiento máximo con el sacrificio mínimo. Algo así como el timo del portugués.

En fin, la cuenta está echada. Ella satisfecha, y yo encantado. Y aunque para quedar bien del todo he debido explicarle las variaciones que presenta el caso cuando se trate de una máquina o de un motor, me he guardado muy bien de hacerlo, con objeto de no malograr una futura entrevista ya entre vista.

Sin embargo, Maruja es inteligente y podrá ocurrir que ya no necesite andadores. Confiemos en la escapatoria de algún detalle. Por ejemplo, que las máquinas no conviene amortizarlas a plazo largo, por los continuos adelantos de la mecánica.

O que en la partida de conservación se incluirán los gastos de cobertizo, donde máquinas y motores se almacenan, en proporción al espacio ocupado por cada máquina.

Quizá le interese más averiguar los gastos anuales del ganado de renta, y tendrá una verdadera satisfacción cuando le diga que, por el constante renuevo, no existe como gasto la amortización.

Y al llegar a este punto Ramón se cuela bonitamente en su casa. Sin una invitación por su parte, no nos parece discreto penetrar. Seguimos calle arriba disimulando, y al volver sobre nuestros pasos, a través de una ventana se le ve cenar con aire distraído. ¡Feliz él!

GLOSAS DEL REQUESON AUTENTICO

Castilla descolorida.

Miraflores de la Sierra, Chozas de la Sierra, Guadalix de la Sierra. Y más abajo, el importantísimo portazgo de la Sierra: Colmenar Viejo. Al sur del pueblo, una agricultura intrascendente aplica las ondulaciones de un diluvial empobrecido. Al Norte alternan, disputándose los cercados, ganadería y agricultura en armonía aparente, y, ya en las estribaciones de la montaña arcaica, cunde y manda la ganadería.

La policromía del paisaje descansa en seis colores: tres azules, azul transparente de la cordillera, azul marítimo del atardecer sobre El Pardo y azul joyante del embalse de Santillana. Dos verdes: el efímero y mudable de los prados y el asceta y perenne del enebro. Y un gris, muy gris, en el que se disuelve la naturaleza toda.

Paisaje descolorido, porque falta el típico color de Castilla la Parda, ante cuyo tono unas veces creemos que los hombres se arrebuja en centiáreas de sus propios barbechos y otras se nos antoja oculto el término municipal bajo

las capas de los vecinos puestas al oreo. En el fondo del cuadro se ve, o se adivina, el resplandor de Madrid.

Un pastor.

Un terroncito de tierra gris, una célula. Calza bota enterriza—dos destroyers de ternera—, amorfo pantalón de pana. Faja abundosa y pardinegra. Chaquetón de sayal. Boina de pico.

Otras prendas: cachazudo, filósofo, medidor de palabras, reidor a destiempo, sonreidor constante, con ambigua sonrisa, que empieza en una oreja y acaba en la otra. Zalameiro, intrigante a su modo, astuto, profesor de gramática parda...

La pastora.

Una tenue pincelada del cuadro, una partícula. Hacendosa, relimpia, redicha y sabihonda, es la gobernadora de su casa. Administra los cuartos, echa las cuentas, paga los arriendos y deshace a veces los tratos del marido. Su vestido es sencillo, sin chafarrinones desteñidos de traje regional, y sus ilusiones allá se van con la indumentaria.

Se precia de ser la rebañera que saca más finos los requesones, a lo cual replica el marido, restando méritos, que la leche de sus ovejas no tiene par en la comarca.

Sus ovejas.

Quisiéramos decir que son de raza serrana; quisiéramos negar la existencia de tal raza... y no quisiéramos incurrir en contradicción.

Se trata de animales de talla reducida, ágiles, sanos, humildes, de más utilidad que apariencia, características pertenecientes a la modalidad con que se acusa el influjo del medio agreste sobre una raza en general o sobre una ligera

mezcla de razas en nuestro caso concreto, con fracciones de sangre que tienen por denominador común la manchega.

Viven felices careando los barbechos, repasando las rastrojeras, aplicando pastos, despuntando verdinas.

Aun algunas veces les está reservado el honor del pienso y el placer de dormir bajo techado, a lo cual responden cediendo una copa más de leche por oveja y día, según confiesa el dueño estupefacto y jubiloso.

¡Admirable candor de lugareño!

Los productos.

Tratándose de la raza menos especializada, justo es que sean tan variados como corrientes. El corderito, para el degüello y la carne vieja, para la olla; la lana, para colchones; el sirle, para disimular la pobreza del suelo, y la leche, para bebida—con agua, porque es muy espesa—o transformarla en quesos y requesones.

Ante la variedad de esquilmos, los ganaderos se sonríen enternecidos. ¡Vaya usted a decirles que su ganado no es linajudo y que “oficial de mucho, maestro de nada”!

Vaya usted a decírselo si quiere, pero con precauciones.

La cuajada.

Cuando este matrimonio (que quiere ser representativo) baja en época propicia a Madrid a comprar “las vistas” para algún hijo que se casa o a ver alguna corrida de toros de la tierra, se indigna al oír el clásico pregón: “¡De Miraflores... y a prueba!”, porque en las mesitas de blanco haldaje y bajo la tapa de cristal con reluciente marco, se encuentra “la cuajada” que ha de venderse como “requesón”.

¡Qué cosas pasan en los Madriles!

Porque la cuajada... Pero no precipitemos los acontecimientos.

Fabricación de queso pasada por alto.

Los ganaderos, en época de superproducción de leche, y los industriales durante casi todo el año, se dedican a la obtención de un queso manchego muy aceptable. Aquéllos, para su gasto y el de sus convecinos, y esotros para exportar a luengas tierras, por ejemplo, Sevilla y otras poblaciones situadas en la misma circunferencia de alejamiento, en donde los consumen bien poseídos de que se hicieron en el propio Ciudad Real.

No será objeto de nuestro interés la fabricación de estos quesos, poco original y sobradamente conocida; pero derivándose de ella la elaboración de los requesones, hemos de buscar el entronque de ambas. Y a fe que pronto le hallaremos.

Para hacer queso, lo primero es cuajar la leche. ¿Cómo la cuajan estos serranos? Pocos, con estómago de ternera; los más, con yerbajos; algunos, con los cuajos científicos en polvo. Una vez concluída esta primera parte, tendremos cuajada, como producto principal y suero, como producto secundario. La primera sale a las calles de Madrid llamándose con descaro, según vimos, requesón, o es objeto de manipulaciones posteriores que la transforman en queso.

Empieza la fabricación de requesones.

Una vez separado el suero de la cuajada, se pone a cocer en los castizos calderos de cobre, que se eternizan sobre los mismos lumbreros, pasando de generación en generación.

Cuando hierve a borbotones, es decir, en plena ebullición, se le agrega la leche que se va a elaborar y se observa con gran cuidado el momento de réanudarse el hervor, que quedó suspendido por haber incorporado la leche fresca.

“En retirar del fuego el cacharro en ese crítico instante está el toque”, según afirma esta buena mujer, especialista

en la materia. Precipitarse, es no sacar nada en limpio, y el retraso hace perder calidad, finura y transforma la pasta en una argamasa yesosa.

Termina la fabricación de requesones.

Ya sólo resta la operación de recoger los blancos copos formados, con una espumadera para depositarlos en las “encellas” que hacen el oficio de molde y colador. Son unos vasitos de hojadelata, de tamaño intermedio entre los usuales de agua y vino, provistos de asa y con varios agujeros en el sentido de las generatrices. Por ellos escapa el suero que acompañaba a la masa, quedando luego obturados por una verruguita de requesón, la cual les presta un aspecto curioso y decorativo.

El suero “de segundo grado” apenas tiene aplicación. Se bebe, se da a los animales o se tira. En definitiva, como si se tirase siempre.

La condición “sine qua non”.

La leche que añadida a un primer suero se trata de “arrequesonar”, puede ser de oveja (caso frecuente), de cabra (pocas veces empleada), de vaca (con mejora del producto: más finura y más untuosidad) o de una mezcla de algunas de estas leches. Pero el suero tiene forzosamente que ser de oveja, según se deduce de la práctica consuetudinaria, pues en otro caso no se agruma bien la leche.

Esta condición exclusivista constituye una seria limitación de la industria, ya que si no se dispone de leche de ovejas hay que comprarla y seguir forzosamente la fabricación del queso o tirar la cuajada; y si se compra el suero, nos exponemos a su alteración, con las pérdidas consiguientes.

El pregón verdadero.

Mediodía de junio. Calor y moscas. Aun en casas tan bien acomodadas como ésta. La puerta no para. He aquí un nuevo golpe de picaporte.

—¿Quieren requesoneeeeees?

El ventarrón sofocante hace un torbellino de la cortina blanca, del cual puede escapar, al fin, una chiquilla ágil y resuelta, con ojos de azul barato, sonrisa de morsa y dos lacias espigas de centeno por coletas.

—Pasa a la cocina.

La hija de la pastora—un átomo, una motita—pone en juego sus artes de marisabidilla para contestar cumplidamente a los cargos que se la dirigen acerca del precio creciente del requesón y del tamaño decreciente de la encella, pequeños problemas de Economía del Hogar que no nos afectan en absoluto.

De las varias maneras de consumir este manjar.

Recuerdo la alborotada comida que puso fin al silencio ritual de una tiente. Por ser la época propicia, a la hora de los postres surgieron los requesones apetecibles, que lograron un éxito sin precedentes.

Los convidados “del terreno” se limitaban a comer la parte alicuota que en sus casas tuvieran por costumbre; pero los forasteros hacían los honores tan cumplidamente, que ingerían a razón de uno o dos por barba.

Alguno, no sabiendo “con qué se comía aquello”, observaba la larga fila de sus vecinos de mesa, pero no advertía acuerdo en el procedimiento.

Los más impacientes, consumíanlos tal y como se los presentaran. Los más golosos, también en seco, pero mezclando la masa con profusión de azúcar. Los verdaderamente casti-

zos hacían una papilla con requesón, agua y azúcar. Los glotonos—que nunca faltan—desleían la pasta en leche. Los caprichosos, endulzaban con miel. En suma (y utilizando un tecnicismo muy del caso), había “división de opiniones”.

Lo que sí podemos asegurar al lector es que de todas maneras resulta el plato exquisito, y que cuantas personas tuvieron el placer de saborearle por vez primera hicieron de él los más cumplidos elogios.

El abolengo.

Por si todo lo anteriormente reseñado pareciese poco, aun puede añadirse, en loor de este famoso lacticinio, un hecho que constituye su timbre de gloria: el de haber sido citado en el libro de oro de nuestra literatura siendo protagonista de un gracioso lance, al cual da lugar la codicia del criado escondiendo unos requesones en la celada del amo, quien, al calársela, se cala también la cara, creyendo, espantado, que se le licúa el cerebro.

El hecho de haber pasado el consabido requesón por seso (aunque líquido) de aquel hidalgo sin seso, es motivo más que suficiente para que sea declarado “Postre Nacional”.

UNA VISITA A LA T. O. M. A. S. A.

(Excelentè vitola de portero, en modelo orondo. Acogedor vestíbulo. Marmórea la escalera y nudosa la alfombra. Profusión de azogue en los descansillos y barroco barándal. Verdaderamente no me importaría nada ser el dueño de este suntuoso inmueble. Llamo y tiro de cartulina al llegar al octavo centro. En seguida percibo esa voz inconfundible que caracteriza a las secretarias de pelo rubio pleitino:)

—Que pase al despacho y aguarde un instante.

(Magnífico estilo de despacho chipén... dale. El ambiente ronda los 22°. La pareja de radiadores ha tenido una cría, que es una estufita de gas. En la mesa, sin papeles, se advierte el paso de la mano que ordena. Estamos en un despacho de respeto. Se abre la pesada cortina, de color verde meliloto, y aparece la figura simpática del correctísimo gerente, prematuramente encanecido, vestido a lo ex Príncipe de Gales, con el traje claro del hombre moderno, del hombre de negocios, como dijo un colega nuestro, de un ilustre ingeniero en cierta ocasión. Y tras el "encantado" de ritual...)

—¡Agradezco muchísimo a *Agricultura* esta visita que a nuestras oficinas hace.

—Nos debemos a la actualidad.

—¿Prefiere que charlemos primero, o siente impaciencia por recorrer las instalaciones?

—Dejémoslo a su iniciativa.

—Pues hágame, por de pronto, unas preguntas de carácter general, a las cuales responderé con verdadero agrado.

—Empecemos por inquirir cómo surgió esta importante Sociedad.

—La idea feliz de su fundación, como tantas otras ideas felices..., ¿por qué no decirlo?... nació “a la española”, en el mármol frío de la mesa de un céntrico café, cuyo nombre me reservo. Concurriamos asiduamente unos cuantos amigos, formando algo así como la solera, y en calidad de aves de paso, recalaban allí otros de distinta condición, venidos de provincias, que nos traían el aire de fuera, oxígeno vivificador para los pulmones de toda tertulia.

—Y hasta allí llegaría muchas veces la pregunta de moda: “¿Sabéis de alguna finca que se venda?”

—¡Figúrese usted! Un buen día, uno de los concurrentes, cuyo nombre callo por modestia, propuso solemnemente que se estudiase el modo de encauzar de algún modo esta impetuosa, cuanto saludable, corriente dineraria; de tendencia centrífuga, que venía a contrapesar aquel movimiento centrípeto del quinquenio anterior al 36, durante el cual el dinero se vestía de señorito y se venía a habitar en esos palacios, con más ventanillas que balcones, que se alinean en la calle de Alcalá.

—Comprendido.

—Y apareció la T. O. M. A. S. A. dispuesta a revolucionar por completo el asunto de la compraventa de fincas.

—Con procedimientos originales y (si me permite usted la expresión) un tanto “de película”.

—¿Cómo no permitirle tan gráfica frase? Pues sí, se-



ñor; había que modernizarse un poquito. Al tipo de intermediario, que operaba en los venerables cafés de la Puerta del Sol, con su bufanda peluda en invierno y su jipi barato en la canícula, era forzoso concederle la jubilación, con paso posterior al Museo Romántico.

—Si no cayese tan de lado del lugar común, yo debería decir que “hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad”.

—Puede usted decirlo, si gusta. Dentro de unos minutos penetraremos en nuestra Sala de Información General, a la cual accede el gran público mediante el pago de una cantidad módica, para escuchar cada cinco minutos, por medio de altavoces, la información que poseemos de cada una de las 50 provincias precedida de un disco de música regional de circunstancias. Al que realmente le interesa la información particular y reservada de fincas concretas, pasa luego a las discretas cabinas, en cuyo recinto, por auriculares, le dan fichas exactas de las fincas en venta, mediante una nueva aportación. Tenemos después locales en donde se ponen al habla compradores y vendedores; un “Salón de latifundios”, lugar de reunión del señorío, decorado a estilo Mendizábal y una especie de cocina lugareña, para ambientar a los que traten de minifundios. No falta un largo corredor, por el cual discurren los corredores, al que alguien de buen humor ha bautizado con el nombre de “Galería de los infundios”.

—¡Muy ingenioso!

—Disponemos de asesoría jurídica, consultorio agronómico, agencia de Bolsa, etc. Puede usted decir que no nos falta detalle.

—Y dígame... ¿Qué vale hoy una hectárea en España?

—Entiendo que quiere usted preguntarme entre qué límites oscila la cotización de la tierra actualmente. Son muy amplios: desde las 100 pesetas que se pagan por un erial en Almería, hasta 100.000 pesetas en la provincia de León, en

la zona patatera de Vega Magaz. Nuestro país ofrece siempre una gama de infinitos matices agrícolas.

—¿Qué consecuencias han podido ustedes deducir de tantas transacciones como conocen?

—Dos muy importantes. Primeramente, que en aquellas provincias que son a la vez agrícolas y ganaderas, el valor de los pastos es superior al de las tierras de cultivo, obedeciendo, sin duda, el fenómeno a dos causas: una, que las tierras que no son de labor, no hay que labrarlas...

—Con el consiguiente ahorro de preocupaciones.

—Y otra, que se cotiza el hecho de que los productos pecuarios hayan gozado desde el primer momento de mejores precios que los agrícolas. Ya que quien da primero...

—¿Y no cree usted que esta revalorización excesiva es una bienintencionada equivocación?

—A los ganaderos todavía los precios les parecen bajos.

—¿Y a usted?

—Yo no soy ganadero... Otro fenómeno curioso es que las fincas arrendadas, por este solo hecho, desmerecen de sus iguales, libres de colonos, en un 30 por 100.

—¿A qué será debido?

—Yo creo que el dueño no gusta de compartir con un extraño el cariño a sus fincas.

—¿Quiere usted citarme ejemplos del valor de una hectárea, dedicada al cultivo cereal corriente, en diferentes provincias?

—Con mucho gusto. Anote: Zaragoza, 300 a 1.100 pesetas; Teruel, 375 a 1.985; Ciudad Real, 750; Cádiz, 800 a 3.400; Almería, 900; Albacete, 1.000; Granada, 1.000 a 3.000; Valladolid y Cáceres, 1.125; Sevilla, 1.500 a 2.000; Logroño, 1.700 a 4.000; Avila y Huesca, 2.000; Navarra y Tarragona, 2.500; Segovia, 2.500 a 3.500; Guadalajara, 3.000; Huelva, 3.000 a 6.700; Jaén, 3.500; Guipúzcoa, 3.500 a 12.000; Córdoba (campiña), 3.600; Castellón, 3.750; Pontevedra, 5.000 a 12.000; Oviedo, 6.000 a 12.000; Oren-

se, 8.750; Barcelona, 10.000; Coruña, 10.000 a 30.000; Santa Cruz de Tenerife, 12.000 a 20.000; Gerona, 15.000; Baleares, 18.000 a 20.000; Vizcaya, 20.000.

—¿Pero esas cifras son fantásticas!

—De ningún modo, señor. Conceptúelas como absolutamente verídicas. La T. O. M. A. S. A. no miente.

—Disculpe el adjetivo, que solamente quiso expresar mi asombro. Yo tenía formado un concepto distinto.

—Sí, a base de los precios de antes de la guerra. Tenga usted en cuenta que el alza de las tierras de secano, mejor diríamos de las que no se riegan, viene representada por los siguientes porcentajes: Zaragoza, 65 por 100; Teruel, 40; Cádiz, 250; Almería, 200; Albacete, 200; Granada, 50; Valladolid, 250; Cáceres, 100; Sevilla, 85; Logroño, 60; Avila, 200; Huesca, 100; Navarra, 300; Tarragona, 25; Segovia, 100; Guadalajara, 300; Huelva, 180; Jaén, 30; Guipúzcoa, 45; Córdoba, 300; Castellón, 60; Pontevedra, 20; Oviedo, 50; Orense, 60; Barcelona, 1.000; Coruña, 150; Santa Cruz de Tenerife, 200; Gerona, 300; Baleares, 300; Vizcaya, 125; Salamanca, 350, y Málaga, 250.

—En regadío, ¿cuáles son los precios que usted considera como representativos del valor actual de la hectárea?

—Son muy variables. Sólo en Teruel oscilan entre 2.400 a 36.000 pesetas; en Burgos, de 4 a 8.000; en Lérida, de 5 a 14.000; en Granada, de 10 a 25.000, y en Guadalajara, de 25 a 30.000. Con precio más fijo puedo citarle el caso de Almería (22.000), Tarragona (18.000), Castellón (24.000) y Jaén (30.000). Y aparte del caso concreto de la provincia de León, ya citado, la marca corresponde a Valencia, en donde la hanegada, que tiene sus buenos 831 metros cuadrados, se ha llegado a pagar a 7.000, lo que representa pesetas 84.000 hectárea; claro está que esto es el límite máximo, y que el mínimo queda por bajo de la mitad.

—¿La subida proporcional de fincas de esta clase será importante también?

—Sí; puede usted calcular que en Teruel ha sido un 50 por 100; Burgos, 100; Granada, 50; Guadalajara, 600; Almería, 100; Tarragona, 25; Castellón, 50; Jaén, 200; Guipúzcoa, 50; Murcia, 100; Albacete, 200; Soria, 300; Salamanca, 300; Palencia, 300, y Málaga, 450.

—Para completar esta visión de conjunto quisiera que me diera información sobre los pastos.

—El concepto es muy elástico. En las provincias muy agrícolas—usted me entiende—llaman terreno de pasto al improductivo dejado de erial, con dos o tres yerbas por metro cuadrado. Este terreno, naturalmente, vale poco: Teruel, 100 a 200 pesetas; Tarragona, 100 a 500; Almería, 100 a 1.000; Granada, 300; Jaén, 500; Castellón, 500; Navarra, 800. Las fincas de puro pasto se pagan más; *verbi gratia*: Cáceres (con encinas y alcornoques), 1.200; Cádiz, 1.200; Huelva, 1.700; Madrid, 4.000. Ahora bien, los verdaderos prados, en las provincias ganaderas, se pagan mucho: Guipúzcoa, 5.000; Pontevedra, 12.500; Santander, 14.000; Orense, 15.750.

—¿Mucha subida en proporción?

—En Teruel, el 200 por 100; Tarragona, 25; Almería, 100; Granada, 50; Jaén, 40; Castellón, 33; Navarra, 150; Cáceres, 100; Cádiz, 400; Huelva, 30; Madrid, 100; Guipúzcoa, 45; Pontevedra, 20; Santander, 100; Orense, 100; Badajoz, 150; Lugo, 250; Zamora, 300; Salamanca, 400.

—Perfectamente. Volviendo al tono general del interrogatorio, antes me pareció oírle decir que esta emigración del capital era conveniente.

—Sí, señor; el ir de la ciudad al campo siempre fué saludable.

—¿Y no cree usted que influyan circunstancias extra... agrícolas en esta colocación tan de moda?

—La resolución de adquirir fincas, alzaprimitando su verdadero valor, dimana de la mutua acción que sobre el capitalista ejercen tres intereses: uno bajo, otro alto y otro

mediano. El *interés* de tipo legal ha disminuído; el *interés* que producen los capitales en la industria o el comercio es hoy por lo general elevado, y hay un generalizado *interés* en la masa pudiente de producir alimentos para consumo propio; es decir, de caracterizarse cada cual de productor.

—Sin embargo, pagando las fincas tan caras el negocio será mediano...

—Pero hay siempre capitales hechos... un poco a prisa, necesitados de reposo, que buscan en la tierra su Monasterio de Yuste.

—Según eso, las fincas pequeñas estarán menos solicitadas.

—Mucho menos. El minifundio no ha subido, por término medio, más que en un 25 por 100, lo cual es otra anomalía, pues normalmente las fincas pequeñas se capitalizaban a tipo menor.

—Y en cuanto a la personalidad del comprador, ¿cuáles han sido sus observaciones?

—El adquirente de las fincas pequeñas es por lo general un hortelano o un verdadero agricultor. Las fincas grandes, en cambio, pasan a ser propiedad de industriales o comerciantes, con afán de colocar dinero, de Barcelona, de Bilbao o de Asturias.

—¿Y no cree usted que muchos se equivocarán pagando tan altos precios?

—Se han equivocado ya; pero no les importa. Hay que sangrar la cuenta corriente, demasiado pletórica.

—¿Existen excepciones en esta tónica del alza?

—Sí, en algunos pueblos muy destruídos por la guerra, poco habitados hoy, como sucede en León.

—Para finalizar: ¿qué impresión tiene usted respecto a transacciones futuras?

—Creo que para el alza existe ya freno, y el mercado tenderá a buscar; reaccionando en baja, la estabilidad.

—Una última pregunta..., y me despido. ¿Qué quiere decir T. O. M. A. S. A.?

—Tramitación Original en Materia de Adquisiciones, Sociedad Anónima.

—Perfectamente... No le molesto más.

—¿Se va? Le recuerdo nuestro convenio de recorrer finalmente los locales.

—Los doy por vistos.

—¿No tiene más tiempo disponible?

—Ni tiempo, ni espacio.

(Nos despedimos afectuosamente y heme de nuevo en la famosa Avenida, marginada de suntuosos escaparates. Los rascacielitos lindos parecen panales desoperculados, por cuyos alvéolos fluyen mieles de luminotecnia. Los autos caminan despacio, por el calor del gasógeno, y los transeúntes de prisa, por el frío de la noche. Los detestables abrigos de las señoras, de piel de solípedo vulgar, están en pleno espeluzno. El prodigado tubo de neón pone el mejor comentario del momento. Se entrecruzan las corrientes de muchedumbres salientes de los cines. No suenan los claxons, porque están prohibidas las señales acústicas. Los guardias esperan pacientes a que pase el Rubicón algún incauto de provincias. La gran ciudad está caracterizada de gran ciudad. ¿Nueva York? ¡Quia! ¡Madrid! ¡Madrid! ¡Casi nada!)

SOBRE VALORACION DE PASTOS

Ayer tarde, en un momento de debilidad—*ex abundantia cordis*—invité a mi lector a tomar café. No estoy pesaroso de semejante atención. La gratitud máxima que puede albergar el corazón de un escritor viene siendo dedicada a sus habituales lectores. Tal sentimiento, a medida que debe repartirse entre un mayor número de devotos, se diluye, se inmaterializa. Por el contrario, si se concreta *el auditorio* a un solo señor—y éste es mi caso—, forzosamente, el agradecimiento ha de cristalizar en algo positivo y tangible.

—¿Vamos a mi café preferido?

—Pensaba proponértelo.

Cruzamos la terraza desierta, nos zambullimos alegremente en la puerta giratoria, y, al recobrarlos de su vértigo, nos saludaron desde una mesa de ventana, lo cual da siempre cierta importancia a los que llegan. Y a pesar de que contemplamos sucesivamente, y con todo descaro, los rostros de la concurrencia, no nos fué posible descubrir a ningún otro conocido.

—Ya está aquí el pelmazo del camarero... Si; dos ca-

fés..., o dos tés..., o un chocolate y una gaseosa... Nos da lo mismo.

—¡Qué fastidio es tener que tomar siempre algo! Al café se viene a charlar, a estipular negocios, a ensimismarse, a leer periódicos, a descansar o a dormir. Pera nada de esto, es imprescindible la ingestión previa.

—En el extranjero existen establecimientos en donde se paga al camarero exclusivamente por ocupar unos pies cuadrados de local, sin sujeción a tiempo fijo.

—¡Lo creo! Estamos muy atrasados. Hemos venido al café para que tú tomes a mi costa lo que quieras (tengo mucho gusto en invitarte), pero yo no quiero tomar nada. Y si tú te hubieses podido conformar con agua, por mi parte encantado. Claro que no se trata simplemente de demostrar mi agradecimiento—que por ahora cristaliza en una pesetilla—, sino de darte una prueba de cierta amistad y confianza, consultándote al efecto sobre el tema de un artículo que debo escribir para *Agricultura*. Como tú eres el único que le vas a leer, tienes perfecto derecho a señalar materia. ¿Te gustaría que me ocupase de la Reforma Agraria?

—Es demasiado tarde... y demasiado pronto.

—Hay quien cree que no están los tiempos “para meterse en obras”, y parece que se habla ya de “revocar”...

—Es posible que todo quede en una “chapucilla”. Busquemos otro tema. ¿No podías celebrar en párrafos sonoros el nacimiento del Ministerio de Agricultura?

—Celebrar, celebrar... Yo no sé si este niño es el que esperábamos... Ha nacido tan de pronto, tan *per accidens*, que es casi un sietemesino.

—Un sietemesino de 3.000 metros cuadrados, que necesita para sí toda la casa y tiene cohibido a su hermanito gemelo.

—Dame otra idea.

—Desde luego, quiero un asunto general. No estamos

para detallar cómo se siembra el cacahuate o descubrir la fecundación de la higuera con auxilio del *Blastophaga*.

—¿Laboreo forzoso? ¿Cuestión agrosocial?

—Huelgan los comentarios.

—¿También?

—¿Y sobre valoración de fincas?

—¿Para comparar su valor-agronómico con su valor-mercado? Huyamos de los derroteros derrotistas, amigo mío.

—Sin llegar a particularizar, ni siquiera manejando da-



Pastos de sierra, de apariencia escasa, pero muy nutritivos y que alcanzan un valor no sospechado a primera vista.

tos numéricos, me gustaría leer algo sobre valoración de pastos.

—El caso, de puro sencillo, es complicado. Sin embargo, bastará con capitalizar a un tipo conveniente—4, 5 ó 6 por 100—la renta líquida que entrega el arrendatario, una vez asegurados de que es justa, por comparación con otras análogas.

—Es que la finca no está arrendada.

—Pues entonces aplicaremos el procedimiento general de formular la cuenta de gastos y productos, en el supuesto de que la hierba se siega y se vende y el ganado no entra en el pastizal.

—Es que... entra el ganado.

—Si es ganado ajeno, de dueños múltiples, que pagan a jornal, a tanto por día y por cabeza, según clase...

—Estaríamos en el primer caso. Es inútil escurrir el bulto. Se trata de una finca que se disfruta con el ganado del propietario.

—Pues estableceremos también en ese caso la consabida cuenta de gastos y productos. Serán gastos: los jornales del personal fijo adscrito a esa posesión, y, además, los eventuales invertidos en desboñigar, aclareo de zarzas y malezas, formación de almajanes con los cantos sueltos, repaso de caceras de riego, arreglo de portillos y medianiles, reparación de las tenadas o abrigos, limpieza de abrevaderos y algún otro entretenimiento.

—Es mejor que no te entretengas demasiado, porque el sustraendo de la resta—los gastos—se puede conocer al dedillo, por no presentar dificultad su determinación. Pero, ¿y los productos? ¿cómo se calculan?

—Generalmente, “a ojo de buen ganadero”; pero el procedimiento no es recomendable, a pesar de que algunos de estos señores tiene una vista...

—“Pocas habrá tan certeras—cual sus sagaces miradas—para arrendar otoñadas—y calcular montaneras.”

—Eso decía, de un ganadero charro, Gabriel y Galán. La ciencia intuitiva tiene una importancia extraordinaria. Sienta postulados que no cabe discutir, sino aceptar. Pero es preciso traducir la apreciación a números que puedan manejar los menos versados. Eso equivale a entablar el diálogo y a demostrar el teorema.

—Insisto. ¿Cómo apreciar la cantidad de pasto consumido?

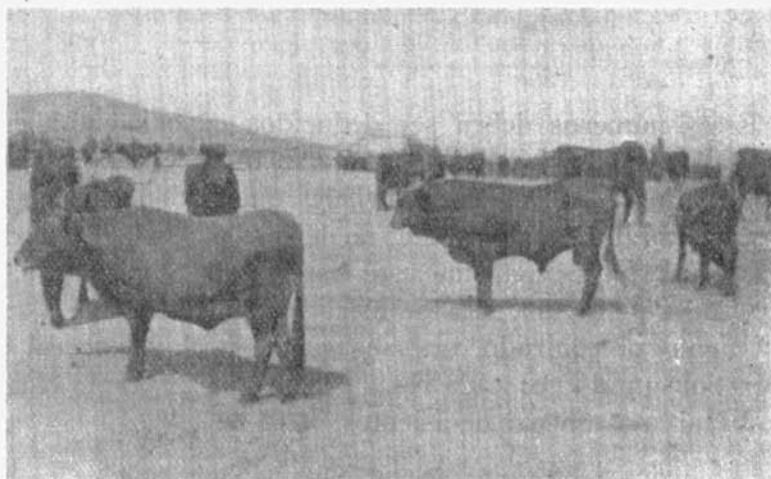
—Por el Libro de Aprovechamientos.

—Tú dirás.

—Voy a diseñar un folio. Aquí mismo, en este sobre. Mientras apuro el café puedes ir preparando el encasillado.

—Oye, tú, que no estamos en la Puerta del Sol... ¿Cuántas casillas?

—No sé. Vete poniendo: Fecha de entrada del ganado. Fecha de salida. Número de días transcurridos. Número de cabezas. Clase. Coeficiente. Importes parciales. Arriba, como título, el nombre de la finca. ¡Ah! Y una casilla muy



¡Mal año ganadero! La feria desanimada, los animales caros y escurridos de carnes. Las praderas no han dado de sí.

grande para observaciones. Los buenos ganaderos son los más observadores y minuciosos.

—Me voy haciendo cargo. Para deducir los productos parciales se multiplicará el número de días que ha estado cada partida (el buen aprovechamiento exige el paso consecutivo de varias diferentes, desde la que va a “esflorar” hasta la que tiene que levantar el pasto viejo), por el número de cabezas y acaso por el coeficiente.

—Yo le he llamado coeficiente, pero lo mismo se le puede calificar de jornal, producto individual, o como tú quieras. Es, en definitiva, el valor del pasto consumido al día por un

animal, variable con su edad, clase y circunstancias. Vaya un ejemplo para ganado vacuno:

	Pesetas
Vaca de vientre con rastra	0,50
Idem horra	0,40
Novilla	0,35
Becerra	0,25
Toro grande (de cuatro años para arriba)	0,55
Utrero	0,40
Erales	0,30
Añojos	0,25

Estos números deben ser deducidos experimentalmente por cada ganadero, o fijados "sagazmente", y aunque parecidos algunos de ellos a los jornales que suelen pagarse en el arriendo a tanto por cabeza, no deben ser confundidos con éstos, pues frecuentemente este sistema da admitir ganado ajeno lleva en sí una idea de lucro incompatible con el procedimiento preconizado, que se apoya en el valor real del pasto consumido por cada res... ¿Tienes ya dispuesto el cuadro? Haremos un par de asientos.

"NAVALTEJAR"

Fecha de entrada	Fecha de salida	Núm. de días	Núm. de cabezas	CLASE	Coeficiente	Importes parciales	OBSERVACIONES
6 abril.	28 junio	83	112	Vacas paridas	0,50	4.648	Se ahogaron dos crías en el arroyo.
15 julio.	29 agosto	45	40	Añojos...	0,25	450	Murió uno de bazo; se quitaron por eso.

La suma de todos los productos o importes parciales del prado nos da, como es lógico, el producto total, del cual se restan no sólo los gastos directos (que antes enumeramos), sino la contribución, el interés de los capitales inmovilizados en la propiedad y alguna pequeña cantidad, en concepto de dirección y administración. Lo que nos queda es la renta de la tierra desprovista de mejoras.

—Variará de año a año...

—No, porque los productos y los gastos que intervienen en la evaluación no serán los correspondientes a un año, sino el promedio de varias anualidades; cuantas más, mejor; y, si es posible, doce para eliminar el mayor y el menor—¡por exagerados!—y operar cómodamente con los diez restantes.

—¡Ya decía yo!...

—Y capitalizando del modo consabido y añadiendo el valor actual de las mejoras, obtendremos un valor (que podríamos llamar agronómico) de la finca, independiente de los vaivenes de la política y del precio del mercado; es decir, de la *Gaceta* y del hambre de pastos, que cada vez se deja más sentir.

—Tomen nota los “agrarios repentinos” y los partidarios de la roturación-panacea, y los de la roturación-venganza.

—Con respecto a esa competencia entre ganaderos, puedo decirte que se debe llevar el libro al día, a pesar de disfrutar fincas ajenas en arrendamiento, para comparar la renta que se paga con lo que dan de sí las praderas.

—¡Habrà cada desengaño!...

—Como que a veces, procediendo a la inversa, es decir, conservando como incógnita el coeficiente, se deduce un coste diario casi igual que si se tuviesen los animales atados al pesebre.

—¡Qué exageración!

—¿Tú crees que con todos estos materiales se puede escribir un artículo?

—Hinchándolo un poco, adornándole algo... rodeándole de paja... quizá.

—Pues muchas gracias por la idea.

—No las merece... Dí, si acaso, en el periódico que yo te lo inspiré. Y si no diese la casualidad de que tu nombre y apellidos son iguales que los míos, tú mismo le podías firmar...

ENTRE GUAYABOS

(DIALOGO CASI REPRESENTABLE)

ELLA.—Creí que no vendrías nunca... ¡Vaya tostada!

EL.—Perdona, chica, pero la gente de los pueblos no madruga tanto como aseguran los poetas... aunque más que los poetas, desde luego. ¡Vengo rendido! ¿Tú sabes lo que es recorrer 600 metros a saltitos? ¡Qué ganas tengo de obtener el título de piloto aviador! (*Se seca el acreditado sudor de la frente con una ligula de cebada, cuya frescura le produce cierto alivio.*)

—Todo llegará... si logras salir indemne del próximo combate. Todavía no me has dicho cuándo empiezan la ofensiva contra nosotros, que, afortunadamente, se viene retrasando.

—Es cuestión de tres o cuatro días. Ya tienen preparada una regular provisión de gasolina, que esperan acrecentar con el producto de algunos sablazos. He presenciado hoy precisamente cómo una comisión de lugareños abordaba a un lidiador (que iba de paso), y tras de felicitarle por no sé qué

oreja metálica, le han sacado 50 pesetas, aflojadas de muy mala gana por cierto. Una escena típicamente española.

—Nosotros sí que constituiríamos algo ranciamente español y castizo. Tenemos forzosamente que reconocer que dentro de la brutalidad asignable al hombre, el español es hospitalario, tolerante y generoso. Se alarma un tanto cuando ve un aumento considerable en nuestro número; pero en seguida se limita, si acaso, a cortar los vuelos a nuestro egoísmo, y las estadísticas demuestran que desde 1843 la población langosteril es sensiblemente igual a través de los años.

—Yo he oído decir que sacan poco partido de la campaña de invierno.

—¡Poquísimo! Los Ayuntamientos comunican a los propietarios la necesidad de practicar una labor ligera en estas y aquellas fincas, en las que se vió aovar a las madres y en donde se supone—por lo querencioso del sitio—que pueda haber canutos, o en donde picotean demasiado insistentes las chovas.

—¡Mal tiro las den!

—Por lo común, no le marcan sitio o paraje, sino que le dicen “que tiene que labrar dos fanegas en la finca X...”, magnífico pastizal de 647 p. e., y entonces el dueño—;ancha es Castilla!—manda a sus criados que con el escarificador del Municipio den una labor ¡muy ligera!, “en donde no haga mucho daño”, y el resultado es hacer cosquillas a un calvero o a las lindes... y si en vez de las dos fanegas se labran una y media... mejor.

—No creas que estoy muy enterado de los perjuicios que nos causa esa labor...

—Porque eres, al fin y al cabo, un pollo de la postguerra, más preocupado del sport que de las aulas.

—Y tú una jovencita del día, que está más cerca de las enciclopedias que de la economía del hogar.

—Lo cual me permite ahora explicarte que si el canuto se mueve de su posición inicial, queda para siempre sin avi-

vase. Algo parecido a lo que ocurre en las pájaras que “aburren” el nido si advierten que alguien ha tocado los huevos.

—¡Bah! Peor es el achicharren colectivo o el aplastamiento de los mosquitos en “tortas”.

—Pero ello no malogra la ilusión con que muere una madre satisfecha de asegurar antes la supervivencia de la especie.

—Lirismos, lirismos...

—No creo... Serían francamente extemporáneos en estos momentos, cuando nos aguarda la persecución del hombre que, valiéndose de nuestra costumbre de saltar en la misma dirección...

—¡Fatalismo odioso!

—Nos hará caer en la consabida zanja formada por los dos pases de Brabant, o detenernos ante las “trochas” de zinc, nos regará con la abominable gasolina y...

—¡Calla, calla! Tanto hablar de ese líquido... “camp-sa”. En cambio, ¿qué podríamos hacer para salvar la epidermis?

—Yo me refugiaré en un latifundio; tengo oído decir que mientras exista esta hermosa institución, no desaparecemos jamás. Porque de nada vale que todos los propietarios, menos uno, se esfuercen en combabirnarnos si ese uno representa una extensión tan considerable que hace desistir de todos los tratamientos. Según he leído en la Prensa avanzada, decir “latifundio” es decir “obstáculo”: al desenvolvimiento natural de las leyes sociales, al progreso agrícola, a la prosperidad y felicidad del país. Me imagino a don Latifundio—no obstante su preclaro abolengo conservador—como un furioso diputado de la extrema izquierda, que a todo se opone sistemáticamente.

—¿Estaremos cerca de alguna de esas posesiones?

—Sin duda. Por la mucha importancia que se les concede, han de ser abundantísimas.

—Yo aún no he decidido...

—Que haya salud, que es lo principal. Lo peor sería que bajo la sabia dirección del hombre—¡oh el hombre!—nos viésemos atacados por alguna terrible enfermedad infecciosa como las producidas por el “Empusa grilli” o el “Cocobacillus acridiorum”, o combatidos por esos dichosos mosquitos: Splex, Antrax.

—O que un exceso de glotonería nos llevase a morir envenenados con los arseniatos.

—O con la mezcla de alquitrán con sal y salvado, esparcida muy de mañana.

—Pero aquí, en España...

—Poco, poco. Este es un país encantador... según me decía días pasados el microbio de la glosopeda, que aun es desconocido para el hombre.

—Por muchos años.

—Tampoco nosotros nos ponemos demasiado pelmas. Somos buenas personas. Nada de nublar el sol, ni de hacer patinar los trenes, ni de llegar a ser una calamidad verdadera. Cada hembra se da por muy satisfecha con poner de 25 a 40 huevos. Por metro cuadrado se cuentan, a lo más, 100 canutos, 2.900 menos que en Persia.

—El guayabo de treinta y tantos días se expresa con la erudición del más arteriosclerósico académico. ¡Qué pena!

—Gracias, joven imberbe... y pecera. ¡Escucha...! Las cañas se agitan. Algún animal grande se acerca.

—Sí, un cazador.

—¡Cómo atropella el sembrado! Olvida o desconoce el esfuerzo y la lucha que esta prometadora cebada supone. El método con que el embrión ha de alimentarse del albumen; el momento difícil de la nascencia; la lucha contra los rigores hasta alcanzar las cuatro hojitas; el hambre de fosfatos; la inútil búsqueda de materia orgánica y la sed, la terrible sed...

—¿Será este tío un dueño de latifundio?

—¡ Chits! Un niño se acerca. Precaución, precaución. Astucia.

—¡ Destreza... y cultura física!

(El saltón justifica su nombre con un salto magnífico; pero, de pronto, se ve envuelto en densa oscuridad: las alas del sombrero del niño—¡qué vuelo tan precioso, o tan preciso!—le protegen ya. Y el segundo calabozo es más estrecho aun; se trata de una caja de cerillas. En el transbordo, todavía tiene tiempo de exclamar: “Adiós, amiguita; allí nos veremos... yo voy en taxi de 0,40.” Pero hacia donde camina es a la muerte, tras refinados suplicios dignos de la crueldad infantil.

Ella supo esconderse tras anchuroso limbo, y, pasado el peligro, salta, sin prisas, en busca del latifundio acogedor. Mucho me temo que le suceda lo que a algunos amigos míos que despotrican contra tan noble institución, sin haber llegado nunca a encontrarla.

...Y, una vez desaparecidos del escenario el galán y la dama, yo creo, señores tramoyistas, que se puede bajar el telón.)



LA PULGA DE BENITO

(La escena representa una parcela de dos hectáreas, sembrada de remolacha, que está empezando a nacer. Al levantarse el telón, se escucha un ruido estrepitoso, que va perdiendo, poco o poco, intensidad. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.)

—¡Ay, mísera de mí! ¡Ay, infelice!

—¿Quién se lamenta por ahí, tan a lo clásico?

—Casi nadie: una pulguilla que, de milagro, aun vive

—¡Bah, bah! De poco te quejas. Ya verás lo que te aguarda si no cambias de careo. *(Entrando en escena.)*
Buenos días, jovencita.

—Encantada de conocerla, señora. A lo que veo, también es usted de mi familia.

—Sí, hija. Tan crisomélida y tan coleóptera soy como tú. Y llevo el mismo precioso apodo de “*Chaetocnema tibialis*”.

—Algo daría yo por echarme a la cara al sabio que lo inventó.

—Para ponerle *tibialis*, ¿verdad?

—A lo menos para decirle: “Quien me puso *Chaetocnema*, no me supo poner nombre.”

—Te diría que eso es salir por peteneras...

—¡Con lo expresiva que es la palabra pulga!

—Algunos dicen que es cosa *rebuscada*.

—Todo el mundo abusa de nosotras...

—Oye; a propósito, ¿cómo te encuentras tú en este campo?

—Pues, verá usted... Yo he venido sin tener que ve-



Pulverización con arsenicales.

nir... Yo estaba ahí, ahí mismito, pero del todo ajena a penetrar... Y de pronto..., no sé..., una racha de aire..., o lo que sea..., pues me ha traído aquí... Pero no quería venir... Y el caso es que estaba ahí, ahí mismo..., sobre unos ceñilgos o salicornias, no estoy muy segura... Y aunque yo no pensaba venir, pues... como estaba ahí..., porque esto es bien cierto..., estaba ahí, ahí al lado... Ahí mismo... ¡Pero no quería venir!

—¡No sabía yo que estaba hablando con el Roberto Font de las pulgas!

—Yo no pensaba venir... Mas alguien me empujó y me

puse a comer de esta hierba, que está muy sabrosita, aunque, ya digo, yo no tenía que venir...

—¿Quieres recibo?

—Perdóneme, doña Pulga. Pero es que no coordino todavía. El susto ha sido mayúsculo. No sé qué es lo que ha pasado por mí. No había hecho más que entrar y ponerme a tirar unos bocaditos, cuando, precedida de un ruido espantoso, ha pasado por aquí..., por aquí mismito, una cosa enorme, gigantesca... ¿Máquina? ¿Animal?

—De todo un poco. Ha pasado el rulo. Máquina, una. Animales, tres: dos bueyés y el amo.

—¡Valiente modo de divertirse!

—No te columpies, pequeña. Benito trata, con su rulo, no de divertirse sino de combatirnos, que no es la misma cosa.

—No creo que el sistema sea muy eficaz, aparte de las grandes molestias que origina. Yo creí haberme quedado sorda para el resto de mi existencia.

—Indudablemente que nuestro poderoso enemigo pone demasiada fe en su sistema, pero no cometamos la candidez de reputarle enteramente inocuo. Sus efectos, quizá no sean momentáneos, pero, a la larga, son considerables. Porque, delante del artefacto, nuestras parientes saltan alegres y confiadas, ya que un poco de deporte resulta marcadamente saludable.

—Siempre se ha dicho...

—Cállate el latinajo; acostúmbrate a discurrir por tu cuenta.

—Iba a decir simplemente que es muy sano "hacer tibiás".

—Pero pasa un cuarto de hora..., y media hora..., y dos horas..., y lo que empezó en gimnasia acaba en fatiga, en neurastenia, en un suplicio atroz. Como, por otra parte, no se puede comer, por no darnos treguas para ello, sobreviene la anemia, la tuberculosis, la tisis galopante. No es la

muerte propiamente dicha, pero es la predisposición a una enfermedad mortal.

—Por su boca, doña Pulga, habla la experiencia solemnemente.

—Hazme caso, Pulguilla, y, por de pronto..., ¡vete de aquí! Vuelve a tus ceñilgos, a tus armuelles... Vivirás tranquila, yo te lo fío.

—El caso es que esta plantita..., ¡está tan buena!

—Esta plantita se llama remolacha.

—No me extraña que Benito quiera comérsela él solo.

—Benito la cultiva para aprovechar su raíz.

—Entonces..., ¿por qué no nos deja alimentarnos de las hojas?

—¿Sabes que estás fuerte en Botánica?

—No creo que sea una de mis especialidades... En todo caso, estos agujerines de tres milímetros de diámetro, que hacemos formando un artístico caladito, poco pueden perjudicar a la vegetación.

—Te equivocas de medio a medio o, si lo prefieres, diré que se te han visto las antenas... La remolacha tiene una nascencia lenta, perezosa, difícil. Es como un ejército de costosa movilización, sobre el cual el enemigo—en este caso, nosotras—puede causar gran estrago en los primeros momentos, a favor de esa contingencia. Luego, ya no hay caso. Por ello, cuando la parcela ha nacido del todo y por igual, el agricultor respira y le parece que ya está entregando a la fábrica, a razón de 35 toneladas por hectárea.

—Deduzco de su razonamiento que, en algunos casos, a las pobrecitas pulgas se les ha achacado el fracaso del cultivo.

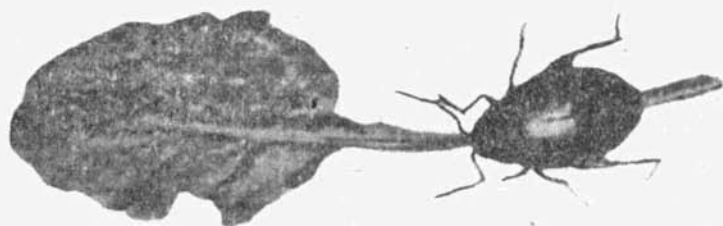
—Hazte cuenta de que acabas de descubrir el Mediterráneo. Nosotras roemos la hoja por el envés, aunque dejamos intacta la epidermis del haz o cara superior, por un caso de conciencia parecido al de Micifuz y Zapirón, cuando resolvieron no comerse el asador. Pero, en definitiva, ese



trocito de epidermis se seca y se consuma la perforación. Tú dices que las lesiones forman caladitos, pero mejor estaría advertir que las hojas más tiernas quedan acribilladas, estorbándose la función vital que desempeñan en esos primeros días. Esto sin contar con que se abre un portillo de importancia para el ataque de los hongos. Mira, sin ir más lejos, Benito López, el dueño de esta parcela, hace tres años tuvo que levantarla de nuevo, por quedarse sin planta, ante el feroz ataque de nuestras congéneres que, apostadas estratégicamente, cazaban a la espera: hoja que aparecía, hoja que se merendaban.

—Entonces no me extraña que Benito esté con la pulga en la oreja.

—¡No tienes idea! Claro está que en aquel año, por no



Composición de la hoja de remolacha y la pulguilla (afortunadamente, el insecto es mucho más pequeño).

tener la tierra en condiciones o por escatimar semilla, la planta no nacía de buena forma, y ya se sabe que a “remolacha flaca, todo son pulgas”.

—Dicen que como mejor se aprende es perdiendo...

—Sí, hija, sí. Por eso Benito se ha pasado toda esta semana encorvado sobre su campo, para ver si descubría algún *insecto*, como él pronuncia. Durante varios días, yo, como único habitante, he podido pasarle inadvertida, a fuerza de contener incluso la respiración. Pero ayer, ante el temor de que me pusiese encima una de sus botazas, di un saltito y, al punto, le oí decir: “Mañana comienzan las hostilidades: ¡Guerra a muerte al invasor!”

—¿Estaba usted sola, efectivamente?

—Más que un ascomiceto. A este hombre sin entrañas le teme todá la pulguil población de los contornos.

—Pues como yo también soy valiente, quiero unir mi suerte con la suya.

—¡Quita allá, locuela! Yo soy vieja y mi vida vale bien poco. Además, estoy estudiando las costumbres de los hombres, lo mismo que ellos estudian las nuestras, y tengo casi concluída mi información.

—¿Cuáles son los medios de que se valen contra nosotras, aparte del truquito del rulo?

—Adelantar la siembra todo lo posible.

—No comprendo...

—Pues está bien claro. Tiene eso por objeto lograr que, cuando nos presentemos, se encuentre la planta ya desarrollada; es decir, menos apetitosa, por un lado, y más fuerte, por otro.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que suceda algo parecido al conocido caso de que con el mismo alfiler se mata a una mosca y apenas se hacen cosquillas al elefante. Esta frase hecha, supongo que formará parte de tu repertorio.

—No, no, señora; aunque reconozco que está bien traída.

—Hay otros dos procedimientos de defender la joven planta de nuestros ataques, que, en realidad, no difieren del anterior, pues se reducen a ganar tiempo. Antes dijimos que el truco estaba en sembrar temprano, pues al mismo punto se llega apresurando la nascencia o activando la vegetación.

—Algo me estoy figurando respecto a lo último, pero... ¿cómo puede el hombre hacer que la remolacha asome pronto la nariz?

—Muy sencillamente. Cargando un poco la mano en la semilla, al revés de lo que suelen hacer, en general, los labradores, sin fijarse en que esas pocas pesetas que, aparente-



mente, se gastan demás, es el dinero mejor invertido... Ya sé lo que estás pensando, pulguilla. Dilo sin miedo.

—Pensaba que la unión hace la fuerza.

—¡Maravilloso! Pues sí, hija mía. El tallito de la remolacha tiene muy poquita fuerza y le cuesta trabajo romper la mucha o poca resistencia que le ofrece la costra del terreno. En cambio, si se juntan varios, entre todos consiguen antes su objeto. Es algo parecido al caso de un niño que se ha quedado encerrado en una cueva y no puede levantar la tapa que cierra la salida. Si estuviera con él algún hermanito, le ayudaría a salir con toda eficacia.

—Por tal dificultad, sin duda, yo he oído decir que esta semilla ha de quedar enterrada someramente, hasta el punto de que, una vez en el terreno, debe la remolacha ver al dueño marcharse a casa.

—Sí, hija, sí. Dicen los tratadistas que se debe poner a tres centímetros de hondura y, naturalmente, tanto menos cuanto más tenaz sea la tierra.

—Resumiendo: Que el hombre, por miedo a nosotras, siembra pronto, espeso y somero y adelanta el desarrollo con unos puñaditos de nitrato. Ahora que este año... ¡no hablar del peluquín!

—Te aseguro que Benito tiene nitrato, al menos para este menester. No me preguntes cómo lo ha adquirido; pero verás cómo dentro de pocos días lo está tirando.

—De todos modos, si no existen otros procedimientos de combatirnos, yo me siento bastante tranquila.

—¡Pues no han de existir, tonta! Existe el veneno, el temible arseniato—¡maldito sea el que lo inventó!—, que se emplea en pulverizaciones.

—Esto ya es más grave. No me gusta, no me gusta.

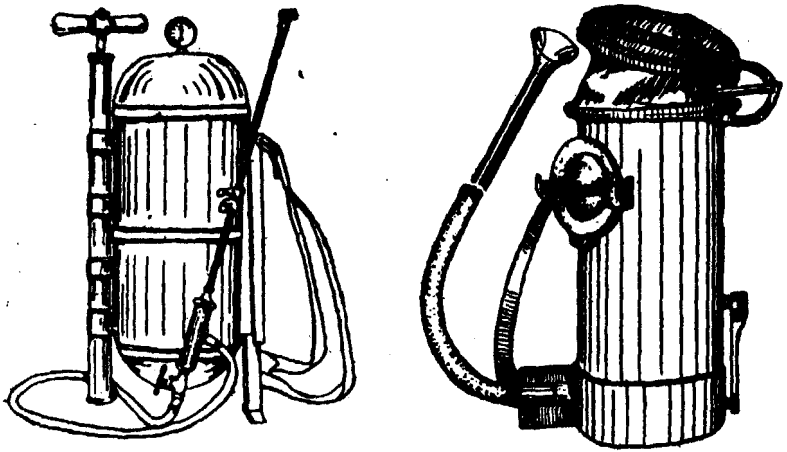
—¡Calcula! Y menos mal que, como la planta está chiquitita y creciendo, es muy difícil de mojar, y el tratamiento tiene que repetirse casi un día sí y otro no durante la decena peligrosa, lo cual supone engorro, carestía y poca efi-



cacia, pues cuando nuestro enemigo se retira tan satisfecho, después de vaciar su cacharro, es evidente que siempre queda una zonita sin manchar, o una hojita nueva en donde se puede pastar impunemente, aunque nunca falte una compañera más confiada, o más ignorante, que sucumba víctima de su glotonería o del desconocimiento de la historia de los Borgias.

—Se me está poniendo la carne de gallina.

—Pues todavía hay otra cosa peor para nosotras, por-



Estas son las principales armas de que se vale Benito para luchar contra la pulga.

que equivale a ir al bulto por las buenas. Es envolvernos en una nubecilla de arseniato de calcio, en forma pulverulenta, del 14 por 100 de As_2O_5 , por mal nombre anhídrido arsenioso, o de polvo nicotinado, del 3 por 100 de riqueza, también finísimo y atentísimo.

—¿Gases? ¡Eso no debía estar permitido!

—El efecto es tan fulminante, que se ve materialmente sucumbir a nuestras compañeras. Es la única vez que hincan el pico con beneplácito del “Homo sapiens”, el cual, provisto de su espolvoreador de mochila, dotado de una manguera más larga que la corriente, rodea a las plantitas de

una atmósfera deletérea con toda facilidad, con poco gasto de insecticida y sin posible escape para las pobres pulgas, que están concentradas en las casi geométricas líneas de la siembra, ya que entonces en las parcelas, muy trabajadas, no suele haber ni una brizna. La mortandad es tan fuerte, que a veces basta un tratamiento para salvar la cosecha.

—¿Con un tratamiento? Entonces eso es... *excelentísimo*.

—Siento haber tenido que contar este cuento de miedo, pero era necesario prevenirte. Ahora ya estás enterada de todo, pues no merece la pena hablar de que, si se cultiva la remolacha por trasplante, se pueden también sumergir las plantitas, al tiempo de ponerlas de asiento, en una suspensión de arseniato de plomo al 1/2 por 100. Esto del trasplante está pasado de moda, y por cierto que una de las razones de su existencia era concentrar al enemigo—quiero decir a nosotras—para batirle más fácilmente. Así, pues, hija mía, si has prestado atención, ya sabrás a qué atenerte, pues estos y no otros, por ahora, son los medios con que se nos puede atacar principalmente.

—Y Benito... ¿desarrolla todo el programa?

—Enterito, hija mía. Por eso yo te doy un buen consejo: que te retires de aquí. La pulga que permanece en esta parcela tiene pena de la vida. Es preferible que te vuelvas a tus plantas silvestres; acaso comerás peor, pero disfrutarás de vida tranquila. En todo caso, vete a un remolachar de un agricultor más tolerante que éste.

—Y usted..., ¿por qué no me acompaña? Me da miedo dejarla sola en las astas del toro.

—¡Bah! Yo ya tengo el colmillo retorcido y me sé defender. Ante el rulo, hago regates. Huelo el arseniato y, si tocan a echar gases, me meto en una fisurita del terreno, que es como bajar al refugio.

—Yo puedo hacer lo propio.

—¿Para qué? En todo ello hay bastante exposición. No

te olvides de que yo, si me quedo, es por acabar mi “rapport”.

—¡Doña Pulga, eso de “rapport” es muy cursi!

—¡Niña, más respeto!

—¿Oye usted?

—No es nada. El rodillo, que regresa.

—¡Qué fastidio! Comprendo que es una cosa tonta, pero me pone frenética.

—¡Es la guerra de nervios!!

(Pasan Benito, sus bueyes y su rulo. Doña Pulga salta de lado y queda a retaguardia en seguida. Pulguilla brinca por delante una vez y otra vez.)

—¡Pulguilla! ¡Echate a un lado! ¡Sal de la trayectoria!... ¡¡Pulguilla!!... Adiós, muchacha... ¿Cómo era aquello? Ah, sí... “Juventud, divino tesoro, que ya te fuiste para no volver... Cuando quiero llorar, no lloro y a veces lloro sin querer.” *(Se ríe, la muy pícaro.)* Ea, ya que me he quedado otra vez sola, es decir, a mis anchas, aprovechemos para almorzar. ¡Qué tiernecita está la hoja!... ¡Pobre Pulguilla! Yo traté de aconsejarla, pero no me hizo caso...

(El sol placentero de las once de la mañana arranca reflejos bronceados al vestido de raso, entre gris y negro, de la ovalada doña Pulga, que con sus medias pardas, de talón amarillo y las dos plumas de su sombrero, que empiezan en amarillo y acaban en rojo, se destaca fácilmente de la hoja que le sirve de soporte y de mesa puesta. Cae lentamente el telón.)



¡VAYA USTED CON DIOS, SEÑOR NITROGENO!

Ha sido esta tarde. Yo, el primer sorprendido. Vosotros lo vais a ser a continuación. Os pido perdón por lo que esta narración pueda tener de inmodestia. Comprendo perfectamente que yo no merezco ser espectador de sucesos fantásticos. Y, sin embargo...

* * *

Para hacerme unas preguntas, venía rogándome hace tiempo mi entrañable amigo Patricio del Campo que fuese a su finca. Yo no tenía gran empeño en acudir, porque Patricio hace lo que las viudas: pedir consejo a todo el mundo, para acabar ejecutando lo que de antemano se propusiera. Pero ayer tuve una especie de corazonada y, con pretexto de hacer honor a este fugaz veranillo, le avisé para que echase una jícara más de garbanzos, y hoy caí por sus propiedades un par de horas antes de comer, procediendo así con cierto disimulo. Habiendo ya hablado de la mar y de los peces, y para hacer la digestión con cierto sosiego—hemos comido como buitres—decidimos sentarnos en una solanita, al

resguardo de una tapia y no lejos de uno de los pocos árboles que todavía existen en la finca.

Desde allí contemplábamos un gran montón de estiércol, que se aureolaba con unos vapores azulinos, mientras en él picoteaban gozosas las gallinas, se revolcaban los epicúreos cerditos y escarbaba un chucho con aficiones arqueológicas. Un detalle importante: a trechos verdegueaba la masa intensamente, pues los granos de cebada habían germinado después de su peligroso “raid” por el tubo digestivo y se burlaban ahora de la mula... y del dueño.

Hacia un extraño calor. A la imaginación se me venían aquellos versos famosos: “¡Qué flojera, qué flojera!— ¡Qué pesada soñarrera!— ¡Qué enerwante borrachera— de pereza los sentidos narcotiza...!” y fuera por sugestión o sencillamente por desequilibrio de las funciones digestiva, circulatoria y respiratoria (origen de la cabezadita), es el caso que cada párpado me pesaba una arroba.

Patricio, por su parte, había al aire dado un par de bostezos sonoros, cuando me dijo, riéndose:

—Parece que fuma el estiércol.

—Bien lamentable es que en los estercoleros no pongamos un letrero que diga: “Se prohíbe fumar.”

El soltó una risotada, creyendo así darme a entender que me había entendido. De pronto, se puso repentinamente serio para preguntar:

—¿Usted cree en brujas?

Y le dije:

—Yo, no; pero las hay.

—Mire, mire.

Mi sorpresa fué extraordinaria. El humo había tomado vagamente la forma de dos fantasmas en traje de faena: los contornos imprecisos, larguísimas mangas y calada la capucha.

—¡Parecen dos ánimas en pena!

—Hasta hablan y todo, aunque muy bajito. Escuchemos.

Y el diálogo de las apariciones, con los pies hundidos todavía en el inontón, fué, poco más o menos, el siguiente:

(A Patricio, aunque no me lo confesó después, le sobrevenían escalofríos, castañeteaban sus dientes, le temblaba el pulso y sufría, en fin, todos los fenómenos de rigor. Yo estaba más sereno, aunque no mucho.)

—¿Insistes en marcharte?

—Desde luego.

—Pues aguarda, que yo también me voy.

—Por mí, puedes quedarte.

—¿Y quién habrá de agradecermelo? Ahora bien: conste que nuestra sociedad se rompe por tu culpa.

—No, por culpa del labrador.

Patricio iba a balbucir una excusa, pero yo le atajé.

—No tengas miedo, hombre. Son gente de paz. El primero que se marchó es D. Anhídrido Carbónico, huésped molesto de las bodegas... ¡En plena atmósfera es inofensivo! El otro es el Sr. Nitrógeno.

—¿De veras? ¡Siempre está usted con ganas de broma!

—¿No has oído hablar nunca de él? ¡Debí de suponérmelo! Pues te le voy a presentar ahora mismo... ¡Eh, buen amigo! ¿A dónde se camina?

—¿Quién me llama?—respondió con naturalidad la aparición.

—Aquí, un antiguo conocido.

Instantáneamente traspuso el medio centenar de metros que nos separaba del muladar. Le presenté a mi acompañante, el cual para empezar le dedicó una mentira de grueso calibre: que estaba deseoso de conocerle. Y tras este... desahogo, vino un cumplido formidable: podía quedarse allí todo el tiempo que quisiera, ya que, al parecer, no se iba de buen grado.

—Amigo mío—le contestó con su característico despe-

go—, menos decir y más hacer... Tus animales te fabrican abono orgánico perfecta y gratuitamente. No solamente tu deber, sino tu conveniencia, está en concederle el debido aprecio.

—Así lo hago.

—¡Embustero! ¿Es que por ventura no sé yo cómo es el piso de tus establos y cuadras? ¿Puedes decirme de qué material está construido tu estercolero?

—El suelo de esas dependencias es muy decentito. Está formado por gorriones sentados en barro.

—Pues puedes decir que los levanten y echarlos de allí... por muy *gorrones* que sean. La razón es obvia. Entre los mil canalillos que dejan, corren los orines libres, felices e independientes. En el mejor de los casos, se van en pura pérdida. Quizás filtrándose, filtrándose, acaban por engrosar el caudal de tu pozo, cuyas aguas, por cierto, tienen fama de ser buenísimas, dicho sea entre paréntesis... ¿Con qué derecho desprecias tú esas sustancias líquidas que serían provechosas en alto grado para tus esquilgadas tierras? ¿Tan sobrado andas de materia orgánica? Sin contar con que, renunciando a esas deyecciones, se pierde, además, la oportunidad enorme de regar con ellas el estiércol, cuando se queda seco en demasía.

—¿Tan ricas son esas aguas menores?

—Según análisis repetidos, el orín del ganado vacuno contiene 5,7 por 1.000 de nitrógeno total en varias formas; 8,8 de potasa y sólo indicios de ácido fosfórico. Ahora bien, partiendo del precio de 63 pesetas para un sulfato amónico del 20 por 100 de riqueza, el grado valdrá veinte veces menos y los 5,7 representarán un valor de 17,95, suponiendo, para más sencillez, que todo el nitrógeno fuera amoniacal.

De una madera parecida, podemos calcular que los 8,8 grados de potasa valen 7,55, o sea para el conjunto de ambos 25,50 por cada 1.000 litros; luego, si al año una vaca produce tres metros cúbicos, perderíamos teóricamente 76,50

pesetas, solamente por este defecto y prescindiendo del que se consigue al regar con dichos líquidos el estiércol, de más difícil evaluación, pero de mayor importancia.

—Ya lo has oído. Como tus animales pasan de la veintena, pierdes más de 1.500 pesetas al año por no recoger esos orines.

—¿Y quién es capaz de recogerlos?

—¡Si se recluyen ellos solitos! Tú lo que tienes que hacer es darles facilidades para que se constituyan en prisión voluntaria, bien ofreciéndoles, para que la empapen, abundancia de paja en la cama, o bien disponiendo un pavimento continuo e impermeable, que suavemente les obligue, mediante estudiados desniveles, a penetrar en las regueras, las cuales, inevitablemente, les conducirán a la fosa del purín.

—Pero en esa fosa continuarán las pérdidas.

—¡No, señor! En primer lugar, las paredes impiden la filtración, y, en segundo término, la fermentación activa forma una especie de atmósfera de anhídrido carbónico, que sirve de cubierta protectora.

(Al llegar el diálogo a este punto, yo me creí en el caso de echar mi cuarto a espadas. Veía a mi amigo notoriamente escamado. Y se explica, porque si siempre es desagradable que nos tomen el pelo, lo es mucho más cuando—en vez asustar, como es su obligación—nos lo toma un fantasma.)

—Mira, Patricio; todo lo que te dice este señor es cierto. Tú no has estudiado química... ¡mejor para ti!... Pero debes creernos si te decimos que, bajo la acción de ciertos microbios, el ácido úrico, el hipúrico, la urea y otros cuerpos contenidos en la orina, se transforman en una razón social llamada "El Carbonato de Amonio", en la cual el socio industrial es el ácido carbónico y de capitalista actúa este ser fantástico que aquí vemos, el señor Nitrógeno, en figura de amoníaco. La operación tiene lugar aun a baja temperatura; sin embargo, si ésta rondara los 25°, entonces es rapidísima y empieza poco después de la emisión de orines...

¡Ojalá durase esta Sociedad! Pero está compuesta de dos personas de poco aguante y en seguida se va el gas carbónico, y a continuación, por no quererse quedar solo, el amoníaco. Ahora bien, si hubiera posibilidad de rodear, precisamente de gas carbónico, la masa de fermentación, el carbonato no se descompondría.

Patricio contestó:

—Pues mire, ahora que habla usted de eso, yo recuerdo haber dicho mil veces en la cuadra: ¡huele a amoníaco!

Intervino nuevamente el fantasma:

—Cuando te vuelva a ocurrir, échate mano a la cartera, porque te están robando lo que es tuyo. Hay una experiencia muy bonita sobre el particular. Se siembran dos tiestos con trigo, por ejemplo. Cuando el forraje tiene unos cuatro dedos de altura, se corta el de ambos, por igual, con unas tijeras. A uno de ellos se hacen llegar, mediante un tubo acodado, que entra hasta el fondo, los vapores que despiden un frasco bien tapado conteniendo estiércol fresco, al cual, gracias a la corriente que produce un fuelle, se le pone en condiciones normales. La planta que recibe este beneficio, bien pronto se destaca de la otra, sobre todo si la tierra de que se llenó el tiesto es pobre en compuestos nitrogenados.

—Esa *probatura* la voy a hacer yo en la botica de mi tío, y si da resultado habrá que ir pensando en poner en práctica lo que usted me ha referido.

—Por lo que respecta a las materias líquidas, no insisto más; pero con referencia a las sólidas, debo añadir que es imprescindible sacar de los alojamientos las camas sucias y las deyecciones, a medida que se producen, en donde hay un cuadrero por la importancia de la explotación, y si no una o dos veces al día, y amontonarlas cuidadosamente en una plataforma "ad hoc", que es el estercolero propiamente dicho. El estiércol bien amontonado pierde al año el 30 por 100 de nitrógeno. Si está en capa delgada y de cualquier modo, la pérdida será más del doble. Desde que aparece hasta que

se entierra, está en continua transformación, o sea fermentando. Debieras preocuparte, pues, de conducir esta fermentación del modo más favorable a los propios intereses.

—Ya lo hago, en la medida de mis escasas fuerzas.

—¡Mentira! Empiezas por casi no echar cama a los pobres animales, con lo cual no solamente les privas de comodidad y abrigo, sino que no hay posibilidad de recoger los líquidos que segregan.

—Cuando les apiensa el criado, zarandea la paja y echa al suelo los granzones.

—Es que si los tirase contra el techo o las paredes caerían también al suelo. Debieras destinar para esos fines unos cuatro kilos de paja por cabeza mayor y día.

—¡Mal negocio! ¡Con lo cara que está!

—Nadie ignora que, cuando das un *escobazo*, la basura queda simplemente arrinconada en un extremo del establo, de donde se saca a ratos perdidos, cada ocho o diez días. Y como es un medio tan a propósito—por no incurrir en chiste al decir tan abonado—para los microbios de todas clases, en cuanto enferma una res se convierte el local en un formidable foco de infección y salen con el mal todos los bichos a un tiempo, lo cual seguramente te parece una ventaja.

—¡Pero, Patricio...!

—Lo que dice este señor es muy fácil de decir; pero yo le quería ver en mi caso, o mejor dicho, en mi casa, en donde todo ha de hacerse con economía.

—Ahí te esperaba yo. La palabra economía tiene dos significados. Según tú, es gastar poco. Según nosotros, es gastar bien. Hay quien persigue afanoso el céntimo y no ve que se le escapa el duro, sin notarlo. No falta quien cree, de buena fe, que gasto es sólo lo que materialmente sale del bolsillo. ¡Mucho cuidado, amigo, con los gastos e ingresos invisibles! Ellos son los imponderables, que decidirán el resultado a última hora... ¿Por ventura el tener un estercolero decente es un lujo? ¿O eres tú de los que piensan—con-

cediéndonos patente de tontos—que el consejo a los agricultores se da siempre olvidándose de lo que cuestan las cosas?

—Vamos a ver si nos entendemos... Explíqueme usted lo que es un estercolero decente... ¡El mío—por lo visto—es una indecencia!

—¡Sí, señor! ¡Como que no es tal estercolero! Bastaría con hacer una excavación, si el terreno es llano, o aprovechar algún desnivel y revestir las paredes y el fondo de un material impermeable y que pueda resistir, en todo caso, el empuje de las tierras. Ninguno mejor que el hormigón, que ya se va generalizando en el campo. El fondo tendrá una o varias pendientes para recoger los líquidos que escurra el montón y las aguas de lluvia en un pocillo, llamado clásicamente la fosa del purín, de la cual serán extraídos, por ejemplo, de quince en quince días, para regar la masa en fermentación.

—La situación—en lo posible—debe ser: cerca de los establos; lejos de las viviendas; protegido por árboles y, de tal manera emplazado, que los vientos dominantes no nos traigan a las narices los delicados aromas en esos días en que el montón huele que alimenta. Las dimensiones se calculan sabiendo que, según observaciones del inolvidable D. José Cascón, cada 1.000 kilos de peso vivo de ganado vacuno producen al año 19.196 kilos de estiércol, teniendo en cuenta que para cama se habían destinado 4.046 kilos de paja. En ganado caballar, las cifras resultaron ser 17.114 y 3.304, respectivamente.

El peso del metro cúbico oscila alrededor de los 800 kilos, y el montón no debe rebasar el metro y medio de altura. La superficie obtenida, en virtud de lo anterior, puede acortarse partiendo de una longitud convencional y fraccionando el ancho resultante en eras de seis metros, como máximo, para facilitar la carga y descarga, operaciones muy costosas si no se estudia bien el problema de los accesos.

El estiércol debe estar siempre húmedo y recubierto de tierra o paja—después de apisonarle—para dificultar la desecación.

—¿Hay ventaja en removerle mucho?

—Las vueltas que se dan a tal materia son peligrosas en extremo, cuando no francamente perjudiciales. No deben darse por sistema, sino cuando realmente sean precisas para activar o regular la fermentación, cortando verticalmente la masa para rehacer en sitio inmediato el montón y aprovechando días húmedos y sin viento.

Aludido Eolo con esas palabras, envió un ligero remusguillo estremecedor. Cuando quisimos darnos cuenta, la aparición había desaparecido de nuestro lado. Aun me pareció distinguir a lo lejos al viajero infatigable diciéndonos adiós...

Nos pusimos en pie con rumbo a la tartana que había de llevarme a la Estación. Caminábamos silenciosos, cada cual rumiando sus propios pensamientos.

—Este señor Nitrógeno no debe parar en ningún sitio.

—Sí, es un poco hurón. Tiene pocos amigos. Por cierto, que los sabios antiguos le pusieron de nombre ázoe, que quiere decir privador de vida, cuando sin él la vida sería de todo punto imposible... ¿Qué te parece, Patricio?

—No me extraña nada.—Y bajando la voz, para no ser oído de unos grajos, me confesó—. No me fío de los sabios ¡ni un pelo!



UN SILO "PROPIO PARA FAMILIAS"

"Esto, Inés, ello se alaba;
no es menester alaballo..."

—¡Otra vez lloviendo! Nos vamos a volver ranas.

—¿Tendrá alguna influencia en este derroche pluviométrico la política *pantanos*a que impera—perdón—en Obras públicas?

—De ningún modo. Es que este año ha llovido el día de la Ascensión, y dice el refrán: "Lluvia en la Ascensión, cuarenta días de agua son."

—Y vosotros, los ganaderos, satisfechísimos, pues va a salir hierba hasta en los tejados.

—No creas... Tenía que haber llovido un mes antes. Este agua es "agua pasada", que más bien nos perjudica. porque estamos en plena henificación; y no sólo se sufre el retraso consiguiente a cada mojadura, sino que la hierba queda deslavazada, pierde la esencia, toma mal color y sólo alimenta como la paja, poco más o menos.

—Inconvenientes de obedecer ciegamente las prácticas inveteradas. Debíais ensilar siquiera la mitad de los cortes.

Yo soy un partidario decidido del ensilaje, sobre todo desde que una vez vi administrar una hierba ensilada, tan apetitosa por su aroma, tan sugestiva por el color, tan atrayente en su aspecto, que, francamente, sentí no ser uno de los becerros para quienes la esparcían. Tú, por lo visto, opinas de otro modo.

—¡Hombre... te diré! No siento la menor envidia hacia los bovinos. En cuanto al procedimiento de conservación, reconozco de buen grado que con el ensilaje se llega a un producto más parecido a la hierba natural; no se requiere tanta mano de obra para la transformación; se disminuye el riesgo del incendio; el alimento gana en digestibilidad y es más apetecido, pero... no deja de presentar dificultades su vigilante preparación y existe la *pega* del silo.

—¿Qué pega?

—Los extremos se tocan. Para los silos es apropiada la frase de *tot o res*, que tanto se transcribe ahora, pues o te hablan de silos perfectísimos, verticales, metálicos, que huelen a película americana (y hay que decir: ¡allá películas!), o te recomiendan el silo en tierra; se abre la zanjita, se llena de hierba y..., francamente, uno tiene que acordarse del *pulvis eris* temiendo por la conservación del producto. Si hubiera un silo mesócrata, confortable, pero sin lujo, un silo sin pretensiones, propio para familias...

—Si lo hay.

—¿Dónde?

—Podemos verle hoy mismo. Un paseo en tu automóvil.

—A las tres.

—No, a las cinco. Está muy cerca.

* * *

(*La Bombi. El Manzanares tararea un chotis entre las frondas goyescas. La Casa del todavía Campo, que pronto será Casa en desierto. Las perdi... ces de la Cuesta. Decora-*

ción de Madrid al fondo, que resulta vistosa. Las dos torrecillas de la casa de Velázquez son un par de banderillas en todo lo alto de la Moncloa. Nos acompañan todavía los cursis chaletitos, como esos amigos de quienes no podemos desprendernos. Torreldones. Magnífico lugar de veraneo: poco horizonte, calor, moscas, agua de pozo y trenes cada media hora. Una larga mirada para el moderno castillo antiguo del Conde de las Almenas, provisto hasta de leyendas y todo. Perspectiva áspera de canchales y jaras, tristeza del monte de caza sin caza, maravillosamente defendido en un artículo de "A B C" de hace tres lustros, probablemente firmado por el Miguelito Maura de entonces, cuando un Ministro revolvió las pasiones y subió a la superficie de la prensa el fangoso lugar común de pedir la roturación de los cazaderos...

Nos aproximamos a la Sierra. Excelentes pastos. Mucha ganadería. En el paisaje promiscuan las evocaciones. La Pedriza de Manzanares nos cuenta sus historias de bandidos. Moralzarzal, anécdotas de "Frascuero". El Cerro del Telégrafo sugiere páginas de Azorín. Las cumbres guardan el eco de los versos de Enrique de Mesa. El Escorial, página formidable de la Historia. Y una sección de actualidades son la línea del Norte (Villalba, cinco minutos), los sanatorios, las colonias veraniegas, la carretera del circuito. Paisaje soberbio.

Una talanquera que se abre. Unas piedras blancas que marginan el carril y por las brincaderas se salva la tapia de la majada. Término del viaje y fin del preludio.)

—Esta casita es el silo..., ¿qué te parece?

—La primera impresión es muy favorable.

—Veámosle con detenimiento, encañonando a los por menores a medida que se pongan a tiro. Yo no sé cómo serán los cimientos de esta obra, pero si te decides a construir un silo parecido, te aconsejo que las fundaciones sean de hormigón, teniendo en cuenta que un hormigón pobre es

preferible a una mampostería buena, porque la piedra, la arena y el cemento, después del fraguado, integran una estructura monolítica, homogénea, sin huecos, de igual consistencia por doquier y, en cambio, en la mampostería, siempre se trata de aglutinar las piedras con el mortero, dejando huecos inevitables, presentando distinta consistencia y prestándose a “chapuzar”, sobre todo en cimientos.

—Bien están tus razones, pero los operarios de por aquí mampostean muy bien y, por el contrario, me parecieron siempre deficientes las pequeñas obras de hormigón que les he visto hacer.

—Porque no entienden el hormigón, sienten hacia él una invencible antipatía y, por mor de la malquerencia, se gozan de antemano en los fracasos. Y, sin embargo, el asunto no tiene vuelta de hoja. Amasando con poca agua la arena fina y el cemento sobre un tablero o unas planchas, mezclando bien con la pala luego doble cantidad de grava con el mortero ya fabricado y apisonado por tongadas el hormigón resultante, el éxito es seguro, pues el encofrado—lo más engorroso de ejecutar—aquí no es preciso, según observó hace tiempo Pero Grullo.

—Yo he visto que emplean arena muy gruesa, como si fuesen a hacer “caldearena”, y que no dosifican los materiales en absoluto.

—Pues el problema es sencillo. Para hacer un hormigón de 150 kilogramos de cemento por metro cúbico, se necesitan 15 cestos de piedra machacada y ocho de arena de los usados por los contratistas, que habrás visto muchas veces en las carreteras, para cada saco de cemento. No se precisan grandes acopios, pues el firme te aparecerá en seguida, y en cuanto a la anchura, basta con que sobrepase al espesor del muro en 20 ó 30 centímetros para que quede una zarpa a cada lado.

—¿Y las paredes?

—Pueden ser de mampostería, pero sin escatimar el

grosso de los muros, porque la piedra abunda en todos estos contornos, y es más fácil dar un espesor de 60 que de 40, aunque éste resistiría, sin duda, el peso de la construcción y las presiones interiores.

—¿En conveniente este revoco de cal y arena?

—Es lamentable, porque no se agarra bien a las paredes y la humedad acaba por ahuecarlo, con lo cual se originan feos desconchones que descubren una mampostería chapucera destinada a permanecer oculta. Es mejor sistema decir a los canteros que la fábrica va a ser vista, para que se esmeren, y más tarde, si conviene, taparla con un revoque a la tirolesa, blanqueado después con cal. Pero insisto en que habiendo una buena piedra y mampuestos grandes, es mejor hacer una mampostería concertada, u ordinaria, con simple rejuntado. Las cosas conviene pensarlas con tiempo, pues cuando el dueño de esta finca quiso revocar la orden de revocar, hubo que revocar porque todo estaba ya preparado para el revoque.

—A cualquier hora te ibas a quedar sin hacer el juego de palabras.

—La planta, como ves, es un vulgar rectángulo sin ninguna división interior, y las dimensiones son de tres por ocho aproximadamente. En cada caso se calcularán las convenientes, según la cosecha probable, teniendo presente:

1.° Que el metro cúbico de hierba ensilada pesa de 400-600 kilogramos.

2.° Que la altura útil más conveniente oscila entre cinco y siete metros.

3.° Que la planta sea proporcionada, recordando que en los silos estrechos se pisa más fácilmente y en cambio es una buena propiedad de los grandes la de regularizar la fermentación.

4.° Que la sección transversal debe estar en relación con el número de cabezas que consumen el silo y la cantidad que reciben en cada ración, a fin de poder cortar *bancos de*

poco espesor (20 centímetros) para el gasto diario, con el objeto de no descubrir demasiada superficie.

—El piso no me convence. Esos cantos redondos sentados en arcilla...

—¡Figúrate! Gorriones... y sentados, llamad al sereno. Más limpio y más práctico es el pavimento de hormigón, con pendientes en debida forma.

—Las paredes están bien: primero, enfoscadas, y después, enlucidas.

—Hay dos detalles interesantes, y en todas las cosas debemos recoger el matiz, por ser lo que viene a dar el carácter. Uno es el redondeamiento de las aristas para poder hacer una concienzuda limpieza cuando la provisión se agota y el local, por tanto se vacía. Esta forma acanalada se da muy sencillamente, pasando una botella de dos litros de agua de Solares.

—¡ Hombre! ¿No puede ser de otro manantial?

—No; Solares es un nombre constructivo de por sí.

—Vaya, vaya... y conste que no es alusión... ¿Esas rayitas pintadas?

—Son el otro detalle. Expresan, por medio de sus correspondiente números, los metros cúbicos de capacidad que se van descubriendo cuando se corta el banco y permiten hacer la previsión del forraje restante.

—Las paredes se han quedado bajas, pues les falta un metro para llegar a las canales. Buena salida para los gases de la fermentación.

—Excelente. Están rematadas, como ves, a manera de imposta, con su poquito de vuelo y todo, por robustos cantos labrados de granito que reparten muy bien la presión transmitida por otros cantos pingados, vulgo enhiestos, de un metro de altura y 40×40 , que soportan directamente los tirantes de las cerchas de la cubierta.

—Armadura española, compuesta de pares, tirantes, torrapuntas y pendolón.

—Calculada con esplendidez o, mejor dicho, construída “a ojímetro”. Luego vienen las correas, el enlatado, las tejas lomudas.

—Tú probablemente *lo mudas* por uralita.

—Ahora debía venir el cascote. ¿Eso es hacer un chiste o adivinarme el pensamiento? La uralita es una cosa muy seria, aunque en el campo casi se la toma a broma. Poco a poco ya se irá abriendo camino; hoy no se la ve más que —capitis diminutio—techando las perreras, pero algún día...

—El inconveniente que se le achaca de no aislar suficientemente de la temperatura exterior, no puede ser esgrimido en este caso, ya que el local por tres de sus aires comunica con la atmósfera. Tampoco en la finca mía, bien guardada, había de sufrir chinarrazos de tirador o guijarros lanzados con honda, pues parece probado que su llamante aspecto atrae los proyectiles propios de los chiquillos.

—Esas tablas verticales clavadas al alero, al cual dan cierta apariencia de franja con toldo de cervecería (“mariscos—La Hiperbórea—cervezas”) no son un puro adorno, como de su bonito remate podríase esperar, sino que sirven de resguardo contra las lluvias.

—¿Y esta explanación amurallada?

—No es más que una rampa de acceso para que se arriemen los carros “de ramera” a la parte alta, y desde allí descargar el corte que va a ensilarse. Empieza estrecha y luego va ensanchando en forma de bandurria, puesto que al principio basta con que se puedan cruzar el carro que sale vacío y el que entra lleno, pero junto al edificio ha de haber anchura suficiente para dar la vuelta y maniobrar. Como esta cerca era tan llana, tuvieron que hacer esos muros de contención y rellenar de tierra para constituir artificialmente el desnivel, pero, en una propiedad más accidentada, buscaríamos un emplazamiento tal que permita, como aquí, hacer la carga por alto en toda la anchura de uno de los lados

estrechos y la descarga por una puertecilla en el costado de enfrente y al nivel del pavimento del silo.

También ha de tenerse en cuenta, al elegir el sitio, la proximidad a las majadas y alojamientos del ganado.

—¿Estos adoquines?

—Son el cierre superior de la masa ensilada, el peso que insiste sobre ella para que no se ahueque una vez pisada insistentemente por sucesivas capas, y más a conciencia en el centro, donde es máxima la actividad de la fermentación.

—Me gusta el sistema. Es un cierre *superior*, como tú dices. Porque los adoquines son fáciles de manejar, bastante pesados, muy regulares en su colocación, muy duraderos, y, en esta tierra, relativamente baratos.

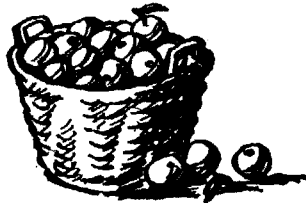
—Pues este es el silo sencillísimo, vulgar, sin pretensiones, “propio para familias”, como tú deseas. Le planeó un hombre de campo que ha leído mucho, pensando por cuenta propia, y tuvo la satisfacción de que en la Asociación de Ganaderos se hablase con elogio de su obra hace una treintena de años. De su obra, modesta, pero eficaz, que tiene la ventaja de poder servir de henil y para otros varios menesteres. No tiene un nombre retumbante, es el silo desconocido. Sería de desear que se ajustase a tal o cual patrón para que todo dijeren al mentarle, “verbi gratia”: ¡Ah! El silo Font... me suena...

* * *

(En viaje de vuelta. Por la bruñida superficie de los faros el paisaje resbala vertiginosamente, a manera de perfil longitudinal que se desenrolla por sí solo. A “Villa Clotide”, “Josechu-Enea”, “La Cabaña azul”, les gasta una broma la convexidad y aparecen en instantánea caricatura grotesca. En cambio, las tristes acacias y los runeros castaños, colindantes al firme, adquieren mayor gracia y esbeltez al reflejarse deformados en su deformada realidad. Casi siempre se engrasan las bujías de los coches frente a

*los bares concurridos, y esta vez, también. “Bar Anita”.
Crepúsculo. Brisa parduzca del mar de encinas. En el aire
un dúo de moda: “Bueeeenas tardes, caballero.”)*

- ¿Quién sirve aquí?
- Un servidor.
- Pues un orange.
- Un coca-cola.



INDICE













1055943
EA-131/1

EA-1